

462 - 3

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 9 - 15 noviembre 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - Il Epoca - Núm. 519 Depósito leg M. 58.69 - 1

ANTE

ROMA

Y EL

MUNDO

JUAN XXIII,

SIERVO DE

LOS SIERVOS

DE DIOS



Su Santidad Juan XXIII va a entrar en la Basílica sentado en la alta Silla Gestatoria.

El resfriado avisa y hay que contraatacar en el acto porque puede ser el primer escalón de la **GRIPE**



No espere. Dé importancia al primer estornudo. Gargarice enseguida con Antiséptico LISTERINE para combatir los gérmenes de la cavidad bucofaringea, entre los cuales están los del resfriado, los del catarro y los de la gripe. Los productos no antisépticos pueden aliviar de momento, pero no matan los microbios como hace LISTERINE. No desoiga el consejo. Pruebas bien controladas demuestran que aquellas personas que gargarizan, mañana y noche con LISTERINE, padecen menos de lo garganta y resisten mejor el contagio.



LA EFICACIA DE LISTERINE se demuestra en estas preparaciones microscópicas, de antes y después de las gárgaras. A los 15 minutos, la reducción de microbios en la boca es del 96,7% y una hora después, todavía alcanza al 80%.

AL PRIMER SINTOMA DE RESFRIADO O DOLOR DE GARGANTA

ANTISEPTICO LISTERINE

Laboratorio
FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid



Juan XXIII, sentado en el trono alzado y ante el altar de la Catedral, en un momento de la misa

ANTE ROMA Y EL MUNDO

JUAN XXIII, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS

EL reloj de la fachada de la Basílica de San Pedro y el que se esconde a la derecha, ya dentro del Palacio Vaticano, por entre los cristales del patio de San Dámaso, marcan la una menos siete minutos de esta mañana—4 de noviembre de 1958—, lluviosa y romana, que se ha hecho universal desde las ocho en punto, la hora en que inició su viaje hacia la Historia.

En la «loggia» central, aparece el Pontífice. Los vivas y los gritos se desbordan haciéndose océano de emociones traducidas en palabras. Ha llegado el momento impresionante, el instante que todos esperábamos. El cardenal Ottaviani le ha quitado la mitra al Pontífice. Canali, el protodiácono, tiene alzado el «trirregno». El silencio convierte la plaza de San Pedro en sepultura. Y el purpu-

rado dice: «Accipe Thiarum tribus coronis ornatam et facias te esse Patrem principum et regnum. Rectorem orbis in terra. Vicarium Salvatoris Nostri Jesu Christi cui est donor et gloria in saecula saeculorum. Amen.» («Recibe la Tiara adornada con las tres coronas y sepas que Tú eres Padre de los príncipes y de los reyes, Rector del mundo, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos.»)

Después de pronunciar estas

palabras, el cardenal Canali ha colocado sobre la cabeza de Juan XXIII la Tiara, insignia de la soberanía universal del Romano Pontífice

Y en seguida los vivas y las voces han conquistado toda la arquitectura del inmenso escenario donde nos apretábamos cuatrocientas mil personas de todos los países.

No he podido por menos. La memoria se me iba a cada paso recordando la tarde del martes anterior—también un día históri-

co—, cuando salió al balcón el cardenal Canali para anunciar al mundo con voz emocionada el gozo grande de la elección del Papa, doscientos sesenta y dos sucesor de San Pedro. Se ha repetido hoy con el mismo acento, con el mismo latido.

CUATROCIENTAS MIL VOCES

Marcaba el reloj grande las doce horas y cincuenta y ocho minutos cuando Juan XXIII era solemnemente coronado. Alzó la multitud un grito unánime, gozoso, enfebrecido, un «¡Viva el Papa!» ancho que marchó a estrellarse en las columnas poderosas que componen el hemiciclo berniniano, lanzándose después, como en una carrera de alegrías, a llenarle los oídos al reciente Pontífice, puesto ya en pie junto al balcón central de la Basílica, el de la «loggia» de San Pedro, el amplio ventanal de las universales bendiciones donde hoy ha sido solemnemente coronado el Pontífice que ahora hace una semana Dios regaló a la Iglesia.

Las voces de los gozos cuatrocientas mil veces multiplicadas han dejado verterse de una vez la emoción que se escapaba desde el pecho por todas las gargantas.

Las manos agitándose en una danza loca, las alegrías sonoras, las emociones tomando todo el cuerpo de las palabras altas, han sido como el epílogo de toda esta liturgia antigua, bellísima, gozosa, impresionante.

En esta hora solemnísima de la coronación, no sé por qué, he recordado, sin intentarlo apenas, el silencio que se hizo de repente por conocer el nombre del Pontífice. «Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum Angelum Josephum, Cardinalem Sancti Romanae Ecclesiae, Roncalli.»

La multitud, entonces, le cortó la escapada a la palabra del purificado eminentísimo. Hubiera sido igual de todos modos. Al cardenal Canali no le hubiera sido posible terminar sin detenerse a sujetar el pulso. Al pronunciar «Roncalli» la emoción le obligó a hacer un gran esfuerzo por decirlo del todo.

Parecía imposible. Pero hoy los vivas, igual que aquella tarde, sonaron desbordados y profundos, como si las gargantas de los que estábamos en la plaza de San Pedro fuesen ametralladoras que disparasen incansables gritos de júbilo, emociones con alma, alegrías con carne y con espíritu. Tenía todo el cuerpo esta mañana en la plaza-escenario del catolicismo universal. Tenían alma las risas y las lágrimas, los aplausos maticados y frenéticos de los miles y miles de mortales que hemos tenido la fortuna de vivir este momento de tensión ansiosa.

Y EN EL BALCÓN... «¡EL PAPA!»

La multitud siguió abriéndole cauce a todas esas cosas que hemos sentido todos y no pueden decirse. Aguantando ese temblor nervioso que los hombres sentimos pocas veces; esa como íntima transfiguración del alma que destroza las rendidas de todos los sentidos y crea un mundo nuevo de repente: el de los gozos hondos que llaman egoístas a la puerta

EMPRESA COMUN

EL día no empieza ni a las cuatro, ni a las cinco, ni a las siete, ni a las diez de la mañana. El día para el hombre de verdad comienza cuando—la hora es lo de menos—se abre la puerta de la fábrica, se entra en el taller, se coge el tractor, se esparce la semilla, se echa la red que sacará la buena pesca de lo hondo de los mares. Ahí justamente empieza el día.

Los amigos, los compañeros, no son los que conocemos en el trayecto, los que viven cerca de nuestra casa; los que charlan y comentan con nosotros en los bares, en las tertulias, en las reuniones. Los amigos, los compañeros, son los que están, hombro a hombro, aunque haya mucha distancia física entre unos y otros, al lado, en la máquina, o, más allá, en el despacho de planificación técnica, o, acullá, a la otra linde, mano sobre la trailla, o, casi en lontananza, a caballo sobre un «bou» de las parejas de la pesca. Esos son los amigos, los compañeros, los hombres que, unidos, forman la vida; la vida fijada en el más aristocrático de los mundos: el del trabajo.

Ni los más inocentes estudiantes de Economía, cogidos como al azar de los pelos de la ignorancia, pueden hoy creerse que el remedio, panacea o milagro de las naciones reside en la libre competencia, en el «dejar hacer» de los liberales, en las teorías mercantilistas o en los tratados teóricos nacidos al amparo casi de las comunidades medievales. El mundo del trabajo hoy, la gran aristocracia, la mejor aristocracia, la del trabajo, tiene su programa, su Norte, en la unida presencia de empresarios, de técnicos y de obreros. Pero así: todos juntos, verdaderamente juntos, como peones de brega, peones de concurso en la gran y noble tarea de la elevación de la renta de la Nación.

Las naciones son más fuertes cuanto mayor es su renta nacional. ¿Qué es la renta nacional? La suma de bienes y servicios puestos a disposición de la demanda, capaces de satisfacer las necesidades

humanas. Si mayor es esta suma, mayores necesidades humanas pueden ser satisfechas. Y el viejo principio económico de clasificación de las necesidades, según su grado de perentoriedad, puede, si los hombres se lo proponen, quedar reducido al cero absoluto, cogiendo incluso el término absoluto en el sentido que pudiera tomarlo el más exigente de los puros matemáticos.

En el pensamiento de Francisco Franco, Caudillo de España, está la continua, la constante, la tenaz elevación del nivel de vida de los españoles. Que esto va siendo realidad ahí se encuentran las estadísticas para demostrarlo; que el camino ha sido trazado, ahí están los planes nacionales para atestiguarlo. Pero también los hombres, que son los instrumentos racionales de la producción, han de poseer el mismo sentido de unidad, de coordinación y de criterio que impera en los planes estatales.

Hoy España, para ventura de los españoles, y gracias al genio de Francisco Franco, se ha liberado de los viejos antagonismos entre patronos y obreros, entre técnicos y empresarios, entre productores y dirigentes. España disfruta de la mejor paz social que jamás haya conocido su Historia. Esta paz social vivirá en el futuro también gracias a la unidad que hoy preside las relaciones laborales. Si todos juntos, en la guerra, formamos bandera, todos juntos, en la paz, formamos empresa. Empresa para la industria, empresa para el campo, empresa para el mar, empresa para el aire, si cultivar las nubes necesario fuese.

Una empresa inserta en ese gran aglutinante nacional que es la Organización Sindical; unos hombres integrados en ella, que, como ha dicho Solís, «solamente por trabajar tienen derecho a influir en los destinos de la Patria». España, en la producción y en el gobierno, es empresa de todos. Por eso el día, el verdadero día, no empieza ni a las cuatro, ni a las cinco, ni a las siete, ni a las diez de la mañana.



El Santo Padre da la bendición apostólica. A su izquierda, el cardenal Ottaviani, y a la derecha, el cardenal Canali

de todas las memorias; el de las alegrías que todo lo resumen en belleza intangible que se cuele a través del oído y por ojos para quedarse quieta no sé dónde y no olvidarla nunca; el mundo de los gritos, de los vivas al Papa; el de las voces que salen disparadas en todos los idiomas y que se entienden porque hay un esperanto de la emoción universal que todo lo traduce y lo contagia en estas ocasiones de excepción, como ésta de hoy, ¡y aquella tarde!, en Roma, que dice a cada uno la importancia de vivir para ver con los ojos azules, como el cielo del crepúsculo histórico, los momentos gozosos de la Iglesia Católica, que se cuentan por cientos para suerte del mundo.

Y en el balcón... «¡El Papa!» Ha sido el grito único. Ya no sé si era el mío que salía desde el pecho olvidándose de todas las palabras. Pero puedo jurar que no oía otro. A mí me ha parecido que los miles y miles de gargantas gritaban sin cansarse: «¡El Papa, el Papa, el Papa!» Y me cercaban en primera línea, hasta donde llegué sin saber cómo, en andas y en volandas, franceses, alemanes, chinos y americanos, mujeres, hombres, niños, seminaristas, sacerdotes y monjas de los cinco Continentes. Porque en la plaza estaba el mapamundi entero, representado en el corazón de las

gentes llegadas hasta Roma desde todos los pueblos del planeta.

Yo creo que sí, que por lo menos una vez llegué a decir: «¡El Papa!» Luego, en la boca se me colgó el asombro y no pude gritar. Me quedé con los labios trémulos y los ojos abiertos, inmóviles, muy fijos sobre un hombre que arriba, en el balcón central, apareció de pronto tras una cruz dorada. Y casi no vi más porque los ojos se me fueron nublando poco a poco y las lágrimas querían escaparse.

Todas las manos dejadas al capricho de hacer lo que quisieran —y era aplaudir lo más fuerte y de prisa que podían— no lograron esconder la altura de las voces que seguían incansables aclamando al Pontífice.

Volví una vez los ojos atrás, hacia la plaza, que daba la impresión de estar adoquinada con los cuerpos todos, y sólo pude ver cómo una siembra de pupilas que agrandaban los párpados y millares de bocas que se abrían y cerraban vaciando en cada grito una parte del río de emociones desbordado en las voces de alegría.

«LA BENDICION DE DIOS OMNIPOTENTE»

Arriba, el Papa esperaba el silencio, aguantando en los ojos los focos poderosos que abrían el ca-

mino a los teleobjetivos, plantados a docenas en la primera línea, robando su física presencia para que luego todos los habitantes de la Tierra pudieran verlo en ese instante de su coronación.

Se ha hecho luego un silencio solemne, sepulcral, inverosímil. Tan sólo se escuchaba un silbido débil, el traqueteo mecánico de las cámaras que recogían, como con avaricia, un segundo tras otro, la figura del Papa en el balcón. La multitud sujetaba en la plaza hasta el aliento. Y en un instante que nadie olvidará ya mientras viva, Juan XXIII dejó escapar su voz emocionada y litúrgica para dar su bendición «Urbí et Orbis». Su mano dibujó la bendición que todos esperábamos como el premio mejor a la presencia afortunada. Era la una y cinco de este 4 de noviembre de 1958. Un minuto, una hora, una mañana, un día, un mes y un año que han encontrado sitio para siempre en las páginas de la Historia de la Iglesia.

«Et benedictio Dei Omnipotentis...» («Y la bendición de Dios Omnipotente.») La voz del Papa se ha hecho profundísima antes

de abrir los brazos. Luego ha alzado la mano derecha, despacio, lentamente, llevándose en el giro las miradas de todos. Y ha trazado tres cruces: la bendición del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. «Descendat super vos et maneat semper» («Descienda sobre vosotros y permanezca siempre.»)

Por tres veces ha sonado en la plaza de San Pedro un «Amén» hondo, como si aquí se hubieran dado cita las voces de todos los profetas. Pero el último ha sido impresionante, casi desgarrador, pronunciado por todos en un idioma idéntico. Ha sido un «Amén» archo, de acuerdo por entero con la recia arquitectura de la Basílica vaticana; un «Amén» redondo como la cúpula de Miguel Ángel, fuerte como la columna de Bernini, amplio como la plaza, alargado como el escenario de la concentración, que se estiraba más allá de la central circunferencia por la Vía de la Conciliación.

EL MUNDO ESTABA EN ROMA

Y todo inolvidable. La plaza de San Pedro, toda llena de gente emocionada, que una hora antes de aparecer el Papa en el balcón se convirtió, bajo una lluvia delgada que tenía como miedo y no espantaba a nadie, en extensión conquistada por miles de paraguas que cobijando el gozo protegían las miles de cabezas. Y luego, al escampar y aparecer el Papa, el flamar de los pañuelos, la avalancha empeñada en con-

quistar los mejores lugares para no perderse la visión más perfecta del momento que entonces se iniciaba. Y la nube de pájaros volando en una danza de alas por la altura formando figuras caprichosas de singular belleza. Las dos fuentes alzadas en mitad de la plaza, y a los lados, lanzando el agua a una altura mayor que de costumbre como si ellas también sintieran alegría. La bola gigantesca, de bronce, que remata la cúpula gigante del primer templo de la Iglesia. Las campanas de San Pedro jugando como niñas a columpiarse en la danza alocada de los toques a gloria. Las cuatro farolas de siete brazos que en mitad de la Plaza estaban revestidas con los cuerpos de unos muchachos valientes, decididos, que gateaban con esfuerzo para ver por encima del océano de paraguas y cabezas. El obelisco descarnado de adornos, hierático y altísimo, tan solo de una piedra, que se alza en la mitad del hemiciclo cortado como a tajo. La Vía de la Conciliación con sus veintiocho farolas de blanquísima piedra escoltando la humana corriente que no pudo llegar hasta la Plaza que se ofrecía como un Mediterráneo, sin olas, de hombros y cabezas.

Inolvidable todo. Por encima de tantas emociones el instante preciso en que el Papa salió al balcón para ser coronado. Más todavía cuando los gritos, los vivas, los aplausos le hacían retardar la bendición. Y, sobre todo, inolvidable para siempre, serán ya los segundos en que trazó la cruz

en una trilogía de su mano papal en movimiento.

El mundo estaba en Roma. Roma entera en la Plaza de San Pedro. La tierra ha recibido la bendición del Papa coronado, del Pontífice Supremo, del Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, del Vicario de Cristo, del Primado de Italia, del Obispo de Roma, del Soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano, de Ángel José Roncalli, de Juan XXIII.

LA PROCESION DE TODOS LOS COLORES

Todo esto es el epílogo, como el final de un cuento de príncipes y hadas, como el último plano de una película imposible que hubiesen realizado una legión de ángeles artistas.

Voy a volver atrás para contar despacio, paso a paso y escena por escena, lo ocurrido hoy en Roma.

Son las ocho de la mañana en punto. Los cardenales vistiendo las púrpuras sagradas y los galeros rojos están llegando al aula de las Congregaciones. Allí se van quitando la muceta y mantaleta para ponerse encima del roquete finísimo, bordeado en los cercos de empuñadoras granates, la capa de seda, roja como la sangre y las pieles brevisimas cercadas por la nieve del armiño. Pasan luego despacio a la Capilla dei Paramenti, grande, donde esperan que el Pontífice baje de sus habitaciones.

Las ocho y treinta, justo. Acompañado de los miembros de la Noble Antecámara, Juan XXIII desciende hacia el salón a vestirse las prendas rituales para el Pontifical. Dos cardenales le ayudan a vestirse. Se ha puesto ya la falda; ahora, la estola; luego, el manto papal, adornado con figuras preciosas, bordadas con paciencia en oro fino, calándose la mitra.

El cortejo solemne e inacabable se pone luego en marcha. Abren camino las Ordenes mendicantes: capuchinos menores, mercedarios, agustinos descalzos, carmelitas, eremitas de San Agustín, agustinos descalzos, mínimos de San Francisco de Paula y la Tercera Orden regular de San Francisco. Marchan detrás las Ordenes monásticas: con los benedictinos, trapenses, cistercienses, benedictinos olivetanos y calandoleses. Siguen en la andadura vistosa los canónigos regulares de San Norberto, el clero regular, los estudiantes del Pontificio Seminario Romano, los párrocos de Roma, los dignatarios y canónigos de las Colegiatas y Basílicas menores de la Ciudad Eterna, el Vicerregente de la ciudad.

EL PAPA, EN LA SILLA GESTATORIA

Avanza ahora el cortejo papal atravesando la Sala y la Scala Regia, para bajar al vestíbulo de la Basílica Vaticana. Abre paso la Guardia Suiza en uniforme de gala, seguida de los Procuradores del Colegio, del predicador apostólico, del confesor de la familia pontificia, de los procuradores de las Ordenes religiosas y



Docenas de teleobjetivos y cámaras de televisión enfilandó el amplio ventanal de las bendiciones



El Papa, en otro momento, durante la celebración del Santo Sacrificio

de los silleteros. Un monseñor lleva sobre un cojín de terciopelo rojo la maravillosa tiara papal y dos capellanes comunes la Mitra que va a usar el Pontífice en esta bellísima y antigua ceremonia a punto de empezar. Detrás marchan dos cursores pontificios, los capellanes comunes, los clérigos secretos, los camareros de honor vistiendo las capas rojas, los abogados consistoriales, los votantes de la Signatura Apostólica, los clérigos de Cámara, los auditores de la Sagrada Romana Rota con la capa solemne, el padre Luigi Ciappi, maestro del Sacro Palacio Apostólico; un auditor de la Rota portando la Cruz papal, donde el orfebre vertió como una catarata de bellezas que él hubiera soñado por la noche. Rodeando la Cruz van los maestros ostiarios con varas rojas.

Hay un silencio emocionado en las bocas de todos los que miran este desfile triunfante de la Iglesia. Pasan los cardenales despacio, recogidos, como padres prudentes que saben que esta hora es también responsable, como siempre. Siguiéndoles camina el príncipe asistente al Solio Pontificio, príncipe Colonna; el administrador de los Sagrados Palacios Apostólicos, marqués don

Juan Sacchetti; el caballero mayor de Su Santidad, marqués Jaime Serlupi Crescenci; el superintendente general del Correo de la Ciudad del Vaticano, príncipe León Máximo, y monseñor Enrique Dante, prefecto de las Ceremonias Pontificias.

Y luego el Santo Padre, sentado en la alta Silla Gestatoria, sostenida en los hombros de una docena de sedentarios fuertes que enseñan en la cara el gran gozo de ser portadores del Papa. Rodean al Pontífice los flabelos, que llevan en las manos largas varas doradas terminadas arriba como en un abanico formado por las plumas de todos los colores. Cercan al Papa, con sus mazas de plata, los maceros, hieráticos y rígidos, que avanzan dando la sensación de ser muertos que andan. Montan su vigilancia emocionada unos guardias suizos que llevan la coraza, el yelmo y una espada gigante, simbolizando a los Cantones de su patria. Detrás camina el príncipe Mario del Drago con los oficiales de la Guardia Noble en uniforme de gala; el comandante de la Guardia Suiza, coronel Nünlist; el comandante de la Guardia Palatina de Honor, coronel Cantuti di Castelvetri, y el de los gendar-

mes pontificios, conde Francisco Bernardo.

EL TRONO, ALZADO ANTE LA PUERTA SANTA

Siguen también al Papa dos auditores de la Rota, con su decano, monseñor Julien al frente, y el ministro para la Mitra.

La procesión se cierra con el paso cromático y bellísimo de los patriarcas arzobispos y obispos asistentes al Solio.

Ponen el broche de oro las presencias del vicecamarlingo de la Iglesia, monseñor Da Costa Nunes; del tesorero de la Cámara Apostólica, Salvador Natucci; del Mayordomo de Su Santidad, Callori di Vignale, y de Nassalli Roca, el maestro de Cámara del Romano Pontífice.

El cortejo ha llegado al atrio de la Basilica Vaticana. Desciende el Papa de la Silla Gestatoria para tomar asiento en el gran trono alzado ante la Puerta Santa. Es una entrada tapiada toscamente—la mano de Pio XII puso el primer ladrillo al crear la clausura—, que sólo se abrirá el primer día del próximo Año Santo. El decano del Cabildo de la Basilica se acerca, rodeado de los canónigos y del clero vaticano

para darle al Pontífice la felicitación por el acontecimiento gozosísimo de su elección para Pastor Supremo.

Luego le pide al Papa que permita a los miembros de los que él es cabeza se acerquen a besar su pie y su rodilla. Y luego lo hacen todos, como un símbolo de amor filial y de obediencia que prestan en el ósculo humildísimo.

LA SONRISA EN LOS LABIOS, BENDICIENDO

Otra vez está el Papa sentado allí, en la Silla Gestatoria. Va a entrar en la Basílica. Al hacerlo, las trompetas de plata de la Guardia Noble estallan en un grito triunfal, lanzando contra todo las notas de la marcha «El marqués Juan Longhi». Pero las voces de las 50.000 personas que llenan la Basílica pueden más todavía que las trompetas blancas. Los vivos al Pontífice son ensordecedores. Y el escenario, grande, con todas las paredes revestidas de tapices con un rojo color que parece estar viva, y la Tiara con la blanca paloma que en el pico sostiene una rama de olivo bordada en el centro. Hay 500 arañas encendidas, miles de velas gastando su cera en el baile gozoso de las luces. Los 30 altares del templo están llenos de

flores, de miles de claveles blancos como la nieve venidos la tarde antes por todos los caminos de Italia que llegan hasta Roma.

Y el Papa pasa con la sonrisa colgada de los labios, bendiciendo. Al llegar a la altura de la capilla de la Santísima Trinidad descendiende de la Silla para adorar al Santísimo, solemnemente expuesto. Y otra vez en la Silla, hasta llegar al Trono, levantado en la capilla engalanada de San Gregorio, donde el Papa recibe la obediencia de los cardenales, arzobispos, obispos, abades y penitenciaros. El Pontífice imparte su apostólica bendición. Y entonces fuerte el canto de la «Hora de Tercia». Mientras las voces de los cantores de la Capilla Pontificia convierten la Basílica como en un coro angélico, le van poniendo al Papa las sandalias de seda y oro, la dalmática, los guantes, la pianeta, el cíngulo, la Cruz, el fanone y la estola. Calada en la cabeza la mitra, preciosísima, se ha lavado las manos.

Los cardenales obispos se han puesto mientras tanto la capa pluvial; los presbíteros, la casulla, y los diáconos, la dalmática. Todos los purpurados llevan en la cabeza la mitra de damasco con los adornos frígios.

El canto de «Tercia» ha terminado. La procesión, de todos los colores—el cortejo parece un cuadro inmenso que hubiera realzado desde el cielo el genio unido de todos los pintores—, camina encabezada por Tisserant hacia el altar de la Confesión, puesto allí, bajo el baldaquino de bronce de Bernini, con sus columnas retorcidas clavadas justo encima de la tumba de San Pedro.

EL GOZO DE LAS LAGRIMAS

A mi lado tres monjas, al ver al Papa, lloran de alegría. En brazos de su madre un niño tiene fijos los ojos sobre el Padre, llenos hasta los bordes de un inconsciente asombro. Se nota en las gargantas la emoción, que hace salir la sangre hasta la cara. Y después otro asombro, que se resiste a contarlo con palabras.

Un maestro de ceremonias ha tomado con una vara larga unos trozos de estopa empapada en aceite. Les han prendido fuego y se han quemado pronto. Monseñor Calderari le ha cantado tres veces al Pontífice, después de arrodillarse: «Pater Sancte, sic transit gloria mundi.» («Padre Santo, así pasa la gloria de este mundo.»)

En las altas tribunas, donde ocupan sus puestos 5.000 afortunados invitados, hay un grupo numeroso de gentes llegadas de Venecia. Primero miré al Papa, que dejaba escapar su humildad en el gesto. Luego, a los venecianos. Me pareció que ellos más que nadie estaban en la luna del asombro. Yo creo que, pensando que este Papa ya sabe desde tiempo que la gloria del mundo pasa pronto. Recordarían, seguro, el día que él entró, aclamado por todos, en la ciudad más amiga del mar, en una motora rodeada por los cuatro costados de docenas de góndolas y embarcaciones revestidas de flores, izadas las banderas.

En procesión impresionante, llegó a la Catedral. Desde la Catedral sagrada pronunció estas palabras, las primeras, que un día se escribirán con letras de oro: «He nacido de gente pobre. La Providencia ha querido sacarme del país en que nací y hacerme recorrer el mundo desde el Oriente al Occidente, poniéndome en contacto con los problemas sociales y políticos más graves. Ahora, al final de mi larga experiencia, ha querido traerme a esta tierra y a este mar de Venecia, a esta ciudad para mí tan familiar.» «¡Por caridad, no miréis a vuestro patriarca como a un político o un diplomático! Acercaos a él como a un siervo de Dios, miradlo como a un pobre sacerdote que quiere conocer y amaros hondamente.» Y terminó diciendo: «¡Oh, beato Pío X, heme aquí ahora en el puesto que ocupaste!»

Los de Venecia estarían pensando que pudieron ahorrarse el quemar las estopas.

EL LLANTO DE LA SANGRE

Está de pie el Pontífice, allí, junto al altar. Los últimos cardenales del orden de presbíteros se



El cardenal Tisserant, recibiendo el abrazo del Pontífice

acercan a recibir su abrazo. Luego se baja de la Silla Gestatoria y recita el «Confiteor» de la misa.

Cuando vuelve a sentarse, el cardenal que asiste de subdiácono le pone sobre el brazo el manipulo. Los tres primeros cardenales obispos recitan de uno en uno la oración «sobre el Pontífice».

Y entonces el cardenal Canali impone al Papa el «pallio» encima del fanone, sujetándolo con los tres broches de oro, donde se incrustan piedras preciosísimas.

Tisserant incensa al Santo Padre por tres veces, besándole después sobre el pecho y la mejilla. La Capilla musical entona el «Introito» de la misa de Palestrina, «Papa Marcelo».

Juan XXIII toma asiento en el Trono levantado ante el altar de la Cátedra. Por encima se ve la cristalera cromática donde el Espíritu Santo está simbolizado en forma de paloma. Se acercan los cardenales a prestarle la última obediencia colectiva. Le van besando el pie y la mano. Y el Papa les abraza.

Entre el altar de la Confesión y el de la Cátedra están los bancos tapizados de rojo para los cardenales. Detrás, y a los dos lados, las tribunas para los invitados especiales. Allí tienen su sitio las 57 Delegaciones oficiales llegadas para asistir a la coronación.

Y allí también están los cuatro hermanos del Papa, sus sobrinos, familiares y amigos de la infancia. Están llorando todos de emoción. Recordando, sin duda, los días de fiesta grande que tenía Sotto il Monte por el verano, cuando llegaba don Angelo Roncalli a pasar en el pueblo las cortas vacaciones.

Angel José Roncalli volvía cada año para hablar con los suyos, para mirar de nuevo la campanita del convento de Bacanello, donde él rezó las primeras plegarias, desde donde inició su andadura brillantísima hasta llegar al Trono pontificio.

Pasaba muchas horas recordando ante el Sagrario sus años infantiles y la voz de su madre que les llamaba a todos diciendo en alto: «¡Venga, que es hora de poner al fuego el caldero para hacer la «polenta». Y los trece hermanos corrían hacia casa para ayudar a la madre a preparar el pan de maíz que luego comerían.

Volvía todos los años para recordar sobre el terreno los esfuerzos y trabajos de su padre, que se desvivía por sacar adelante la familia, trabajando sin descanso de sol a sol, un día y otro día, porque en casa a sus hijos no les faltase el pan.

RECORDARIAN TODO ESTO

Siendo ya cardenal lo ha dicho muchas veces. Que todo allí en su casa era muy pobre; que pocas veces aparecía en la mesa la carne, y nunca el vino ni los dulces. Por la mañana desayunaban un poco de sémola con un trozo de pan. La comida se reducía a un plato de verduras y un poco de queso o de chorzo. Y



por la noche, igual, aunque la cantidad era siempre menor.

«Eramos muy pobres—ha repetido el nuevo Pontífice en más de una ocasión. Pero estábamos contentos y no nos preocupábamos si faltaba alguna cosa. Aunque en realidad lo principal nunca nos faltó. Era la nuestra una pobreza digna y bien aceptada.»

Cuando el cardenal volvía a su pueblo estaba siempre rodeado de los niños. Les preguntaba cómo se llamaban, si sabían el catecismo y si iban a la escuela. Les decía que fuesen siempre buenos y obedientes. La chiquillería tenía por capricho jugar con su capa o pasarse las horas besándole el anillo. El les dejaba hacer y escribía. Y si eran muy pequeños les alzaba en brazos, haciéndoles caricias.

Algunos niños han venido has-

Dos capellanes comunes llevan en el cortejo la mitra y la tiara pontificias

ta Roma para verlo. Y aquí están, en San Pedro, con los labios abiertos y asustados los ojos, sin moverse.

El Pontífice lee el «Introito» de la misa y la oración «Prose ipso» (Por sí mismo). Entona luego el Gloria con voz emocionada. Se llena la Basílica con las voces del triunfo. Y al terminar desciende Tisserant hasta el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles para entonar los «Laudes» de la coronación. «Exaudi Christe» (Oyenos, Señor), repite por tres veces. Y docenas de gargantas le contestan: «Vida a nuestro señor Juan, por decreto de Dios Sumo Pontífice y universal Papa».

Tras un silencio corto cantan



El Soberano Pontífice Juan XXIII recibe la obediencia de los cardenales

las letanías de la coronación. Primero, sólo el coro. Pero luego, cincuenta mil personas contábamos: «Tu illum adiuvá» (Ayúdame Tú), lanzando la plegaria en los oídos de las santas y santos.

El subdiácono latino ha cantado la epístola y luego lo ha hecho el griego. Al terminar, se han acercado a besarle el pie al Vicario de Cristo.

El libro de los Evangelios está sobre el altar. Tisserant va ahora a besar la mano del Pontífice. Vuelve a coger el libro sagrado y, precedido del turiferario y de siete acólitos con velas encendidas, de nuevo llega al trono para cantar el Evangelio, una vez recibida la bendición del Papa. Luego se canta en griego. Y el Santo Padre entona, alto, el Credo.

OTRO DIA QUE EL PAPA TAMPOCO OLVIDARA

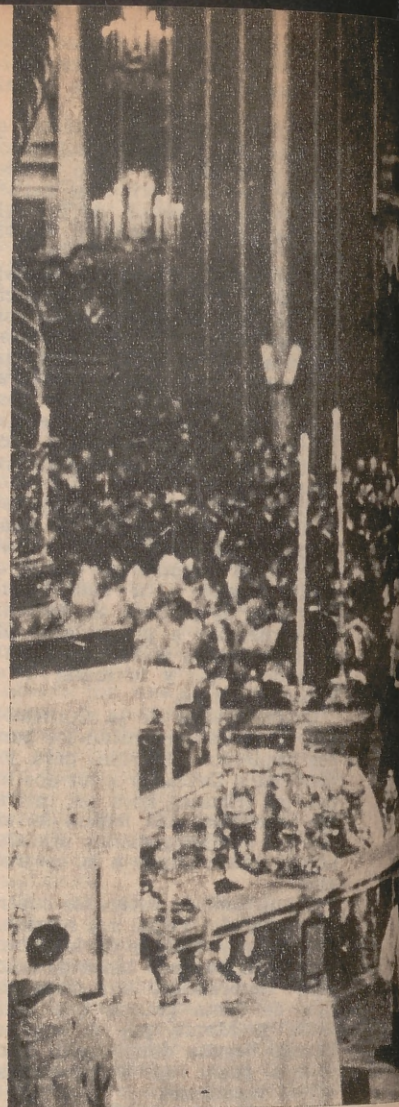
Mientras se canta el himno de la fe, paso revista con los ojos a todas las Misiones oficiales. Al ver a al francesa, he recordado otro día importante de la vida del Papa.

Era el 15 de enero de 1953. El pueblo francés llenaba todas las calles cercanas al palacio del Eliseo para testimoniar al nuncio-cardenal su admiración y gratitud. En la escalinata le espera-

han Auriol, entonces Presidente de la República, con el presidente del Consejo de Ministros, René Mayer, y el ministro de Asuntos Exteriores, Bidault. El arzobispo de París leyó el Breve pontificio por el que se nombraba al arzobispo Roncalli cardenal de la Santa Iglesia Romana. Auriol, después, colocó la birreta en la cabeza del nuevo cardenal, que estaba arrodillado sobre la misma piedra en la que Carlos X había tenido dobladas las rodillas el día de su coronación.

La «Croix» escribía a este respecto: «Durante toda su fecunda actividad diplomática, el nuevo patriarca de Venecia ha manifestado en cada uno de sus actos y gestos el ansia sacerdotal. Ama el contacto directo para solucionar los más serios problemas y su palabra se asienta siempre sobre la verdad y caridad. La regla de su vida ha sido siempre la de amparar lo que edifica contra todas las cosas que destruyen».

Y uno también recuerda, al ver en la tribuna, numerosa, a la Delegación española, las palabras de elogio que siempre ha tenido para nuestra Nación. Y, sobre todo, las que, ya siendo Papa, le ha dicho a un locutor español de la Radio Vaticano: «Yo amo mucho a España. Me enamoré de ella desde el primer momento en que pisé su tierra. Me enamoré por la piedad de sus gentes, por la moralidad que preside en sus hijos las costumbres y el vestir».



LA OFERTA TRADICIONAL

Ha llegado el solemne momento del «Ofertorio». El cardenal diácono toma de la patena una de las tres hostias que van a ser consagradas. Le da las otras dos al sacristán, que se vuelve al Pontífice, tomándolas. Bebe luego un poquito del vino preparado para la consagración, dando a entender que la materia es buena.

Canta el Papa el «Prefacio» con voz segura y fuerte. Y llega el momento emocionante de la Consagración. Su Santidad alza en alto la hostia. Cincuenta mil personas hincamos las rodillas. Arriba, junto a la barandilla de la cúpula de Miguel Angel, las trompetas desgranaban la melodía bellísima de Gregorio Silvestri.

«Agnus Dei qui tollis peccata mundi» («Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo»), ha musitado por tres veces el Pontífice. Después les da la paz a los dos cardenales asistentes, que la transmiten a los otros cardenales, arzobispos, obispos y altos dignatarios eclesiásticos. En cada abrazo a uno le recorre como un escalofrío. Toma la Hostia Santa Tisserant de la patena, cubriéndola con el asterisco, una estrella preciosa de seis puntas. La muestra en alto al pueblo.

Y se la da al subdiácono, que la recibe de rodillas para llevarla desde el altar al Trono, donde el Papa, después de decir alto: «Dominus non sum dignus» (Señor, yo no soy digno), recibe, hincando sobre el suelo las rodi-



llas, la mitad de la Hostia Consagrada por él. Luego, con una paja de oro, sorbe un poco de la Sangre contenida en el cáliz. Con la otra mitad de la Forma comulgan el diácono y subdiácono, que beben también la parte que ha quedado de la Sangre de Cristo.

El Pontífice recita el último evangelio. Y la misa termina. El decano del cabildo vaticano se acerca a ofrecerle, en una bolsa de oro ricamente bordada, treinta monedas como oferta tradicional por la «Misa bien cantada». Juan XXIII recibe sonriendo el ritual regalo, pasándole la bolsa al caudatario.

Otra vez el cortejo pontificio se pone en movimiento. Por la nave central del ábside marchan hacia el vestíbulo para subir de nuevo, a través de la Scala y de la Sala Regia, hasta el balcón donde el Pontífice va a ser solemnemente coronado. Los ojos se me escapan para ver la Tiara con la triple corona que simboliza la soberanía espiritual del Romano Pontífice.

La Tiara pontificia, en los primeros siglos, era un sencillo bonete rodeado de una corona. Bonifacio VIII, según afirman algunos historiadores, añadió al ocupar la Sede de San Pedro, el año 1294, otra corona, para simbolizar la soberanía del Papa sobre el mundo. Benedicto XI puso en la Tiara la tercera corona. Uptó ven en la Tiara un símbolo de la Iglesia triunfante, purgante y militante. Otros, el emblema del Poder regio, imperial y espiritual del

Pontífice. En los tiempos presentes, la Tiara es el símbolo de la verdad, de la justicia y de la caridad. Los sombreros que antiguamente usaban los nobles de Persia, Frigia, Armenia y Partia son el origen de la Tiara papal.

Silvestre I, que gobernó la Iglesia desde el 314 al 335, fué el primer Papa que se puso la Tiara. Cuenta la Historia que Constantino el Grande, al partir desde Roma a inaugurar solemnemente la nueva capital del Imperio, quiso donar al Papa una corona adornada con piedras valiosísimas. Pero el Pontífice sólo aceptó una mitra.

El cortejo desfila. Y en la mitad, el Papa viste la estola larga, bordadas las figuras de los cuatro evangelistas, que representa la vestidura blanca que le pusieron al Señor, la vestidura de la inmortalidad y el gozo de Dios.

Me ha costado trabajo salir hasta la plaza para ver el momento más solemne. Arriba, a la derecha, en la «loggia» del Mayordomo, ocupan sus lugares las Representaciones de cincuenta y un países, la de la Soberana Orden de Malta, las dos de la O. N. U., las tres de otras tantas comunidades europeas, los invitados especiales y el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Y a la una Juan XXIII, en medio de un silencio que amontonaba símbolos, era coronado como Pontífice espiritual del mundo.

Carlos PRIETO
(Enviado especial.)

50.000 peregrinos asistieron a la misa del Pontífice



El Pontífice saluda a la multitud que llenaba la plaza de San Pedro



U. S. A. PRESIDENTE REPUBLICANO Y CONGRESO DEMOCRATA

ROCKEFELLER, UN «POSIBLE» CANDIDATO PARA LA CASA BLANCA

LA DERROTA DE AVERELL HARRIMAN PARA GOBERNADOR DE NUEVA YORK

SEGUN una antigua tradición, el Estado del Maine vota casi con dos meses de antelación al resto del país. Por esta razón, Norteamérica esperó con un enorme interés, el 8 de septiembre, sus resultados. Estos fueron demócratas, y el cargo de senador que se renovaba fué tomado al asalto por Edmund Sixtus Muskie, un intelectual agresivo e irónico que rompió na'va menos que un record de cuarenta y siete años consecutivos que había dado siempre senadores republicanos por el Estado del Maine. La gente, desde entonces, no se recató de gritar el refrán clásico: "Como va el Maine va el país..."

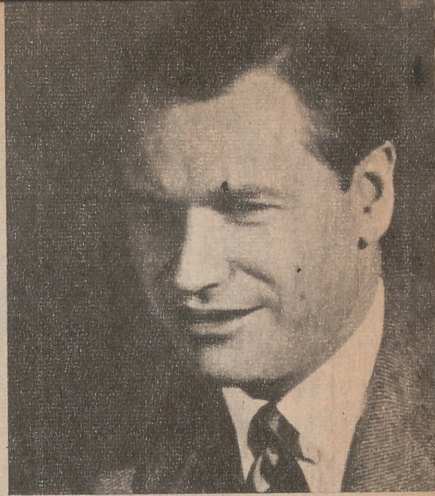
Esto ocurría el 8 de septiembre, y el propio Eisenhower llamó la atención al partido republicano, preparándole para una lucha difícil. El mismo, en un momento de recuperación física, hizo una campaña electoral de "costa a costa", del Atlántico al Pacífico, a través de 7.000 kilómetros de



El senador republicano William Knowland, figura antes «presidenciable», que con su derrota en California queda «fuera de combate»



El gobernador demócrata de Nueva York, el millonario Harriman, derrotado por Rockefeller en las elecciones para el 86 Congreso



Nelson Rockefeller, elegido gobernador en Nueva York y que, con su victoria, se convierte en «presidenciable» para los republicanos



La Casa Blanca, desde uno de sus ángulos más típicos, en la que se centran las miradas para el LXXXVI Congreso

discursos y de entrevistas. Las espadas estaban en alto todavía.

LA RENOVACION DEL CONGRESO

Desde el punto de vista de la doctrina política, el Congreso, mejor dicho, sus dos Cámaras, el Senado y la de Representantes, tienen una función y una canalización distinta: el Senado representa a los Estados, y los representantes, al pueblo. En total, dado que hoy, con la inclusión de Alaska, son 49 estrellas, los senadores son 98. En esta ocasión un tercio del Senado se renovaba. En cuanto a los representantes —435 en el 85 Congreso, y 436 en el 86, que sale de las elecciones celebradas el día 4—, su renovación es total cada dos años. Quedaba, además, otra votación de singular importancia: la de los gobernadores.

En líneas generales, y para que nuestros lectores tengan una idea precisa de la situación, el

85 Congreso estaba dividido de la siguiente forma: En la Cámara de Representantes: 235 demócratas y 200 republicanos. En el Senado, a su vez, los partidos estaban representados de la siguiente forma: 49 demócratas y 47 republicanos.

En resumen, pese a la victoria electoral de Eisenhower en 1956 —victoria, por otra parte, absoluta, porque mientras su opositor, Stevenson, sacó 25.817.517, el Presidente reelecto alcanzaba 35.226.904—, el país se había inclinado por los demócratas en el campo del Congreso

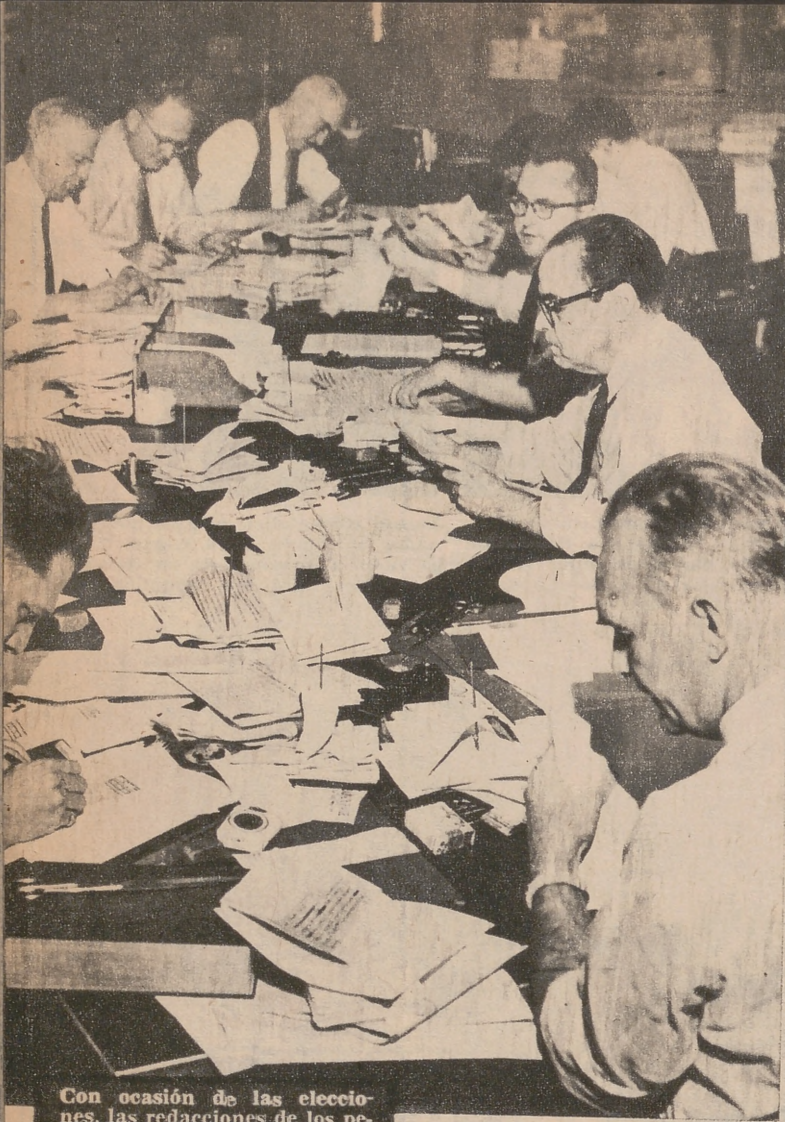
LA VICTORIA DEMOCRATA DEL 4 DE NOVIEMBRE DE 1958

Por las cifras anteriores se verá claramente que sólo el gran movimiento de opinión pública en torno a Eisenhower había procurado una victoria republicana, que pasaba a ser, en números

concretos, una victoria de la Administración y no del partido.

La marea democrática del 4 de noviembre no hace otra cosa que continuar una tendencia general del péndulo político hacia la oposición demócrata. Dos han sido, en líneas generales, los argumentos que más han influido, técnicamente, en la orientación demócrata del país: la crisis económica, la famosa recesión de hace unos meses, que produjo el paro, y la crítica aguda que el partido de Stevenson montó en torno a la política exterior de Dulles, a quien calificó de oscilante. De todas formas, quedaba en la balanza un debate importante: el sindicalismo.

El Sindicato Unido, formado por las Federaciones A. F. L.-C. I. O.—Federación Americana del Trabajo y Congreso Industrial— tenía que reñir una ba-



Con ocasión de las elecciones, las redacciones de los periódicos americanos, como esta de la fotografía, se ven sometidas a un trabajo intenso

talla. Se había hablado en algunos Estados de permitir la libre contratación de obreros fuera del campo sindical. Frente a esta actitud, la Federación unitaria reaccionó apoyando a los demócratas, que, inteligentes, adoptaron la línea de defensa sindical. De todas formas, sería un grueso error aplicar a las elecciones norteamericanas el metro de medir europeo. Si los demócratas lanzaban denuestos contra los republicanos diciendo que eran los defensores de la plutocracia, y éstos a aquéllos el sambenito de radicales y socializadores, de hecho los dos partidos difícilmente pueden diferenciarse en cuanto a objetivos últimos y concretos. No obstante, la elección es una victoria, representativamente, de los más sociales.

PRIMER PUNTO CLAVE: EL ESTADO DE CALIFORNIA

El interés mayor de la convocatoria se planteaba de cara a 1960. Es decir, en torno a las elecciones presidenciales de 1960, en las cuales Eisenhower pasará a descansar a su granja o al campo de las grandes glorias vivas del país, pero sin que su presencia sea, como lo fué en 1952 y en 1956, una bandera.

En razón de esa situación, la elección ha venido a confrontar "otros nombres". ¿Cuáles eran éstos? Por lo pronto dos Estados se llevaban la pauta de la pasión popular: California y Nueva York.

En la fabulosa California —uno de los Estados más ricos y con una población que alcanza ya los 13.000.000 de habitantes— dos hombres se enfrentaban decisivamente: el republicano William Knowland y el católico Brown.

El senador Knowland con Richard Nixon, podía ser una de las figuras presidenciales en 1960. Teóricamente, él había renunciado a ese privilegio en honor de Nixon. Este —como Knowland, californiano. Por eso se dijo en algún tiempo que la Presidencia "era asunto de californianos"— se había apresurado a ayudar al senador en una campaña importante de forma que el prestigio de los dos quedaba, en cierto modo, sometido a juicio.

La derrota de William Knowland ha supuesto, por tanto, no sólo la derrota del prestigioso candidato republicano, sino su desaparición lógica de toda posible investidura por parte de la Convención Republicana para una posible campaña presidencial.

Richard Nixon —cuyo "papel" había subido durante su viaje por Hispanoamérica en razón del valor demostrado— no logra superar, sin embargo, la prevención popular a sus procedimientos. La masa electoral norteamericana, pese a todas las polémicas, sigue siendo conservadora. En resumen, aunque Nixon es un valor claro en la lucha futura por la investidura de su partido, las elecciones han revelado que tampoco es un "indiscutible" como lo fuera Eisenhower en sus dos campañas.

No obstante, en un dístico movimiento político, Nixon ha intentado salvarse separándose sutilmente de la línea seguida por los republicanos en las dos semanas de propaganda electoral. Difícil problema, pero su derrota es evidente y le costará trabajo superarla.

SEGUNDO ESTADO DE CALIFORNIA Y LOS DOS MILLONARIOS

La elección de gobernador de Nueva York—se renovaban 34 gobernadores— revistió, sin embargo, la baza popular más importante, por los adversarios que se enfrentaban: Nelson Rockefeller y Averell Harriman.

Los dos pertenecen a las dinastías familiares americanas. Es decir, los dos son nombres populares. Los dos son repetidamente millonarios en dólares. Harriman es uno de los reyes de los ferrocarriles, y Rockefeller, aparte del petróleo y numerosas actividades más, representa la tercera generación de una familia que está vinculada a todo el proceso del progreso industrial norteamericano.

La victoria de Nelson Rockefeller supone un cambio de frente de la opinión, que si, en líneas generales, se ha inclinado por los demócratas, ha preferido en Nueva York a Rockefeller, candidato republicano. En la mesa de éste estaba ya el día 5 por la mañana un telegrama de Harriman: "Le felicito por su éxito y le deseo toda clase de éxitos..."

ROCKEFELLER, ¿CANDIDATO A LA PRESIDENCIA?

Averell Harriman no ocultaba que, en caso de vencer, no du-

Lea usted todas las semanas

"EL ESPAÑOL"



Filas de votantes ante una de las oficinas electorales. Hay gente que lleva, incluso, su silla

daría en presentar su candidatura a la Presidencia. Su derrota, que se vaticinaba inicialmente por la reacción popular contra el equipo electoral que le rodea—lo que llaman en Nueva York la máquina electoral de "Tammany Hall"—, deja pendiente también el "hombre" demócrata para 1960. Ha ganado puestos de manera decisiva el candidato elegido en California —Brown—; pero todavía queda tela para cortar a Stevenson, que, aunque sus derrotas anteriores le sitúan en el ángulo de la desgracia, lo que es mal augurio, continúa en su puesto y se ha limitado a decir, después del resultado de las elecciones, estas dos palabras:

—Día feliz.

Pero, ¿qué ocurre con Rockefeller en ese sentido? Nelson Rockefeller, días antes de la convocatoria, se había apresurado a decir que "él no tenía planes más elevados que servir en el puesto de gobernador".

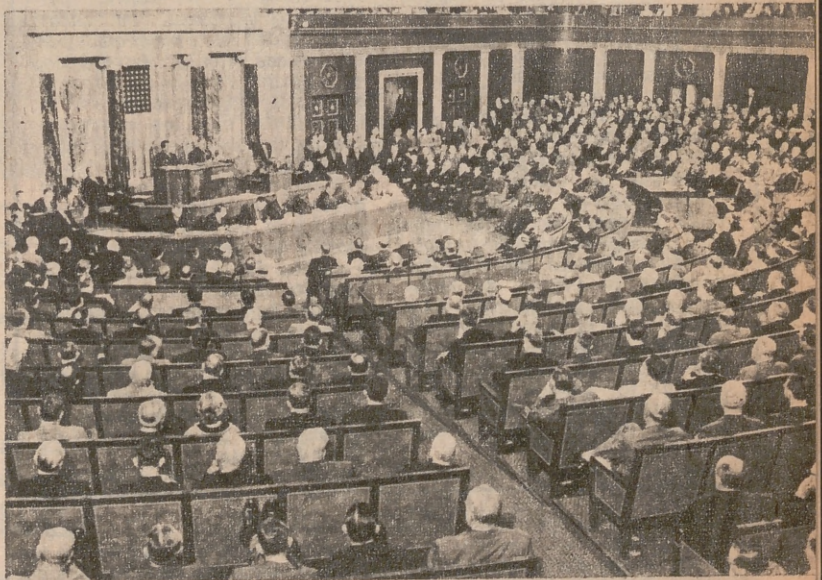
Sin embargo, un movimiento de opinión pública muy ostensible ha insistido—después de su victoria—que es un posible "presidenciable". Todas las entrevistas que le han hecho después de su triunfo han insistido en lo mismo:

—¿Se presentará usted a la investidura de la Convención Republicana en 1960?

Su respuesta ha sido la misma, pero, acaso, con mayores dudas:

—Mi pensamiento hoy es cumplir con mi deber en este puesto. Pero pienso presidir la Delegación republicana de Nueva York en la Convención.

Nelson Rockefeller es uno de los cinco hermanos de la dinastía actual. De todos ellos es el único que se ha sentido atraído



El LXXXV Congreso ya tenía una débil mayoría demócrata. Ahora se ampliará en el LXXXVI

INFORMACION Y SERVICIO

SE ha dicho muchas veces que política es administración; que la buena marcha de los asuntos públicos depende—en buena parte—del más perfecto funcionamiento y agilidad de la máquina administrativa.

El mecanismo de la Administración pública puede—igual que un engranaje mecánico—ser víctima de la arenilla o beneficiarse de un perfecto estado de limpieza, acompañado de un buen lubricante. Beneficiarse de un estado de dinamismo y eficiencia general o padecer sopores de rutina y postraciones de un espíritu soñoliento y retardatario.

Soporte del Estado moderno, la Administración pública es un bien necesario e imprescindible, que no puede ser discutido por espíritus simplistas o por críticas superficiales. La institución es precisa al Estado, igual que el hombre necesita del esqueleto para sostenerse en pie. Y el Estado puede compararse a un hombre grande, orgánico y funcionalizado.

Pero, como toda obra humana, la organización administrativa puede tener defectos y deficiencias corregibles, cuyo origen está más en los individuos, que ejercen la función de servicio al público, que en la razón y oportunidad de este servicio.

Se ha hablado mucho de un viejo y trasnochado coqueísmo servido por malhumorados hombres de manguitos en un ambiente a media luz, propicio para hacer dormir los expedientes y legajos como en un depósito de cadáveres al formol.

Hay además una frase que casi no nos atrevemos a citar aquí porque resulta punzante y molesta como un tábano. El «Vuelva usted mañana» de nuestras ventanillas decimonónicas, como una salida fácil a la pereza mental y una corriente fórmula con la que eliminar clientela pública.

Aunque la celeridad y el ritmo moderno habían eliminado muchas lacras antiguas y el actual funcionario público dista mucho de aquellos hombres de sainete de nuestra pasada burocracia, era preciso que la Administración española se depurara a sí misma de los últimos vestigios de un pasado en el que las cosas públicas y las «de Palacio» iban demasiado despacio.

La ley de Procedimiento Administrativo, bien concreta y articulada, va a suponer una mutación definitiva en la manera de llevar las cuestiones que los particulares presentan a una Administración pública de la que—como contribuyentes—son todos accionistas.

Una mayor eficiencia, celeridad y dinamismo va a tener nuestra mecánica administrativa al servicio del público, que por la nueva ley de Procedimiento Administrativo se impone a sí misma unos plazos de resolución por los que no podrán haber no solamente expedientes dormidos, sino que ni siquiera aplazados más del tiempo absolutamente necesario.

Hasta ahora los plazos de entrega eran un apremio para el público; pero la Administración no se había impuesto ella misma unos inapelables plazos de resolución.

A partir de esta importantísima reforma, un espíritu más eficiente y dinámico va a imponerse en la mecánica de servicio al particular. Oficinas de información al público van a ser creadas en todos los Departamentos ministeriales, organismos autónomos y grandes unidades administrativas civiles.

Estas oficinas orientadoras darán dos tipos de informaciones: unas de tipo general, para orientar, con publicaciones ilustrativas, diagramas de procedimiento, organigramas y modelos, a quienes hayan de relacionarse con la Administración, e informaciones de carácter particular sobre el estado de un determinado expediente administrativo.

Estas consultas podrán efectuarse verbalmente, por teléfono y hasta, en casos justificados de urgencia, por el procedimiento telegráfico, y tendrán derecho a ellas lo mismo los interesados en el expediente que los representantes de esas personas interesadas.

Siempre las informaciones deberán ser claras y sucintas para una completa orientación y un perfecto informe.

Antes del 31 de diciembre estarán montadas esas oficinas de información, mientras toda la mecánica de relaciones entre la cosa pública y los particulares se beneficia del espíritu más eficiente, moderno y simplificador que le imprime la nueva ley de Procedimiento.

que obligó a Eisenhower y a la Administración a una unificación de los mandos y a la inversión de sumas importantes en el campo de los proyectiles teledirigidos.

Pese, pues, a sus palabras de negativa, el nombre de Rockefeller es ahora nuevamente agitado por los republicanos, que le ponen en las filas más altas del partido. Esto significa también que la candidatura de Nixon sigue oscilante y dudosa.

Para la planificación clasista europea, y éste es otro punto, la «batalla de los millonarios» resultará un poco paradójica; pero en un país como el americano donde los grandes creadores de riqueza son populares porque una redistribución profunda de los bienes hace que sean inexistentes los planteamientos de carácter clasista—en el sentido general de la palabra—, el apoyo popular a Rockefeller testimonia la reciedumbre que tiene en la nación norteamericana la idea de que las Fundaciones, Universidades, etc.—el Instituto o Fundación Rockefeller entre otras—, sostenidas por los grandes nombres, son uno más de los movimientos hacia la distribución de la riqueza. Todo esto, por tanto, puede explicar las causas de una reacción tal entre los obreros industriales de la gigantesca ciudad.

LA SITUACION POLITICA: PRESIDENTE REPUBLICANO Y CONGRESO DEMOCRATA

Otra de las paradojas de la situación política americana—a ojos del europeo—es la doble vertiente de un Congreso democrata y una Administración republicana. Aunque ahora la discrepancia sea mayor que en el 85 Congreso, esto no significa una crisis. Será más amplia, naturalmente, la fuerza política del Congreso frente al Presidente; pero la colaboración es la base misma de la vida política del país. El Presidente, elegido igualmente por un conculato popular, pero por otro canal, elige sus ministros fuera del campo del Congreso, y su estado «minoritario» no supone cambio en la Administración. El dilema más grave es en el Senado, donde los demócratas ejercerán una mucho mayor presión sobre la política exterior.

Podría decirse, pues, que la vida política del país—inclinándose hacia un mayor radicalismo—abandona la etapa de conformismo y se prepara activamente para revalorizar los hombres del partido demócrata para la confrontación de 1960.

El 86 Congreso tiene ante sí obligaciones y debates importantes. Queda pendiente en el juego político nacional la solución al conflicto racial y estructuración, en su conjunto, de la actividad económica internacional. En política exterior, China, el desarme, la guerra económica con Rusia en los países subdesarrollados, ocupan el primer plano. Una etapa nueva comienza.

Enrique RUIZ GARCIA

por los asuntos públicos y ha servido al país — también con Truman — en distintos puestos oficiales. Quizá el momento más singular de su carrera sea cuando fundó el «Centro de Investigaciones y Proyectos», que ana-

lizó últimamente todo el panorama militar y económico de los Estados Unidos. De ese Centro, costeado por los Rockefeller, salió el famoso informe—el año pasado— sobre la verdadera situación del Ejército americano.



LA ALERGIA, ENFERMEDAD DE LAS MIL CARAS

MEDIA HUMANIDAD SUFRE DE ESTA DOLENCIA EN ALGUNA DE SUS FORMAS

DESTACADAS APORTACIONES ESPAÑOLAS AL CONGRESO INTERNACIONAL DE PARÍS

FACULTAD de Medicina de París. Mil quinientos médicos de cuarenta y dos naciones celebran el III Congreso Internacional de Alergología. Son los nombres más famosos, los pacientes investigadores, los expe-

rimentados especialistas que han dedicado su vida al estudio de esa extraña enfermedad de oscuros orígenes que en algunos países canta más victorias que el cáncer y las enfermedades del corazón. La Medicina española

ha tenido en esta importante reunión internacional una representación adecuada, y la contribución de sus alergólogos fué estudiada y considerada con elogio unánime.

Para la gente distinguida, pen-

LOS SIGNIFICADOS DE LA PALABRA NEUTRALIDAD

DE ahora en lo sucesivo, todo ciudadano rumano que intente comprometer a su país con una declaración de neutralidad incurrirá en el castigo máximo, que es el de muerte. Esta reciente reforma del Código Penal en Rumania sería la mayor charada legal y sería también el más jocosos retoque legislativo de todos los tiempos si no fuera la declaración pública y jurídica de que el mundo comunista es beligerante y no tolera a sus sañetes que se aparten de ese frente de subversión y de hostilidad contra los países occidentales. Si hay alguien que todavía dude de la agresividad y de la contienda que el comunismo mantiene contra el mundo, le bastará leer este nuevo artículo del Código rumano para esclarecer la verdad.

No es fácil describir el asombro que ha provocado en muchos países la redacción de ese texto legal. El periódico austriaco «Arbeiter Zeitung» dedica largas galeradas para tratar de despejar esa incógnita de la política exterior soviética, que tan celosa parece mostrarse de la neutralidad austriaca, olvidando, sin duda, que se trata de hacer incurrir a Austria en un delito castigado con la muerte más allá del «telón».

Para Suiza es también una reforma legislativa plena de significado. Este país, precisamente, acaba de aprobar una nueva estructura de sus fuerzas armadas para dotarlas de las armas más modernas a fin de mantener su independencia y proteger su neutralidad. Esta decisión soberana de un Gobierno también soberano mereció la ingerencia del Kremlin, que se atribuyó la libertad de dirigir una nota de protesta por considerar aquella decisión como «absolutamente incompatible con una política de neutralidad». Y casi al pie del documento, los dirigentes soviéticos llegaban a definir lo que allá por la U. R. S. S. se en-

tiende por auténtica neutralidad: «una de las formas de coexistencia pacífica».

No hay que olvidar que los teóricos comunistas de la neutralidad escribieron en esa ocasión que la coexistencia es «una» de las posibles formas de entender aquella. Las otras, entonces, pueden ser Rumanía y Hungría. Hace dos años por estos mismos días, Nagy declaró que Budapest se apartaría del Pacto de Varsovia y se mantendría neutral. Esta posición era delictiva al entender de Moscú y ordenó a sus divisiones acorazadas que explicasen, con letra de sangre el verdadero alcance del vocablo neutralidad. Después de esta lección y de tantas otras a cargo de la Unión Soviética, los campos quedan bien delimitados para que nadie se llame a engaño acerca de las dos caras de la palabra neutralidad. De un lado, frente a los países occidentales, neutralidad es sinónimo de «coexistencia»; del otro lado, mirando a los países soviéticos, neutralidad es sinónimo de delito.

Cabe aún precisar más en la definición comunista de ese término. La «coexistencia» que Moscú quería en el caso de Suiza es la desarmada la que deja inerte a una nación para oponerse al expansionismo soviético. Todo intento de robustecer los efectivos militares, aunque éstos tengan tan larga tradición de pacifismo como los suizos, enciende la pronta reclamación de Moscú. En el caso de Austria, una tentativa del Gobierno de Viena para dar mayor flexibilidad a sus cuadros de mando fué calificada por el Kremlin de «irritante provocación».

Con la reforma del Código Penal rumano y con la tipificación del nuevo delito, se ha puesto una vez más de manifiesto la interpretación soviética de la neutralidad propia y ajena. Una aclaración innecesaria, pues después del alzamiento húngaro, la lección quedó bien claramente explicada.

diente de la moda, tal vez la alergia haya dejado de ser una enfermedad interesante, por el hecho de que cualquier persona puede padecerla, puesto que las estadísticas mundiales señalan que el 50 por 100 de los seres humanos, en una época u otra de la vida, tienen síntomas alérgicos. Pero precisamente por este hecho, la alergia adquiere para los médicos una capital importancia, tanto más cuanto que se está comprobando que existen unas treinta dolencias de fondo alérgico predominante; treinta y dos de base frecuentemente alérgica y otras treinta en los que la alergia se asocia a otro padecimiento para complicarle la existencia a sus víctimas.

En realidad, la alergia, por ser una reacción que se manifiesta en las personas sensibles a cualquier sustancia del medio ambiente, impregna con su morbosidad la vida de los seres humanos, con una frecuencia que debemos considerar como normal, aunque sean muy alarmantes y patológicas algunas de sus reacciones.

La alergia, esa dolencia de las cien caras, no es enfermedad para tomarla a broma ni a la ligera. El asma bronquial, afección netamente alérgica, está clasificada por las Compañías de Seguros en el quinto lugar en la lista de males causantes de invalidez. Según Surinyach, el número absoluto de enfermos de polinosis o

fiebre del heno (otra manifestación alérgica) en la gran Barcelona, no estará lejos de 4.000.

Los principales alérgenos o sustancias desencadenadoras de la alergia, son en todas partes el polvo de las casas y el de las escuelas, las esporas de hongos existentes en la atmósfera, determinados pólenes, diversos polvos textiles; numerosas sustancias sintéticas, emanaciones de animales y de viveres, microbios, e incluso medicinas. Esto es, no sólo la naturaleza viviente, sino también la muerte. Y en cuanto a las medicinas, ya todo el mundo sabe que no pocas personas son alérgicas a los antibióticos, a la penicilina especialmente.

LAS ALERGIAS DEL OTOÑO

Mucho se ha hablado de las enfermedades alérgicas de la primavera cuando los árboles y los arbustos están en flor. Pero los doctores Sánchez Cuenca, de Madrid, y Surinyach y Alemany, de Barcelona, han demostrado que también existen polinosis de otoño en Madrid y Barcelona, y otras ciudades y campos españoles.

Las calles modernas de Madrid se hallan bordeadas por una o dos filas de acacias. El número total de estos árboles es muy considerable y la cantidad de flores que se producen es extraordinaria. Hay dos clases de acacias: la blanca, llamada vulgarmente «pan y queso», es culpable de la alergia primavera; la sófora, de fase tardía estio-otoñal, desencadena en la capital madrileña las polinosis otoñales. Cuando las flores caen al suelo, a medida que van secándose son pulverizadas en el pavimento de las calles por peatones y vehículos pasando sus partículas a integrar el polvo humano, que es transportado por el aire y sensibilizando así a los propensos.

En Barcelona, las lluvias de otoño reavivan la vegetación espontánea. En septiembre aparece pólen de artemisa campestri junto con los de las gramíneas abundantes en los eriales de las cercanías de la Ciudad Condal. Los meses de octubre y noviembre son los de máxima floración autumnal y se caracterizan por la abundancia del pólen de la citada artemisa, del agarrobo y de otras plantas, todas ellas estudiadas por los doctores Monserrat y Font.

El estudio realizado por estos dos últimos investigadores botánicos en colaboración con el doctor Surinyach, en la Sección de Aerobiología, no ha sido superado en ningún país y es el mejor que se ha realizado sobre una gran ciudad.

Ya he dicho que en el ambiente circulan todas las sustancias que pueden desencadenar una alergia. Y el mejor vehículo del ambiente es el aire. Por lo tanto, es natural que los especialistas de alergia deseen saber lo que ocurre en el aire. Para averiguar lo que pasa en el de Barcelona, los citados investigadores han situado diversos colectores de polen en los lugares más estratégicos de la ciudad catalana. El más importante se emplazó en la Torre Norte de la Universidad, a más de 30 metros sobre el nivel de la calle.

De todos los árboles o plantas



Sesión inaugural del III Congreso. He aquí el momento en que los congresistas tributan una oración a la figura del profesor Portier

que puedan producir polen, el que con más abundancia lo hace es el plátano, del que en Barcelona hay 30.000 ejemplares, distribuidos por las calles, jardines e interior de las manzanas. El conjunto de polen de plátano vertido por el arbolado de la Ciudad Condal en los momentos culminantes de la estación —desde San José a San Juan—, lo calcula Surinyach en dos toneladas diarias. Su velocidad de caída, apenas está condicionada por la gravedad, puesto que por su poco peso la más pequeña corriente de aire lo mantiene flotando. El riesgo se acentúa si las ramas de los árboles tienden a penetrar en las habitaciones bajas, lo que ocurre con frecuencia.

Así como el polen de plátano es un alérgeno ciudadano y calleje-

que atenta contra la salud del hombre que vive y duerme dentro de la ciudad, el polen de las gramíneas, cuando no ataca a los campesinos, se decide por la gente allegada, la que gusta de los paseos en coche, la que se distrae en los campos de golf y la que viaja en avión. En cambio, el polen de la «parietaria» afecta a la gente del suburbio, la que se aglomera en los arrabales de las ciudades y habita viviendas de planta baja en la proximidad de solares sin edificar y jardines descuidados, porque la parietaria es una maleza humilde que crece en medio de escombros, entre muros y paredes y alrededor de pozos. Esta planta es relativamente pequeña, sus flores no son vistosas, y al abrirse las antenas de las mismas echan su polen al aire.

Pero la parietaria no es exclusiva en Barcelona. Es la morella, de Mallorca, y, además, crece en toda la costa mediterránea desde el extremo más occidental hasta el litoral judaico.

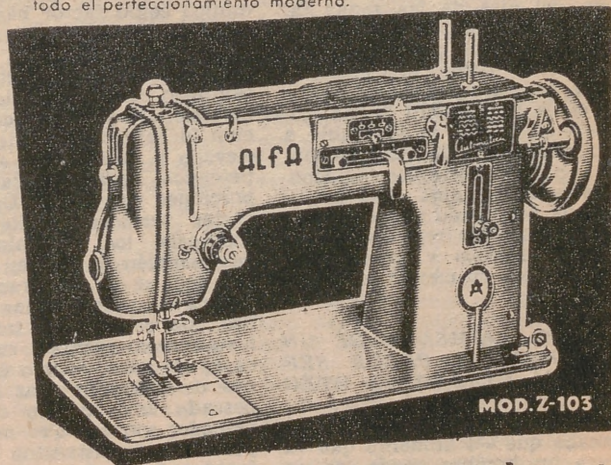
Como puede verse, cada estación y cada lugar, poseen su flora propia y su momento propicio para la alergia, por lo que este tipo de alergia vegetal, de esta polinosis, presenta la particularidad de repetirse típicamente al compás del transcurso de las estaciones. Sin embargo, los que tienen el oficio de viajeros o lo hacen por distinción o esnobismo, corren el riesgo de sufrir las mismas sorpresas que un paciente de Alemania, que tenía sus crisis de alergia en Barcelona durante el mes de mayo, en la Plana de Vich, en junio, y en Puigcerdá, durante julio, todo



ALFA

automática

¡Otra conquista femenina! Esta maravillosa máquina hace automáticamente, sin guía, todas las labores. Su manejo es sencillísimo, basta apretar un botón y aparecen perfectos a su vista, bordados, zurdidos, festones, vainicas... Dotada de tirahilos articulado, lanzadera rotativa, lámpara acoplada y todo el perfeccionamiento moderno.



primera marca española

en relación con la distinta época de floración de las gramíneas, según la altitud en que éstas crecían.

EL POLVO DE LAS CASAS

El polvo de casa debe ser considerado como el alérgeno que causa el mayor número de afecciones respiratorias. Las partículas más ligeras del mismo son más dañinas que las groseras y, desgraciadamente, por su levedad, permanecen más largo tiempo en el aire. En el Instituto de Investigaciones Médicas de Madrid, el profesor Jiménez Díaz y sus colaboradores han investigado los polvos de casa y de granero. El polvo de casa es una mezcla muy compleja en la que entran diversos elementos. Para realizar un trabajo completo, estudiaron detenidamente tres polvos de casa: el de una vivienda rural de la Granja de San Ildefonso, el de una casa antigua de Madrid y una mezcla de polvo de numerosas alfombras, proporcionado por una empresa de limpieza y conservación de las mismas. Se tomó como patrón el recogido en la casa de Madrid, en el que se evidenció siete sustancias sensibilizadoras. La primera fué un conglomerado de productos térmicos humanos, originado por el afeitado en seco con máquinas eléctricas, otros son saliva, suero y orina humana. El polvo de una casa húmeda contiene muchos más hongos que el de una casa seca. En clínica es preciso tener un buen número de preparados de polvo sumamente activos, para ensayarlos como diagnóstico y tratamiento. Un simple método muy usado para probar la especificidad del polvo es la prueba de inhalación del mismo, en aerosol. En plena memoria durante el curso del tratamiento por vía cutánea, los bronquios toleran un extracto más concentrado por inhalación.

Pero no solamente puede ser nocivo el polvo en las casas, sino también el que se forma en las aglomeraciones industriales, que se imbrica como fenómenos bioclimáticos. La alergia comienza a ser un problema inquietante para la industria. Numerosos artículos manufacturados provocan reacciones alérgicas graves, bien por contacto o inhalación que afectan tanto al personal de las fábricas como a los consumidores. La polución del aire de las zonas fabriles es igualmente un serio problema de higiene pública. La fabricación a ritmo creciente de nuevos productos químicos, sobre todo en la proximidad de las ciudades cuyo clima es favorable a la concentración de vapores, humos y polvos deletéreos, multiplica los casos de asma. Esta evolución, que ha creado una situación alarmante en las regiones industriales de Europa y América, se está iniciando en ciertas zonas españolas.

EL ALIMENTO DE UN HOMBRE PUEDE SER EL VENENO DE OTRO

La sentencia de Lucrecio, quien afirmaba que «el alimento que va bien a un hombre puede ser un veneno para otro», ha sido aclarado al cabo de dos mil años por

medio de la alergia. Todo el mundo sabe que los huevos pueden hacer daño a algunas personas, sean niños o adultos, no porque ataquen al hígado, sino porque actúan como alérgenos. La sensibilización a este producto de la gallina puede ser extraordinariamente intenso. Sonaría a cuento de las mentiras el relato del asmático que sufría un acceso si en su habitación se partía un huevo, si este caso no fuese avalado por el prestigio del profesor Jiménez Díaz, que vió cómo a un enfermo se le hinchaban los labios y la lengua si utilizaba para cenar un tenedor limpio que hubiese servido para comer huevo al mediodía.

Los alimentos responsables con más frecuencia de alergias alimenticias son, aparte del huevo, la harina de trigo, los pescados (tanto azules como blancos), los mariscos y crustáceos, la carne de cerdo, el chocolate, los tomates, la fresa, las leguminosas y la leche.

La alergia alimenticia por leche origina en los niños no sólo síntomas gastrointestinales, sino también estado de fatiga, intranquilidad y difícil educabilidad. La leche con que se atiborra a ciertos niños, puede convertir a éstos en seres tristes y llorones, pálidos y nerviosos. Afortunadamente, las grandes alergias alimenticias en los lactantes disminuyen con la tendencia actual del destete precoz, entre los cuatro y seis meses, y el uso de una alimentación variada, heterogénea, adecuada necesariamente a su edad.

A los niños alérgicos a este alimento se les puede desensibilizar administrándoles a diario pequeñas cantidades de modo progresivo. La alergia alimenticia, según Surinych, de Barcelona, se ve determinada por la calidad, la cantidad y el ritmo de la alimentación, esto es, por las costumbres y vicios adquiridos en el transcurso de la vida no sólo por un individuo, sino por generaciones enteras, lo cual, unido al fondo hereditario de la alergia, agrava el problema.

El doctor Torres Acero es uno de los especialistas españoles en alergia que más profundamente han estudiado los problemas que plantea la alimentación en las personas propensas a la alergia. Se ha hablado del veneno histamínico como factor básico de los mecanismos de la alergia. Pues bien, Torres Acero ha analizado la importancia del contenido histamínico en diversos tipos de alimentos. Durante su descomposición la cantidad de histamina es elevada y, sobre todo, en algunos pescados llega a alcanzar proporciones muy altas. Dado el carácter termorresistente de esta sustancia, los alimentos enlatados también la pueden contener, por que, si su preparación no se realiza en las debidas condiciones, los peligros de intoxicación histamínica siempre existen. La carne de vaca, dentro de las carnes de mamífero; las carnes de pescado azul, dentro de las de pescado, son las que mayor proporción de histamina llegan a formar. Los calamares, comprendidos dentro del grupo de los mariscos, son, de todos los estudia-

dos, los que más cantidad de histamina producen en su descomposición. De aquí que haya que tenerse mucho cuidado con las latas de conservas de calamar. Torres Acero no sólo ha analizado el tóxico, sino también su antídoto. Sus trabajos sobre antihistamínicos de síntesis han merecido numerosos galardones.

UNA PREDISPOSICION HEREDITARIA

Entre las pocas cosas ciertas que se saben de la alergia, lo único que conocemos seguro es que la posibilidad de la sensibilización alérgica es hereditaria, pero el factor que se hereda es únicamente la tendencia y no la enfermedad. Cuando ambos padres son alérgicos, la posibilidad de que en el niño aparezca una alergia mayor está aumentada a consecuencia de la herencia bilateral, siendo este niño relativamente refractario a las medidas antialérgicas. Casi el 75 por 100 de los niños cuyos padres son alérgicos presentan idénticas manifestaciones. La proporción de niños alérgicos baja al 50 por 100 cuando sólo uno de los padres lo es, y desciende al 40 por 100 si no hay antecedentes familiares claros. También el comienzo de los síntomas alérgicos es tanto más precoz cuanto más cargado hereditariamente esté el pequeño. La cuestión de saber si un hombre y una mujer que sufren de alergia grave deben o no casarse ha originado numerosas controversias y merece, por lo tanto, se le preste la atención necesaria, de acuerdo con las orientaciones dadas por Pío XII poco antes de fallecer.

LA ALERGIA TIENE CURA

La eliminación de los alérgenos patógenos (o sea, de las sustancias sensibilizantes) constituye, sin duda, la forma más eficaz de trazar las enfermedades alérgicas. En algunos tipos de alergia, como la dermatitis por contacto con una sustancia irritante, como una media de nylon o unos guantes de goma, es virtualmente la única forma de terapéutica específica. Como la mayoría de los alérgenos están íntimamente relacionados con la vida y la ocupación del paciente, es muchas veces imposible eliminar la sustancia irritante del organismo del enfermo o prevenir el contacto entre el paciente y el alérgeno.

La técnica de desensibilización varía extensamente. Algunos médicos prefieren administrar dosis mínimas de la sustancia culpable, y otros, dosis máximas. El tratamiento suele ser continuo, puesto que la protección conferida no se mantiene sino durante dos temporadas de exposición al alérgeno. No hay una dosis óptima. Algunos enfermos responden satisfactoriamente a diluciones máximas del desensibilizante; mientras que otros no responde en absoluto a grandes concentraciones de extractos. Como es natural, los especialistas lo que primero cuidan es la seguridad del paciente.

La desensibilización, aceptada por la mayoría como el método de elección para el tratamiento de las personas hipersensibilizadas a los pólenes, y particular-

mente de aquellos que padecen asma bronquial estacional (es decir: relacionado con los ciclos de vegetación) debe ser considerada todavía como una médica empírica.

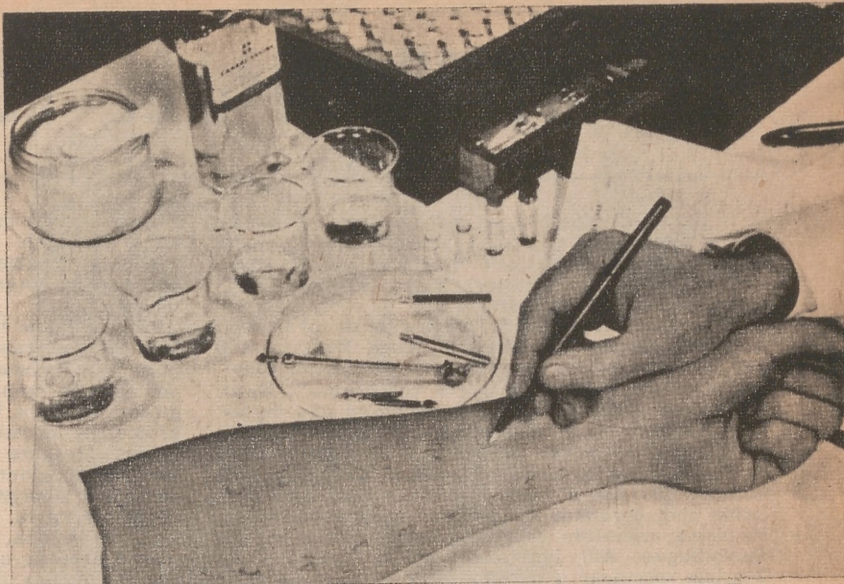
En la actualidad, la alergia infecciosa y el asma bacteriana (alergia a los microbios o a sus sustancias) es combatida con excelentes resultados mediante la desensibilización de fondo con autovacunas preparadas a partir de dos gérmenes obtenidos de las siembras y del cultivo de los exudados de la nariz, garganta y bronquios del propio enfermo.

En este campo del tratamiento de la alergia han realizado interesantes aportaciones los doctores Sánchez Cuenca y Manzanete, de Madrid, que tienen la experiencia obtenida tras la preparación de más de 30.000 autovacunas cada uno, copiosos antecedentes que permiten afirmar que este remedio terapéutico permite una desensibilización más gradual y tolerable.

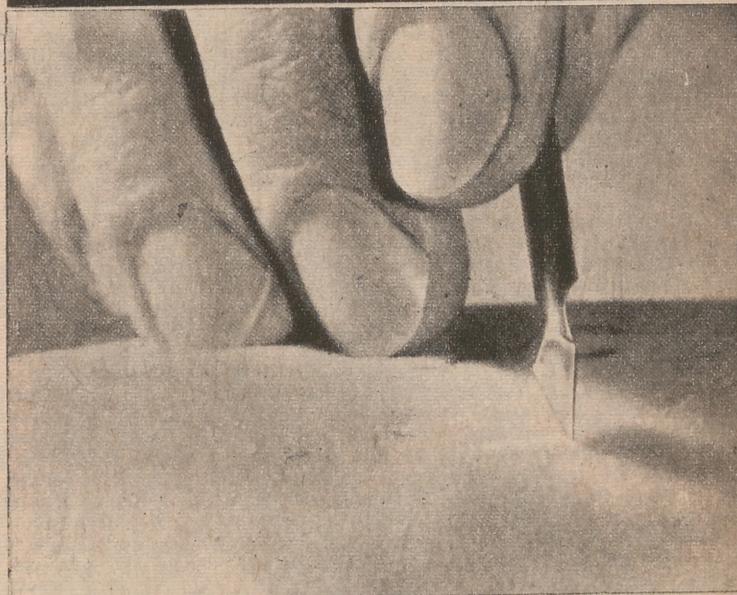
Durante la última década, la fase no específica de tratar las dolencias alérgicas goza cada vez de mayor preponderancia. Entre tales remedios «no específicos», la corticotropina (A. C. T. H.) y los corticosteroides corticosuprarrenales (cortisona y derivados) se han convertido en poderosas armas para dominar las alergias. Estas hormonas dominan los síntomas más aparatosos y molestos de cualquier etiología o causa, por lo que sus virtudes son muy espectaculares. Pero su eficacia es efímera. Cesa poco después de dejar de aplicarlas. Son caras y lo que es peor, no siempre son inofensivas. La búsqueda de una sustancia de este tipo, que posea todas las ventajas de la cortisona y del A. C. T. H., y ninguno de sus peligros, ha conducido a la prednisona y prednisolona y derivados afines, que en estos momentos gozan, sino de una absoluta devoción del interés de los médicos.

LO MEJOR: ELUDIR EL PELIGRO

El mejor medio para luchar contra esta hidra de las cien caras es anticiparse a sus asaltos. Es decir, prevenirlas, evitando su presentación. La verdadera profilaxis alérgica cabe iniciarse en la infancia, ya que no debemos olvidar que puede tratarse de una predisposición hereditaria. En todo niño con antecedentes alérgicos en su familia se deben aplicar sistemáticamente las medidas protectoras oportunas. La ración alimenticia debe ser rica en calorías para que el peso del niño no experimente ningún descenso. Las madres no darán a sus pequeños una alimentación siempre igual. Los alimentos ingeridos en grandes cantidades y reiteradamente insensibiliza con relativa facilidad. Se evitarán los manjares que produzcan vómitos, flatulencia y otras alteraciones gastrointestinales. Conviene elegir cuidadosamente la habitación del niño enfermo. Será un cuarto soleado y bien orientado, que no sea ni muy grande ni muy pequeño. En esta habitación sólo dormirá el niño acompañado, e lo sumo, de una persona. El cuarto tendrá únicamente los



Pruebas diferentes para determinar la enfermedad



Otro «test» en la sangre del enfermo

muebles indispensables. La cama no tendrá colchones de pluma ni muelles tapizados. El colchón será de lana y se lavará dos veces al año: en primavera y otoño.

En las personas mayores es más difícil realizar una campaña preventiva contra la alergia, según se deduce del III Congreso Internacional de París. No obstante recomiéndase a los enfermos sensibles al polvo un paseo por el campo de una a dos horas. De todas formas en esta época el proceso ya se ha declarado en los individuos sensibles y sólo es válido un tratamiento curativo. Según ha demostrado el doctor Sánchez Cuenca en París, el polvo de las casas, que como ya se ha visto ha sido estudiado por Jiménez Díaz y su escuela, es causa muy frecuente de alergia. Sus dos manifestaciones principales son el asma y la rinitis. En su intervención, que fué acogida con gran atención, demostró como muchas fiebres y febrículas, cuya

causa no se aclara, pueden ser el único síntoma de una sensibilización al polvo. De aquí el gran interés de las medidas de precaución que se adopten, entre ellas los diarios paseos por el campo.

Se aconseja, pues, a las madres que tienen antecedentes alérgicos entre la familia, que acudan a las consultas de algunos de estos especialistas españoles en alergia, que acaban de demostrar en París encontrarse científica y clínicamente a la altura de sus colegas extranjeros, aventajándolos en algunas ocasiones. Tal vez se deba esta victoria al tan discutido espíritu científico español o que la alergia es un riesgo impalpable e invisible que ocupa todos nuestros espacios vitales y que ataca a más de un diez por ciento de toda la población, porque en España, más o menos alérgicos, hay cerca de tres millones de personas.

Dr. Octavio APARICIO

LA UNIVERSALIDAD DE "LO ESPAÑOL"

Por Juan MORATA

SE da en Carlos I y en San Ignacio la característica común y bien acusada de su "universalidad", universalidad que ha sido y sigue siendo uno de los caracteres más genuinos de lo auténticamente "español".

"El primer punto es poner delante de mí un rey humano, elegido de mano de Dios Nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedescen todos los príncipes y todos hombres cristianos". Estas auténticas palabras de San Ignacio, en una de las más célebres meditaciones de sus "Ejercicios Espirituales", nos hacen pensar que tendría presente el Santo quizá a nuestro Carlos I, que en 23 de octubre de 1520, a los solos veinte años de edad, había sido coronado Emperador solemnemente en Bruselas, revestido con las talares vestiduras de Carlomagno. Allí juró defender la Iglesia y la Justicia, proteger a los débiles y desamparados y luchar contra los infieles.

"Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles...", sigue diciendo San Ignacio en su meditación y poniendo estas palabras en "su rey tan liberal y tan humano".

Y esta fué la idea "universalista" del Imperio de Carlos I, idea Imperial cuyo origen totalmente español demostró Menéndez Pidal en un escrito que vió la luz el año 1940. Carlos no aspiraba a ser un Emperador agresor de fronteras con dantescas perspectivas de una utópica monarquía universal, sino el Emperador, de hondo sentido humano, de la universalidad cristiana, entrevista y ahelada por todo el pueblo español.

En las movidas Cortes coruñesas, que precedieron a la coronación de Carlos I, había escuchado éste al elocuentísimo doctor Mota, obispo de Badajoz, que el Imperio lo aceptaba "para la empresa contra los infieles enemigos de nuestra santa fe católica, en la cual entiende, con la ayuda de Dios, emplear su real persona; y el eje y centro y corazón de él han de ser estos Reinos fundamento, amparo y fuerza de todos los otros".

Sobre la cada vez mayor españolización de Carlos es notable la conocida respuesta que dió el Emperador al embajador francés, que se quejó de que Carlos se hubiera expresado en castellano ante el Papa Paulo III: "Señor Obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble, que merece ser sabida y entendida por toda la gente cristiana".

Esta idea universalista de propagación y defensa de la fe cristiana del único Emperador europeo-americano que en la Historia ha habido, se debe, sin duda, a la fuerte y regia personalidad española de sus abuelos los Reyes Católicos.

La unidad europea, por no decir mundial, frente a las teorías renacentistas de los solicismos y particularismos estatales, es idea medieval recogida por nuestros Reyes Católicos y llevada a perfecta madurez y sazón en el reinado de su nieto Carlos I, para bien general de la cristiandad. "El reinado de este Emperador europeoamericano —son palabras de Menéndez Pidal— queda aislado, inimitable, sin posible continuación. Después de él toda universalidad quedó, excluida. Sólo ahora algunos hombres vuelven a buscar afanosos un principio unificador que pueda restaurar en el mundo la deshecha ecumenicidad. Si cualquier día la Humanidad emprende tal restauración, entonces, sin duda, España, la de los frutos tardíos del Renacimiento, tendrá algo que hacer en el abnegado camino de ese ideal." No hay nación en el mundo entero que haya propagado y defendido el catolicismo con tanto tesón, con tanta intensidad y con tan cruentos sacrificios como España: por eso a España se le ha llamado siempre y se le sigue llamando la nación católica, apelativo que encierra en su propia etimología la más absoluta necesidad de extenderse por todo el orbe, es decir, que incluye en sí mismo la más contundente idea de la universalidad.

Si el sueño de Carlos I no llegó a realizarse po-

líticamente, el espíritu universalista, es decir, español de aquel formidable organizador vasco que fué San Ignacio de Loyola, continúa extendido por el orbe entero en una cada vez más creciente vitalidad.

Hoy aquellos tiempos del Concilio tridentino pasaron, como pasaron los del Emperador, pero la obra españolísima de Loyola perdura extendida por todo el mundo, y aunque la constituyan religiosos de todos los países y abarquen empresas y problemas alejados del ambiente español, siempre tendrá presente las circunstancias de su origen, siempre considerará a España como su cuna espiritual y siempre se verá dirigida por el espíritu de San Ignacio, eminentemente universalista, que sólo en aquella España y en aquel momento de trascendencias universales por el descubrimiento, por las luchas contra árabes y turcos y por las guerras religiosas mantenidas por Carlos I, pudo nacer.

Recordemos aquellos turbulentos años de la primera mitad del siglo XVI. En ellos aparece Lutero en Alemania; Zuínglio, en Suiza; Calvino, en Francia; Enrique VIII consume el cisma de Inglaterra, Francia se llena de hugonotes, la herejía se extiende por Flandes y los países escandinavos. Medio Europa separada de la obediencia a Roma, el Rey "Cristianísimo" de Francia aliado de turcos y herejes, el "Defensor de la Fe" inglés trastornado en cismático. Sólo un poder fuerte, decidido, firme en convicciones, seguro de su pueblo y con ambiciones de universalidad podía detener la avalancha de aquella crisis caótica, y ese poder fuerte fué España y su Emperador. Y sólo un pueblo predestinado, elegido por Dios, escogido para cumplir un destino universal, podía en aquel momento encontrar un hombre providencial que diese fuerza y contenido espiritual a aquel inmenso poder utilizado por el Emperador: ese hombre fué San Ignacio.

En cualquier otro momento de nuestra Historia la enorme potencia creadora de San Ignacio hubiera visto cortadas sus alas. San Ignacio había sido militar y su concepción buscaba el peligro, exigía la lucha, estaba impregnada del ambiente de conquista de la España que le rodeaba; y halló un mundo tan apasionado, tan revuelto, tan candente, que no pudo encontrar mejor campo de cultivo para su rápida propagación.

Y San Ignacio plasmó su obra en la Compañía de Jesús, la interpretación más perfecta y espiritual del carácter español. En ella han cristalizado los resortes eternos de nuestra raza. San Ignacio creó una orden religiosa sin limitación de espacio ni de tiempo, pero en su funcionamiento, en sus actividades, en su finalidad puso en marcha las auténticas directrices del alma española y creó la más española de las Ordenes religiosas. La creación de San Ignacio es una milicia espiritual —una "Compañía"— en la que rige una disciplina rigurosa, compatible perfectamente con un auténtico espíritu de independencia; una milicia que busca al enemigo donde se halle y acepta el arma que éste prefiera; una milicia acometidora con indecible afán de combate. Y todo esto es el reflejo magnífico de la España guerrera y heroica.

¿Se puede dudar de la misión universalista de España, cuando el tiempo y el espacio, la Geografía y la Historia nos están continuamente poniendo de relieve la realidad de esta misión?

Ante estas sublimes realidades históricas de un Carlos I de España, de un San Ignacio de Loyola, que antiespañolas resultan esas posturas de particularismos regionales, de separatismos, de individualismos, de solicismos...

Todos los personajes de valía que mejor supieron identificarse con el espíritu español han tenido en todo momento una actuación y responsabilidad universalista. Y siempre que España ha obrado de un modo espontáneo, natural e íntimo, ha cristalizado en empresas de trascendencia univer-

EL DRAMA DE BORIS PASTERNAK

BAJO LAS
AMENAZAS,
UN "NO" A LA
ACADEMIA DE
ESTOCOLMO

UN CIENTIFICO
FRANCES
ACUSA DE
PLAGIO A OTRO
PREMIO
"NOBEL" RUSO

JUNTO al camino que bordea la fila de pequeñas residencias hay dos hombres que vigilan. Quizá más allá, tras los setos, haya otros.

Los hombres miran hacia la "dacha", que parece abandonada. Casi todas las ventanas están cerradas y ningún ruido llega hasta el exterior. Allí, recluido en arresto domiciliario, espera el hombre al que la Academia Sueca decidió galardonar este año con el Premio Nóbel de Literatura.

Los policías examinan la documentación de los escasos viandantes. A veces uno de éstos, que se dirige hacia la "dacha" de Boris Pasternak, es obligado a volver sobre sus pasos. Es uno de los corresponsales de Prensa de Occidente en Moscú que, después de burlar la vigilancia de la Policía, ha logrado tomar en la estación de Kiev, en Moscú, el tren que llega hasta Peredel-Kino. Pero al llegar aquí, tiene que regresar. No le están permitidas las entrevistas a este hombre sobre el que se concentran actualmente todas las iras oficiales de la Unión Soviética.

La "dacha" de Pasternak está tan sólo separada por unos modestos jardines de otras dos residencias. Una es la del escritor Andromikov; la otra está habitada por el célebre Constantín Alexandrovich Fedin, al que du-



rante algún tiempo se le tachó de sus tendencias occidentalistas, pero que ha sabido "rectificar a tiempo". Todo el barrio está habitado por los autores rusos encuadrados en la Unión de Escritores Soviéticos. Aquí encuentran habitación y medios de vida, a condición de someterse elegantemente a las consignas de los prganismos culturales del Estado.

Entre ellos ha habido un hombre que se ha atrevido a desobedecer las órdenes. Boris Pasternak es culpable de haber dicho la verdad, siquiera una parte de la verdad de lo que ha ocurrido y ocurre en la Unión Soviética.

Pasternak ha salido de su "dacha" y los agentes redoblan su vigilancia. Ahora cultiva el pequeño jardín, convertido en huerto para contribuir así a ayudar a su sustento. Es un hombre extraordinariamente alto, de cabellos grises y que, pese a sus sesenta y ocho años, se mueve con una extraña agilidad. En su cara, de trazos firmes, destaca el brillo extraño y fuerte de sus ojos.

TELEGRAMAS A ESTOCOLMO

El día 24 de octubre, un telegrama enviado desde Peredel-Kino a Estocolmo servía para dar a conocer a la Academia sueca y al mundo entero la aceptación del Premio por parte de Boris Pasternak, galardonado con

el Nóbel de Literatura. Tras comunicar su aceptación, el escritor finalizaba su mensaje con las siguientes palabras: "Inmensamente agradecido, conmovido, orgulloso, asombrado. Pasternak."

Pocos días más tarde en la Academia se recibía otro mensaje, también procedente de la pequeña aldea rusa: "Con el máximo agradecimiento, no me es posible aceptar el Nóbel por causa de la significación que se ha atribuido a ese Premio en la sociedad a que pertenezco. Pasternak."

¿Qué había sucedido en el espacio de tiempo que media entre la recepción de estos dos telegramas? A los dos días de hacerse público el otorgamiento del Nóbel, David Zaslavsky, comentarista de "Pravda", insinuaba con bastante claridad que Pasternak debería renunciar al Premio:

"Individualista, convertido de liberadamente en elemento de la propaganda reaccionaria", según lo enjuicia Zaslavsky, que añade que no es probable su renuncia al Premio porque el autor "carece de la dignidad soviética".

Después, y como consecuencia de la lógica marxista, el órgano oficial del partido comunista acusaba a los miembros de la Academia sueca de ser unos reaccionarios de la literatura, enemigos de la democracia y partidarios de la guerra.

La semilla ya estaba echada.

Durante esos días se ha desatado "espontáneamente" en todo el territorio de la Unión Soviética una violenta campaña de críticas y amenazas a Pasternak encaminadas exclusivamente a preparar el terreno para que la propuesta de "Pravda" apareciera realmente como la única solución posible para el escritor. Y Pasternak ha renunciado al Premio, después de convertirse en el blanco de todos los ataques del comunismo soviético.

LA PROTESTA OFICIAL

"Un ignominioso fin espera al autor de "El Doctor Zivago"—amenazaba Radio Moscú—. Debe adoptarse una postura entre los que coadyuvan al comunismo o aquellos que están tratando de contener su avance. Pasternak ha hecho su elección. Ha elegido el camino del deshonor y de la farsa.

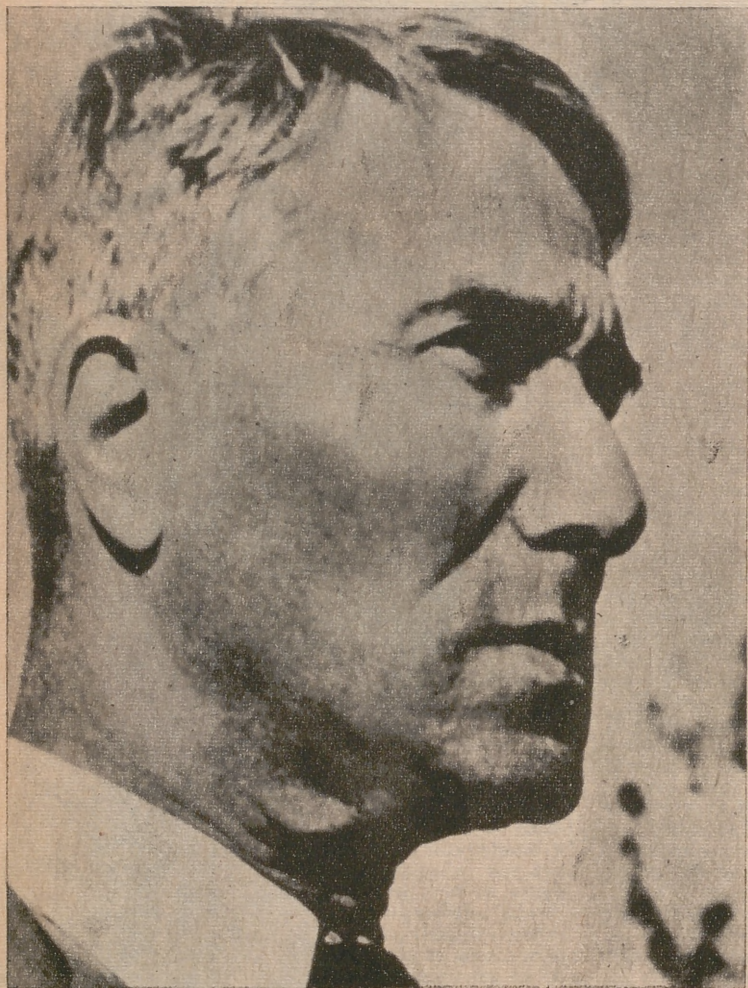
"La decisión de la Academia sueca es un acto político hostil contra el Estado soviético y calculado para producir una distorsión ideológica que tiene una marcada significación en la campaña recientemente desarrollada por las fuerzas reaccionarias de Occidente", ha señalado la "Literaturnaya Gazeta". Y como natural resultado de esta acusación, la Unión Soviética ha protestado oficialmente por la concesión del Premio Nóbel a Boris Pasternak. El encargado de negocios de la U. R. S. S. en Estocolmo ha sido quien, por medio de una carta dirigida a la Academia sueca, ha dado curso a esta protesta.

La respuesta de la Academia a esa protesta sin precedentes ha sido la única que podían aconsejar las circunstancias: silencio. La carta de Voinov no ha tenido contestación.

Mientras tanto aumentaba la campaña de ataques contra el autor de la novela "El Doctor Zivago". En la emisión literaria del día 30, Radio Moscú acusaba una vez más a la Academia con las siguientes palabras:

"La Academia Sueca de Letras, al conceder el Premio Nóbel a un escritor decadente por su contribución a la lírica moderna y a la poesía contemporánea en el campo de las grandes tradiciones poéticas rusas, representa una decisión llena de mentiras e hipocresía y ha sido comentada por la Prensa de los países capitalistas con gran entusiasmo. La concesión de este Premio Nóbel 1958 a Pasternak representa y da muestra de la ignorancia de Occidente. La única novela de este escritor ruso el "El Doctor Zivago", y el resto de su producción no se ha tenido en cuenta para nada. El Premio ha sido concedido, pues, a un trabajo pobre, y es un acto de abierta hostilidad contra el Estado soviético."

Conviene aclarar solamente sobre estas cínicas acusaciones de Radio Moscú que, según indica textualmente el anuncio de la concesión del Nóbel, fué otorgado a Pasternak "por su importante obra tanto en poesía lírica contemporánea como en el campo de la gran tradición épica rusa".



El escritor sufre ahora la incertidumbre de su futuro



Boris Pasternak, el escritor ruso, autor de la novela «El doctor Zivago», con su esposa Zenaida y una amiga de ésta

Dos eran los más serios rivales de Pasternak en las deliberaciones de Estocolmo: Ezra Pound y Alberto Moravia, italiano éste y norteamericano aquél, si bien Pound se siente completamente ligado a Italia, donde vivió durante muchos años y donde ahora ha regresado tras de salir de un manicomio americano. Pound, juzgado por traición al permanecer al lado de Italia en la segunda guerra mundial, fue condenado a muerte y salvó la vida gracias a su internamiento en una casa de salud.

La campaña contra Pasternak crecía hora a hora. Ya no era solamente en las páginas y espacios literarios de periódicos y emisoras donde se contenían los insultos al nombre de Pasternak, sino que, como sucede con frecuencia en la U. R. S. S., se producían "espontáneas" manifestaciones y llamamientos para que el Gobierno y el partido actuaran de ésta o de la otra manera. Es claro que toda esta maniobra no era nada más que un acto, tal vez el más burdo, del drama que vive hoy uno de los escritores rusos.

"EMIGRADO INTERIOR"

Pasternak era expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos y poco tiempo después esta misma entidad comunista hacía llegar hasta el Gobierno de la Unión Soviética "la petición" de privación de su nacionalidad rusa, bajo la acusación de traición.

El candidato oficial de Rusia al Nóbel de Literatura era el furibundo comunista Chokolov, autor de "El Don apacible". Aunque se trata de un escritor de categoría, es indudable que su obra no alcanza comparación con la de ninguno de los otros candidatos al Nóbel de este año.

El último Premio Nóbel de Literatura concedido a un ruso lo recibió Bunin en 1933. Pero Bunin era un emigrado desde los tiempos de la Revolución. Los comunistas han acusado ahora también a Pasternak de haberse convertido en un "emigrado interior".

Y por fin, el día 3 de noviembre, la Agencia soviética Tass ha difundido la rectificación que de sus "errores" hacía Pasternak. En una carta dirigida a Nikita Krustchev, Pasternak ha escrito este párrafo en el que se adivinan las presiones y amenazas sufridas.

"Cualesquiera que hayan sido mis errores, no pude nunca imaginar que me hallaría inmerso en tal campaña política como la lanzada en torno a mi nombre en Occidente."

Inmediatamente después de publicada la "confesión", el Gobierno soviético pretendió dar la sensación de que dejaba en plena libertad a Pasternak y que si éste rechazaba el Nóbel había actuado por su propia iniciativa.

La Agencia Tass difundía entonces el siguiente comunicado: "En relación con la carta de Pasternak a Nikita Krustchev, Tass puede anunciar que las autoridades soviéticas no pondrán obstáculos a Pasternak si éste expresa su deseo de ir al extranjero para recibir el premio con que ha sido galardonado. Los informes difundidos por la Prensa burguesa para dar la impresión de que se negó a Pasternak el derecho a salir al extranjero son una grosera invención."

Y así ha concluido el "affaire Pasternak", un caso más en el que un escritor ha sido obligado a someterse a la línea política del Partido Comunista.

UN MEDICO EN LOS URALES

"Los valores esenciales de la vida son la verdad y la bondad y no es la autoridad humana quien nos puede guiar por este difícil sendero", dice el protagonista de la novela de Pasternak, en uno de los pasajes de la obra.

"El Doctor Zivago" es una novela en cierto modo autobiográfica. Como el autor, el protagonista es un hombre al principio engañado por la Revolución y que también como él procede de la clase media. El Doctor Zivago es un simple médico militar que asiste como espectador a las Revoluciones de 1905 y a la de 1917. Su tímido entusiasmo por los comunistas se ve pronto sofocado por la dura realidad revolucionaria que él experimenta sobre sí mismo. Los chekistas se apoderan de sus escasas propiedades y le someten a un cúmulo de interrogatorios.

El Doctor Zivago, desengañado de todo, se retira a los Urales y examina su alma. Alzado del mundo exterior, de todo lo que late fuera de las fronteras de la inmensa cárcel rusa, este sencillo personaje es capaz de intuir las verdades que le son negadas por la ortodoxia marxista y así dice en otro de los pasajes de la novela:

"Usted no comprende que se puede ser ateo, se puede incluso ignorar la existencia de Dios y al mismo tiempo saber que el hombre no vive en la Naturaleza, sino en la Historia y que, según la concepción que hoy tenemos de la Historia, ésta ha sido creada por Cristo, y el Evangelio constituye su fundamento."

Pasan los años de soledad y de introspección y el Doctor Zivago regresa a Moscú, donde, oscuramente, le sorprenderá

la muerte en un tranvía de la capital.

En la novela hay una mujer, Lara, que desaparece en uno de los capítulos de la obra. Es el mismo Pasternak quien sin precisar su punto de destino retrata precisamente la constante inquietud que gravita en cada momento sobre todos los ciudadanos de la Unión Soviética.

"Un día Lara salió y no volvió más. Sin duda alguna, fué detenida en la calle. Debíó morir o desaparecer no se sabe dónde, olvidada bajo el número anónimo de una lista perdida en uno de los campos de concentración del Norte."

Nada, ni una notificación, ni una orden de arresto, ni un juicio. Lara desapareció en una cualquiera de las "purgas".

EL TRADUCTOR DE OCCIDENTE

Boris Pasternak es el hijo de un pintor famoso y de una pianista no menos célebre; Leonid Pasternak y Ana Kaufman habían sabido crear hacia fines de siglo pasado un hogar en Moscú conocido por muchos de los hombres que desde Occidente acometían entonces la empresa de descubrir Rusia. Y allí, en 1890, nació Boris, que después conocería personalmente a Rilke cuando con ocasión de un viaje a Rusia, fuera retratado por Leonid Pasternak.

El joven Boris tiene una notable predisposición para la música. Lo dice su madre, y por si este testimonio fuera un poco sospechoso, lo confirma el gran compositor Scriabin.

Y, sin embargo, Boris no se decide por la música. En Moscú primero y en la germánica Universidad de Marburgo estudia Filosofía y Leyes. Su profesor en Marburgo es el neo-kantiano Hermann Cohen, maestro de Ortega y Gasset.

Cuando estalla la primera guerra mundial, Boris Pasternak ha de renunciar a sus estudios y abandonar una nación en la que es considerado como enemigo. Tiene que ir a trabajar a una fábrica de los Urales y precisamente allí le sorprenden las jornadas revolucionarias del octubre rojo.

Pasternak es entonces un comunista cuyo entusiasmo no sobrepasa el terreno teórico. Después, en años posteriores surgirían todos los poemas de aquellos tiempos: "Por encima de las barreras", "El año 1905", "El teniente Schmidt", y en prosa "Los caminos del aire".

Este hombre puede convertirse entonces en un escritor oficial del nuevo Estado comunista, pero prefirió su vocación. Muchos años después en la edición de la "Enciclopedia Soviética" se diría de él lo siguiente: "Su obra poética adolece de una concepción subjetiva del mundo, de un estilo retocado en exceso y con metáforas demasiado complicadas. Pasternak es un traductor eminente."

Las traducciones de obras de Goethe y Shakespeare en lengua rusa han permitido a Pasternak resistir durante todos los largos años de ostracismo que median

desde la Revolución hasta el momento actual. El hombre que pudo ser el poeta de la Revolución se guardó sus propios versos porque el famoso Zdanov no admitía versiones libres en la interpretación marxista de aquel episodio.

Boris Pasternak hace amistad con Vladimiro Maiakovski, que se suicidaría en circunstancias misteriosas en 1929. El poeta que había cantado todas las victorias de los revolucionarios y el nacimiento del nuevo Estado renegaba con su muerte de su propia obra.

Pasternak ha sido rehabilitado varias veces durante su vida de escritor, pero pese a todo no ha gozado nunca del favor de los organismos culturales soviéticos. Tiene, según los críticos oficiales, el peor de los defectos, carece de "actualidad".

Para la crítica comunista, la "actualidad" de una obra pictórica, musical o literaria reside precisamente en su relación con los últimos acontecimientos de la Unión Soviética. "Actual" es publicar unos versos a los "sputniks" o exaltar el trabajo del director de una central eléctrica soviética o exponer ante el público los viles sentimientos que animan a las naciones imperialistas de Occidente.

Pero Boris Pasternak no es "actual" y ese defecto se paga, en las penas más leves, con el aislamiento y el silencio.

EL MANUSCRITO GUARDADO

"Nuestras editoriales no publican más que las obras que ayudan a construir un nuevo mundo, la sociedad comunista. Si la obra se juzga inútil para la formación de esta sociedad, ¿Por qué habríamos de publicarla? Con estas palabras respondía Nikolai Mikhailov, ministro de Educación, a la pregunta formulada en la televisión americana sobre la prohibida publicación del manuscrito de "El Doctor Zivago".

Posiblemente esta novela de 700 páginas estaba ya escrita antes de 1935. Eran los años de las "grandes purgas" y el manuscrito permanecería encerrado durante muchos años a la espera de una situación favorable que le permitiera llegar a la imprenta. Pasternak cree que a la muerte del georgiano ha sonado la hora de su novela.

Pero los que prometían "desestalinizar" a la U. R. S. S. encontraron que aquella extraña novela no sólo no merecía el honor de ser publicada, sino que contenía verdades demasiado amargas sobre la realidad soviética. Años más tarde y como autor de "El Doctor Zivago", Pasternak sería acusado, en 1957, de "haber cubierto de oprobio la revolución bolchevique que él pinta como un gran crimen en la Historia de Rusia".

Desgraciadamente para Pasternak, sus esperanzas de que la novela fuera publicada no se hicieron realidad. El había ya entrado en tratos para su edición en el extranjero. Un editor milanés, Feltrinelli, le ha comprado los derechos correspondientes

y tiene el manuscrito en su poder. Cuando Pasternak recibe la negativa oficial, escribe en seguida a Feltrinelli solicitando el manuscrito "para hacer en él algunas correcciones". El italiano comprende, sabe que Pasternak, asustado, necesita el manuscrito y que si lo devuelve la obra no podrá ser publicada jamás, y Feltrinelli acelera su publicación, haciendo caso omiso de la llamada de Pasternak.

Después, en los meses siguientes se multiplicarían las ediciones en diversas lenguas. Por fin, aparece incluso la versión original en ruso, editada en Amsterdam. Llega la popularidad hasta ahora casi desconocida para Pasternak y después el Nobel rechazado.

LITIGIO SOBRE LA "LUZ AZUL"

Y si Pasternak no recibiera el Premio Nobel de Literatura por haber "decidido" la renuncia al mismo, sobre otro ruso, también galardonado con un Nobel, pesa ahora una de las más graves acusaciones que pueden recaer sobre un premiado: plagio.

El día 28 de octubre, la Real Academia de Ciencias Sueca otorgaba el Premio Nobel de Física a los rusos Cherenkov, Frank y Tamm. Dos días más tarde los diarios parisenses "Le Figaro" y "France-Soir" publicaban la acusación formal de un investigador francés, el Doctor Lucien Mallet. Según éste, el profesor Pavel A. Cherenkov se había limitado a "copiar mis papeles con muy ligeras modificaciones".

Cherenkov ha dado su nombre al famoso fenómeno que ahora Mallet reclama ser de su invención. Según las declaraciones de Mallet, fué él quien, en 1929, descubrió que, sumergiendo un tubo con radiuro en agua, sin producirse efectos radiactivos, comenzaba a emitir una radiación azul fluorescente. El Doctor Mallet añade que muchos años más tarde, en 1943 Cherenkov publicaría su "descubrimiento" mientras el proseguiría sus trabajos en un laboratorio puesto a su disposición por el profesor Charles Fabry.

Mallet ha recalcado varias veces que no pretende la recompensa en metálico que lleva aneja el otorgamiento del Nobel, sino el simple reconocimiento de su mérito, en su opinión indebidamente atribuido a Cherenkov. Mallet no se ha limitado a facilitar su declaración a los periódicos sino que ha anunciado su propósito de recabar de Francisco Perrin, Presidente del Comisariado francés de Energía atómica que haga una declaración oficial en apoyo de sus reivindicaciones.

Puede ser que se trate de una simple disputa entre científicos sabios, pero la autoridad de Mallet y la seguridad con que ha hecho sus afirmaciones inducen a suponer algo muy distinto y evidentemente sucio para el prestigio de un Nobel que cuenta con el apoyo oficial de la Unión Soviética.

Guillermo SOLANA

SARRIA, UNA MANCHA VERDE BAJO EL CIELO GRIS DE LUGO

EL ARBOL, PERSONAJE EN LA VIDA DE UN PUEBLO



LA FERIA, UNA EXPOSICION PARA TODO EL AÑO DE LOS PRODUCTOS REGIONALES

LOS días 6, 20 y 27 es feria en Sarria. Ese día, desde los pueblos, no todos los caminos llevan a Roma sino a Sarria. La feria es como una exposición agrícola y ganadera, donde venden arados y vacas gordas, cerdos cebados, pulpos... Hoy es día 6. Feria. Sarria se convirtió por unas horas, sólo las de la mañana, en un tráfico de ventas y compras. De las calles blancas y dormidas del pueblo no queda en unas horas ni el recuerdo. Los tejidos salen a las puertas a lucir colores chillones y en los ultramarinos

cuelgan los chorizos rojos y los jamones curados. La calle es un desfile interminable de cestas de mimbre camino de la feria.

Pepe es un campesino de cuerpo entero. Señor del campo en sus maneras. Igual que todos los campesinos, cada feria tiene un día de vacación, su único día. Ese lleva el ternero pequeño, los cerdos recién nacidos o al buey que ya no trabaja. Cala su sombrero —un sombrero llegado de Madrid— y sale con su mercancía. Cuando hoy le vi traía una vaca. La casa de Quinte, que es su ca-

sa, hace cientos y cientos de años que lo mismo que hoy envía a la feria los frutos de la tierra.

—Pepe, ¿alguien de su casa no fué labrador?

—En Galicia, en las casas de campo, es algo así como una religión la tierra; es necesario tener un hijo que la herede, una mercancía que vender, una cosecha que arrancar... y un emigrante que dejar marchar.

—¿Qué diferencia cree que existe entre su casa y la de sus abuelos?

—Antes de la guerra, ninguna.



Los emigrantes que fueron a América, cuando llegan a Sarria quieren hacer lo que años pasados han hecho ya, o los hijos lo que sus padres hacían: contar una por una todas las ovejas del rebaño

Ahora, muchas. En mi casa tengo una radio, una cocina moderna, un periódico diario, una segadora en las tierras y una trilladora en la era. Antes, el labrador era un ser aislado en el campo; ahora, forma parte de una Nación, vive con ella.

—¿Qué cree que necesitan?
—Quizá unas vacaciones. Nosotros trabajamos cuando nadie trabaja. En verano no podemos descansar, pero hay una época en invierno de descanso y esa sería la época de conocer la ciudad y el desarrollo de la vida de las fábricas, de todo lo que nos es ajeno. También es importante que los Seguros Sociales nos alcancen en toda su extensión como a los demás productores.

—¿En cuánto piensa vender la vaca?
—En lo que me den y lo que pida.

Pienso que es muy gallega la forma de contestar. Llegamos a la feria. Le doy la mano y se sonríe. Ha preguntado ya cómo está la feria; eso quiere decir cómo van los precios. Le dicen que los tratantes de fuera no han venido y vuelve a sonreír bajo su mirada inteligente y cazurra.

—¿Puede que no venda hoy!
Como todos, prenderá su vaca a un castaño y a la una irá a comer el pulpo, el más famoso de la provincia. El que está cocinado por los que fueron seleccionados para hacerlo en el pabellón de Lugo en la Feria del Campo.

LA BICICLETA, MEDIO DE LOCOMOCION

Sarria no es sólo un pueblo. Son las tierras de Sarria lo que lo componen. Ellas forman una

mancha eternamente verde, bajo un cielo eternamente gris. En esas tierras los hombres viven y trabajan en lucha constante con la invasión de la Naturaleza que revienta, sobre los árboles, entre los cultivos... Todo ese complejo verde tiene su centro de gravedad en la villa de Sarria. Allí 4.000 habitantes hacen de esa vida exuberante de los pueblos cercanos una industria cuidada y floreciente. El día de la feria es el día de la venta de los campesinos y de la compra de los de los del pueblo. Ese día el aldeano hace su testamento en la notaría, arregla los papeles en el Ayuntamiento, hace la inevitable consulta al abogado y compra el vestido a la hija mayor que se casa. Beben Rivero en los bares y ven una película de tiros en el cine local. Es un gran día de fiesta. Sarria les pertenece. Hasta el ocaso del sol—porque no quieren oír hablar de reloj—correrá el vino con pan de Boveda y pulpo de La Coruña. Al anochecer habrá que volver a colgar el traje viejo. Mañana es otro día.

Sarria es un pueblo de veraneo. Cómodo y tranquilo. El que por primera vez lo descubre encuentra un trozo de España distinto e inconcebible. A él suelen ir preferentemente madrileños y portugueses. Por la mañana se sumergen en el río—uno de los más bellos afluentes del Miño—o salen de excursión. No hay tranvías, ni trolebuses de cercanías, y muy pocos trenes. Hay algún coche particular y sobre todo hay la bicicleta. Sarria es el pueblo de la bicicleta. Las maestras van a la escuela en bicicleta y los niños van a la escuela en bicicleta. El que llega a veranear es fácil que no sepa pedalear, pero acabará comprándose una bicicleta.

En Navidades la feria de Sarria da siempre la impresión de



la antesala de un palacio donde fuese a celebrarse un festín gigantesco. Aves, jamones, chorizos, tocino, todo vendido por todos y exportado afuera. Si en cualquier mesa gallega se quieren acreditar unos chorizos, se dirá: «Son de Sarria.» El lacón y los grellos han de ser también de Sarria. Las carnes es lo que hizo de Sarria un pueblo rico e industrial. Una industria sin chimeneas, sin fábricas organizadas. Cada casa es fábrica. Cada ama de casa enseña sus cerdos cebados como un director de una industria puede enseñar un par de zapatos de muestra.

DONDE LA MATANZA ES UN ARTE

Recuerdo que en la casa de campo de Quinte donde estuve unas Navidades, Pilar Rivera, labradora cien por cien, media entusiasmada los lomos de los cerdos con sus manos abiertas.

—Tres cuartas de ancho—decía riendo—. Hay que matarlo porque no da más de sí.

Y la res moría inmolada por el matachín del pueblo, que no desperdicia nada y que más parece un profesional carnicero que un aficionado. La matanza se celebra con grandes fiestas. Es, por excelencia, el festín de la abundancia, de la riqueza. Es la época en que ha cuajado la inseguridad de todo el año. La peste. Ese fantasma que rodea al ganado siempre ha sido vencido y la mejor cabeza («cachola», en gallego) será ofrenda al San Antonio «cacholeiro» —llamado así por esta, costumbre precisamente—en la fiesta grande del pueblo labrador. El matachín —nombre que, sin permiso de la Real Academia, han convenido en darle—es el hombre grande de esa riqueza de cada casa. El convierte esos preparativos de todo el año en realidad. El debe saber mucho

de Anatomía cuando coge entre sus manos el enorme cuchillo.

—¿Tú estudias Fisiología?—me dice—. Pues aprende, porque «abrirás un puerto y verás tu cuerpo». ¿Ves el corazón? Igual que el de los hombres, pero, claro, éste no se enamora...—dice filosofando.

LOS ANIMALES DEBEN MATARSE EN NOCHES DE LUNA LLENA

Las carnes las compra un tratante. Hombres estos que llegan de Lugo o León con blusas enormes negras y grandes bastones. El trato es limpio, pero de muchos gritos; bajo los árboles de toda la feria se regatea, se va, se vuelve. Al fin todo acaba en un apretón de manos y a tomar una copa de aguardiente. Cada temporada va saliendo la nueva mercancía, según las carnes a lo largo del año se van curando. El dinero se guarda y al cabo de los años se convierte en nuevas tierras. Sarria tiene un Ayuntamiento, una Notaría, Escuelas, Bancos, una Estación de ferrocarril y toda clase de servicios, pero éstos y otros giran alrededor de esos carros de chorizos y jamones que en cada feria llegan por todos los caminos hacia este recinto sombreado de robles que es el campo de la feria. Funcionan fábricas donde los animales se matan sin ese horrible martirio del cuchillo, donde los jamones deshuesados y preparados de la manera más moderna se envían al extranjero y a toda España. Pero no. Los hombres que siegan las mieses y deshojan el maíz para los animales no quieren oír hablar de eso.

—Si el cuchillo no va al corazón, la carne no es buena.

Y también la luna es un factor en la matanza. Pilar Rivera, que echa inmensos trozos de carne al pote, me decía convencida:

—Si la luna no está llena cuan-

En la feria, el trato de reses es casi sagrado, entre comprador y vendedor sólo un cabeza de familia tiene autoridad para romper el precio por el que ambos porfían



MAS fácil MAS ameno MAS rápido MAS cómodo...

polyglophone
CCC

INGLES
FRANCES
ALEMAN

por el sonido y la imagen

CON DISCOS
o SIN DISCOS

El sistema polyglophone CCC es el único que enseña a LEER ESCRIBIR COMPRENDER y ¡HABLAR! correctamente el idioma deseado

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA

APARTADO 108 - 156 - SAN SEBASTIAN

Delegaciones: MADRID, Preciados, 11 - BARCELONA, Av. de la Luz, 48
AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL



CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

Deseo información GRATIS sobre el curso de _____
Nombre _____
Señas _____ Población _____
Remítase a CCC Apartado 108 - 156 - San Sebastián.

do se mate, la carne se encoge, se encoge y ya nunca rinde nada.

Para ellos es necesario que el rivero y los pollos que celebran la matanza se coman bajo una luna llena. Muchas veces he pensado que aquí no tolerarán nunca que la luna sea profanada por algún «sputnik» indiscreto. En Galicia, en Sarria sobre todo, la luna es la luna. Un astro blanco que se levanta por encima de los pinos. Nadie puede saber nada de ella. Es buena o mala. Hace enloquecer o trae la suerte, pero nadie puede estudiarla. Es buena suerte bailar bajo ella y lo hacen en las «castiñeiras de Sarria». Incluso algún viejo me decía que no le importaba que el sol diese sobre su sepulcro, pero la luna, sí.

LA MADERA, SEGUNDA INDUSTRIA

Actualmente se lleva a cabo por el Ayuntamiento una mejora de pastizales y un nuevo incremento de tierras destinadas a ellas. En Sarria, como en todo el resto de España, se ha pensado que cada trozo de tierra debe rendir al máximo aquello en que produzca mejor. Gracias a las medidas tomadas por el Gobierno respecto a este punto, Galicia, país maderero por excelencia, va a encontrarse dentro de unos años con sus montes, abandonados hasta ahora a tierras de labradío de escaso interés, lleno de árboles—pinos en su mayoría—. Los montes que cierran las tierras de Sarria y que a él pertenecen están repoblándose todos ellos de pinos. Y de esa manera la villa volverá a su antigua tradición maderera. No sólo los montes, sino los caminos, las orillas de los ríos y toda clase de terrenos estuvieron hasta ahora inundados de robles, castaños abedules y árboles frutales. Casi todas las carreteras a la vista de los pequeños pueblos forman túneles de ramas que, formando sombras fantasmagóricas, alcan-

zan en la noche una belleza impresionante. En el otoño las hachas de los labradores esparcen su ruido de cuento de hada a través de los bosques y las ramas caen mutiladas sobre los camiones que las transportan a Sarria. En la época de la tala de los árboles los pueblos se convierten en Canadás pequeños y los aserraderos no paran de preparar maderas. De ahí que las casas sean casi todas ellas construidas en su interior de madera, en vez de ladrillo y cemento.

Las castañas, típicas de la provincia de Lugo, abundan en otoño. En los caminos se ven caídas abriéndose al último sol. Los castaños en muchas aldeas son el «pan del otoño» y hacen toda clase de platos con ellas. Las castañas del camino son del caminante, eso es aquí ley:

*Castaña que estas no camiño
deira o teu dono e vente conmigo*

Si las castañas son pan de muchos, los nabos son el pan casi en exclusiva del ganado. Se siembran los nabos cuando la tierra no descansó aún del esfuerzo de la cosecha del pan centeno y duran hasta la época de sembrar otra cosecha. Del tubérculo alimentan el ganado y de la hoja se hace el famoso grelo gallego que sirve para condimentar el lacón. Se puede decir que el nabo es el mar de los «peces» de Lugo.

UN PANTANO PARA LAS TIERRAS DE SARRIA

Sarria tendrá un pantano en las Aceñas. Lugar bellissimo y salvaje totalmente a poco más de dos kilómetros de la villa y donde solamente un molino pone una nota humana en aquel lugar casi inexpugnable por la enorme cantidad de vegetación que allí hay.

Don Manuel Rodríguez, alcalde de Sarria y amabilísimo sarriano además, me dice que el Ayunta-

miento gastará dos millones de pesetas en la urbanización del pueblo y que este pasado 13 de Julio ha inaugurado el Gobernador Civil un abastecimiento de aguas para la villa y 50 casos de renta limitada.

He de decir también que en Sarria no faltan pisos y que cada familia tiene el suyo. Los veraneantes asiduos han construido hotelitos a la orilla de los ríos e incluso hay alguno en islas en medio del río. Sarria se ha levantado entre la Naturaleza y entre ella vive. Si el verde es el sedante de la vista, Sarria entero es un inmenso sedante. Casi siempre para construir una casa hay que talar árboles o cortar arbustos; nadie los siembra, pero ellos nacen a todas horas. El árbol es el personaje que encontramos en todas las esquinas, es el embajador primero del pueblo. Muchas casas conservan robles centenarios en sus patios. Otras pinos gigantes-cos.

Para su arquitectura he encontrado el sueño de la construcción moderna: la luz y la Naturaleza bordeando la casa. Y aquí, si la Naturaleza lo rodea todo, el cristal lo preside todo. Lo mismo que a La Coruña se le ha llamado la ciudad de cristal por sus galerías, Sarria debería ser la «villa de cristal».

Como anécdota añadiré que los emigrantes del pueblo están todos en Venezuela. Y que si algo es muy bueno y lo quieren ponderar dicen «es una Venezuela». Un obrero, sin embargo, enseñándome sus manos callosas y acariando a su hijo pequeño me decía: «La Venezuela está aquí.» Pero no es difícil tampoco que gentes que nunca han salido del pueblo lleguen a la central a poner una conferencia transoceánica; la voz amable de la telefonista suele decirles a los de costumbre «¿a Caracas, no?»

Un día como hoy de feria, Sarria alcanza el cosmopolitismo de una gran ciudad. Alemanes que han venido y no han querido irse



Sarria ha nacido entre el bosque. En él vive y se desarrolla. Y ese complejo vegetal hace de la villa una mancha de notas verdes bajo el plomizo cielo gallego



Los toldos son la muralla frágil de la feria, a su sombra en verano y a su abrigo en invierno se come el pulpo. Ese día, el almuerzo sólo consiste en pan, aceite, pulpo y pimiento, y para regarlo todo, tazas de vino del Ribeiro

de aquí, algún inglés y, sobre todo, americanos de habla española. Algunos he visto entre los toldos, bajo los cuales se cuece el pulpo, con su máquina fotográfica al hombro. En sus cámaras se llevan todo lo «fotogénico» y todo lo que para ellos es sentimental de las tierras de Sarria. El castillo, un puente romano, la iglesia románica de Villar de Sarria, el campo de aviación hoy dedicado a labradío. Los valles, los molinos...

Mientras yo miraba si Pepe Quinte vendía o no vendía la va-

ca, un americano se me acercó para pedirme que le hiciera una foto con su abuela. Tenían de fondo el castillo. Me dijo que su padre era de allí, que él era industrial en Chile. Les hice la fotografía.

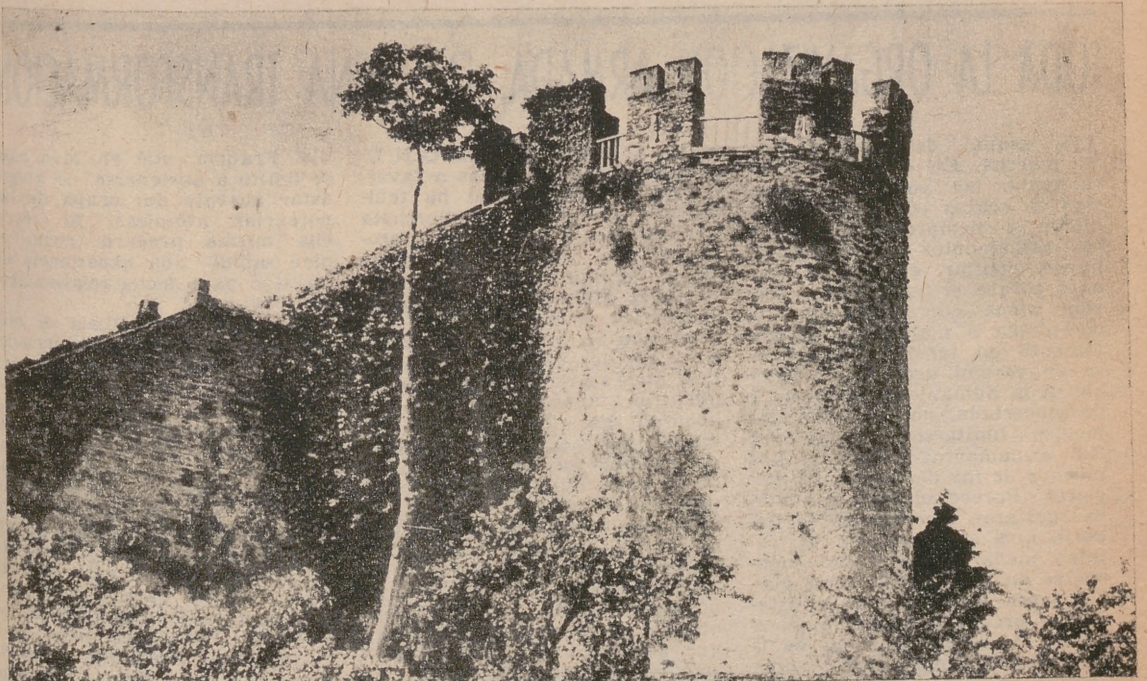
—¡O Key!—me dijo sonriendo.

—Nada de «o key»—dijo la abuela—. ¿No te sirvo los chorizos que tanto te gustan en español? Entonces: ¡gracias, señorita!

—Sí, abuela, perdona, yo también quiero todo en español. Cuando ya atardecía me fui de

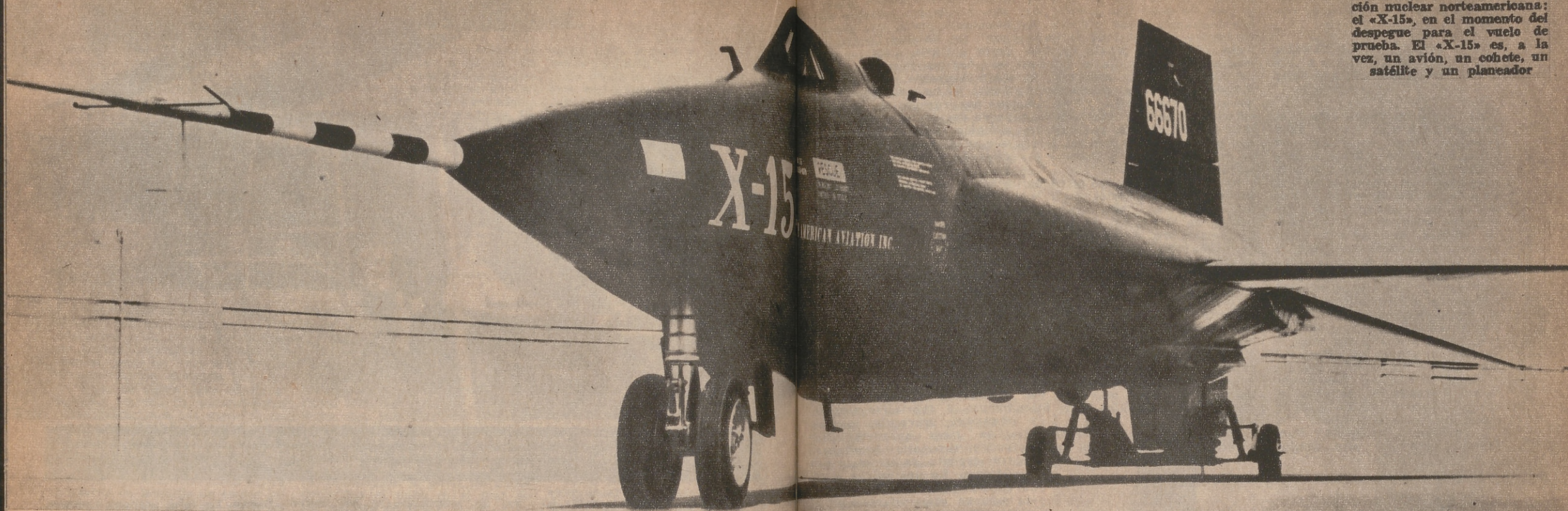
Sarria. La feria acababa también. Las carreteras son una polvareda magnífica. Un gran mercado sin trabas, ni problemas acabó. Los novios se van por la carretera en bicicleta. Los viejos en su mula. Los demás en coches, algunos a pesar de que es tarde quedan aún en la Riverfea echando la última taza del Ribeiro... Ajeno a todo, Sarria duerme en su bosque eterno y trabaja en su enorme industria callada.

M. del Carmen PARADA
(Enviado especial.)



El castillo es ese capítulo vivo de la historia de cada pueblo. Aquí, bajo él, se celebra el más antiguo mercado de la comarca: la feria sarriana

El último modelo de la aviación nuclear norteamericana: el «X-15», en el momento del despegue para el vuelo de prueba. El «X-15» es, a la vez, un avión, un cohete, un satélite y un planeador



NO HAY ACUERDO PARA EL DESARME ATOMICO

NUEVOS EXPERIMENTOS PARA APLICAR EN TIERRA, MAR Y AIRE

TODA LA ORGANIZACION ARMADA, EN PLENA TRANSFORMACION

EL asunto del desarme no marcha. En el fondo, naturalmente, las potencias, gustarían de acabar con el peso agobiante y siempre creciente de los armamentos. ¿Pero quién puede confiar en Rusia? He aquí porqué el temor a la agresión ajena—comunista, sin duda—obliga a mantener constantemente en tensión un esfuerzo en verdad agotador y terrible. A la humanidad, aterrada y desconcertada, no le importaría incluso limitarse a mantener los armamentos clásicos. Los mismos de las dos guerras anteriores. Parece olvidar que ambas costaron demasiado. No importa que, sencillamente, el término medio de las bajas mensuales en la segunda gran guerra fuera, a la vista de la estadística precisa del Ejército americano, casi doble que las de la primera. Lo que aterra, sobre todo, a las potencias, es el riesgo tremendo, aunque impreciso, de la contienda atómica.

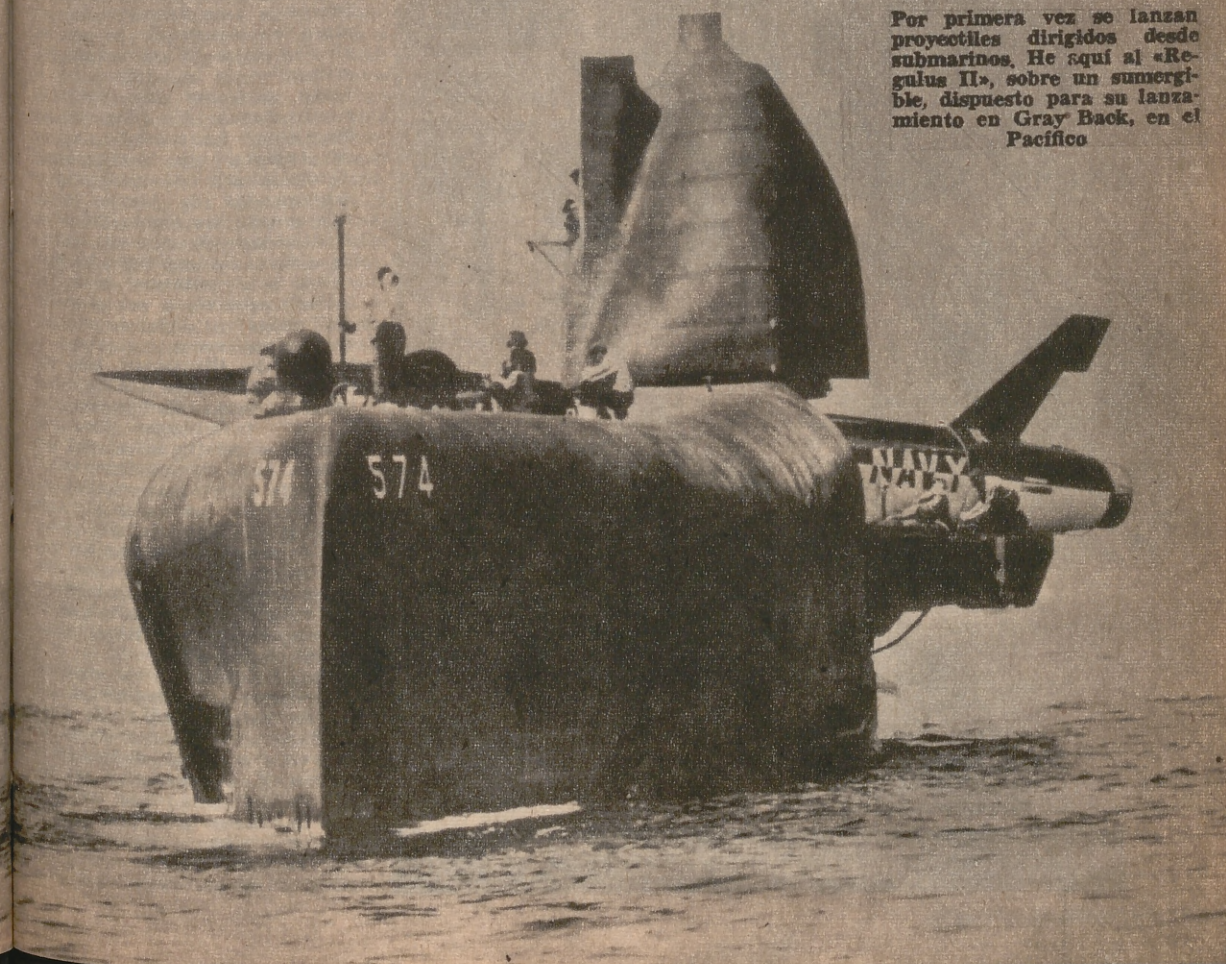
He aquí por qué el asunto del desarme nuclear acaba de plan-

tearse últimamente en la O.N.U. Cuarenta y nueve votos a favor, contra 23 abstenciones ha tenido una propuesta de diecisiete naciones sobre el tema. La propuesta ha pedido, entre otras cosas, la apelación a las tres naciones atómicas del momento—América, Rusia e Inglaterra—para que se pusieran de acuerdo a fin de suspender las pruebas nucleares, sencillamente, mientras tanto se llega a un acuerdo sobre este desarme. Lo curioso del caso es que esta propuesta, que por cierto firmó, naturalmente, España, iba suscrita por los Estados Unidos y la Gran Bretaña, demostración clara de que los americanos y los británicos estaban bien dispuestos al acuerdo. Pero, en cambio, no firmó Rusia, y con Rusia otros ocho países más. No hay que decir que estos países han sido los satélites. Todos ellos, se opusieron. Tampoco firmó semejante propuesta Francia, y ello pudiera extrañar más. Sin embargo, la posición francesa tiene una explicación más razona-

ble. Francia, que en todo caso se limitó a abstenerse, no quiere estar ausente del grupo de las potencias atómicas. Al revés, ella misma prepara, como es bien sabido, una experiencia de ese tipo para fecha relativamente próxima.

La posición de Rusia es mucho más explícita y amenazadora. Por boca de Krustchev, la Unión Soviética ha hecho saber al mundo que no puede renunciar a las experiencias atómicas, sencillamente porque se encuentra atrasada con respecto a los Estados Unidos, y no le parece prudente, en este estado de cosas, renunciar a alcanzar su nivel. La observación es típica de los modos comunistas. Así las cosas, no nos parece fácil tampoco que en Nueva York ni en Ginebra, donde también está planteado el acuciante y gravísimo tema, se obtengan ventajas positivas. A la postre, lo previsible es que Rusia no ceda. Y que si cede, no cumpla. Al fin es ella, sólo ella, la que amenaza al mundo. Y el agresor, natural-

Por primera vez se lanzan proyectiles dirigidos desde submarinos. He aquí al «Regulus II», sobre un sumergible, dispuesto para su lanzamiento en Gray Back, en el Pacífico



mente, no gusta de autolimitarse sus propios y exclusivos métodos de ataque.

TODA LA ORGANIZACIÓN ARMADA EN PLENA TRANSFORMACION

Es probable, pues, que las pruebas atómicas no se interrumpían. Rusia continuará las suyas. Los Estados Unidos, decididos a suspender las que últimamente han realizado en la llanura de Yucca, en la lejana Nevada, han optado, y es natural, por reanudar las propias. La carrera está así en pleno apogeo en el instante ¿Adónde va el mundo? ¿Y quién lo sabe? Podíamos decir, jugando con la expresión al uso, que esta cuestión de los armamentos no entra en órbita. Mal asunto, sin duda. Grave problema. Pero a la postre, insistamos una vez más, el peligro no está en los armamentos, sino en la tensión que los provoca. Ésta es, justamente, la que cede. Es peligroso el que se tienda el rearme y no en modo alguno lo contrario.

¿Armamentos atómicos? Pues creemos que por este camino

plagado de zozobras irá la cosa si Dios no pone tino a esta pobre humanidad que corre a la catástrofe. Su Santidad el Papa Juan XXIII, tan pronto ha sido exaltado al Trono de la Iglesia de Cristo, lo ha previsto: el mundo no precisa exactamente de armas fratricidas, ni de un exterminio general exactamente, sino de paz, de una paz bajo la que toda la familia humana puede vivir, prosperar y florecer libremente.

Pero en su locura, los hombres parecen mal dispuestos a oír la palabra divina. Mal augurio, porque es el camino de la perdición siempre. Al revés, un ingenio diabólico parece disponerlo todo. Jamás más armas nuevas, más perfectas, más terribles, han surgido como obra de la técnica y de la industria. El Ejército, la Marina y la Aviación perfeccionan sus máquinas las que sobre ganar de día en día tremendamente en eficacia, dan lugar también a ingenios nuevos y sorprendentes que se antojan, en efecto, más hijos de una ciencia diabólica que humana.

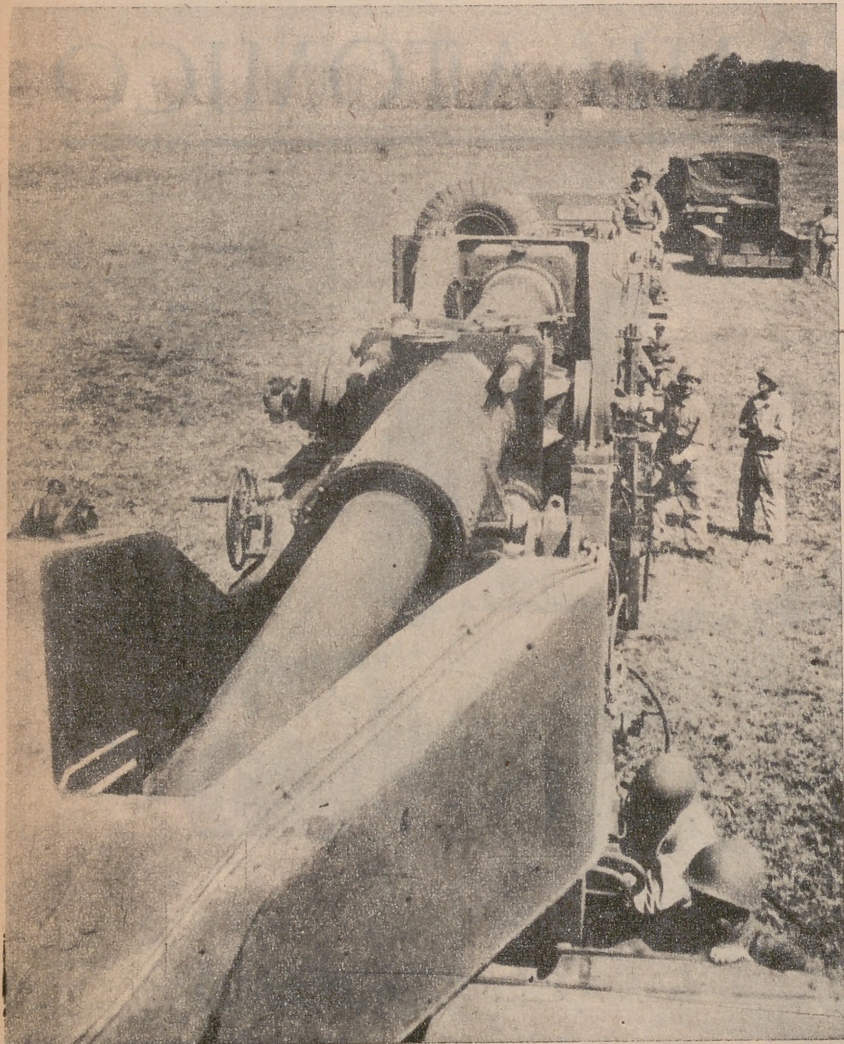
Todo el arte militar, toda la organización armada está así en

plena transformación. Enumeramos arriba las potencias atómicas, hasta ahora los "tres grandes", los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, a los que pretende añadirse Francia, y no tardará Alemania, que si no lo ha hecho ya ha sido, indudablemente, por razones de política interna occidental. Pero las armas atómicas figuran ya en los parques y arsenales de varios Ejércitos. La artillería atómica es ya una realidad, efectivamente, en muchos de éstos. Ciertamente se trata de un arma táctica; de un proyectil atómico de "campo de batalla". Pero será difícil discernir, en el día de la prueba, entre armas mayores y menores, entre ingenios tácticos y estratégicos, entre "kilotones" y "megatones" más o menos. Últimamente—el hecho es expresivo—dos potencias menores, "dos países neutrales"—¡atención al detalle!—han decidido, ellos también, dotar a sus Ejércitos de armas atómicas. Tal es el caso de Suecia y de Suiza, concretamente, dispuestas ambas incluso a fabricarse ellas mismas sus proyectiles nucleares. ¿Con fines agresivos? Nadie puede suponerlo. Sencillamente con espíritu de estricta y mera defensa. Su neutralidad, su paz, su tranquilidad entienden—y no suponen mal—estara tanto mejor garantizada cuanto más eficaces sean sus métodos de defensa y cuanto más difícil y peligroso pueda resultar a un agresor, en potencia, invadirlos.

«EXPERIMENTOS HAMILTON Y LOGAN»

Los americanos han realizado últimamente experiencias importantes a este respecto. La primera ha consistido en una explosión alta—"Experimento Hamilton"—, y las últimas en, al revés, provocar dos explosiones subterráneas. El "Experimento Hamilton" ha consistido en hacer explotar una bomba nuclear desde lo alto de una torre de madera—las de hierro perturbaban mucho los efectos, de la radiactividad—de dieciséis metros de altura. La explosión ha equivalido a un potencial de un "kilotón", esto es, a mil toneladas de "trilita" o dicho de otro modo, veinte veces menos que la bomba de Hiroshima, bien que ésta causara casi 100.000 muertos al estallar. El "Experimento Logan" tuvo lugar poco después, y consistió en estallar otra bomba "con sorprendente éxito", pero de cuyo potencial, ni circunstancias, se ha dicho nada más. Por último, ha sido probada, enterrada a 250 metros bajo la superficie del suelo, otra bomba con potencial probablemente de veinte "kilotones", que ha provocado un verdadero cataclismo topográfico.

Esta diversidad de experiencias—sobre la superficie del suelo; en ésta y debajo de ella—obedece a razones diversas. El proyectil, la carga, es siempre la misma. Los resultados, no. Es, en efecto, sabido que las bombas nucleares producen, al estallar, tres efectos distintos: "calor, radiactividad y fuerza expansiva de la onda". Los tres



La terrible efectividad de los cañones atómicos es arma decisiva para las batallas futuras

efectos varían, en intensidad y en duración, según donde la bomba explote. Una bomba estallada alta, como la del "Experimento Hamilton", da lugar a una onda explosiva de gran radio de acción; lo mismo que el calor que desprende, siendo también extensa la zona radiactiva, aunque la duración de ésta sea breve. Al revés, una explosión en la superficie del suelo produce también rápida y gran radiactividad, pero una onda calorífica y explosiva de corto radio. Por último, una explosión como las últimas señaladas, producen poco calor, corto radio de la onda expansiva y rápida, pero gran radiactividad.

Pero la cuestión de las armas atómicas se complica más. No se trata tan sólo de su valor explosivo, como arma de agresión neta que es. Se trata, en fin, de arma de propulsión, de impulsión y de fuerza motriz con finalidad bélica. En el cañón hay dos clases de explosivos; el impulsor del proyectil y el que carga, por así decirlo, la granada. Lo que los técnicos llaman carga de proyección y explosión. Pues bien, en este sentido podríamos decir, en cierto modo, que las armas atómicas pueden servir como carga explosiva y como elemento de propulsión de estas mismas armas o de los medios que las portan.

FUERZA NAVAL ATOMICA

Estamos en este punto prácticamente al comienzo. La VI Flota, por ejemplo, dicen ahora los periódicos, se dirige, desde el Mediterráneo oriental al occidental. Se ha culminado la fase aguda del problema del Próximo Oriente y los buques regresan a la calma del Mediterráneo Occidental. Se sabe cómo está constituida dicha Escuadra, pero no todo ciertamente. Integran esta Flota dos o tres portaaviones, un crucero pesado, otro armado de ingenios—el "Boston"—, medio centenar de destructores y unidades menores. En total, navegan en estos buques unos veinticinco mil hombres, protegidos, si fuera menester, por una cortina aérea que formarían en el acto doscientos aviones. Lo importante, sin duda, de esta "Task Force" no es tanto que le cueste a cada americano diariamente treinta pesetas, sino su "atomic capacity".

Sin embargo, no es más que un comienzo. Mañana... ¡Mañana exactamente!, los americanos van a disponer de una fuerza naval totalmente atómica. Atómica por sus armas. Atómica, también, por su propulsión. Ese mañana tendrá una fecha exacta. Será en 1965. Poco más o menos de aquí a siete años. Pero el plan está ya en marcha. Para decir mejor las nuevas unidades están ya construyéndose. En Newport News hace tiempo que se puso la quilla al "Enterprise". Se trata de un colosal portaaviones, casi vez y media mayor que el "Forrestal". Será movido por ocho gigantes rectores—y deberá estar terminado de aquí a dos años. Servirá de guardia flotante a gran-



En el casco urbano, el traje de piloto, apropiado para volar a alturas superiores a los 20.000 metros, pone un extraño y fantástico efecto de personaje de otros mundos

des bombarderos supersónicos y lanzará a su vez proyectiles cohetes "Talos" de tonelada y media de peso, bombas atómicas, en fin, con alcance de 80 kilómetros. Este barco le costará a la Hacienda yaqui la friolera de "doce mil quinientos millones de pesetas". Pero no será él sólo, por otra parte. ¡Que el Tío Sam es muy rico! Otros cinco portaaviones de estas mismas características y de este mismo precio han sido previstos en los planes de construcción de la "Navy". ¡En total, alrededor de setenta y cinco mil millones de pesetas...!!

Junto a este barco excepcional va a entrar en servicio un crucero atómico también, el "Long Beach", de 14.000 toneladas, actualmente en gradas en los astilleros de Quincy, Massachusetts. El barco, que tendrá 213 metros de eslora, va a ir armado—¡nada de cañones!—de "missiles" "Talos" y "Polaris", estos últimos de 2.400 kilómetros de alcance, y de un peso de quince toneladas. El crucero se aproximará así relativamente,

nada más, a su blanco—le bastará con ponerse a dos mil o dos mil quinientos kilómetros de alcance—para que el "Polaris" actúe con precisión y con estrago. Un detalle: el crucero costará "3.600 millones de pesetas". En fin, en el orden de atomizar, desde el punto de vista de su impulsión a la flota, ha surgido un obstáculo en los destructores y los barcos escoltas. La dificultad radica en su relativa pequeñez. Pero todo parece posible de solventarse. En todo caso hay una tendencia marcada en la Ingeniería militar y naval, hacia los cruceros pequeños o los destructores gigantes—que viene a ser igual—y ello pudiera dar la réplica al problema.

EL NUEVO SUBMARINO "TRITON"

Es, sin embargo, con todo, la flota submarina la que importa, al parecer, fomentar más rápidamente en los Estados Unidos. Los sumergibles, atómicos en servicio son ya dos: el famoso "Nautilus" y su gemelo, el "Sea

Wolf", de 3.100 toneladas, además del primero de la serie de los cuatro "Skate" previstos, de 2.400 y armados de tubos de lanzar torpedos.

En el cuadro de las previsiones están, sin embargo, muchos submarinos atómicos más. Por ejemplo, los siete "Skipjack", de 2.900 toneladas, provistos de armas clásicas, de gran velocidad y capaces de permanecer sumergidos mucho tiempo. Los cuatro "Halibut", de 2.990, armados de proyectiles "Regulus" cada uno de los cuales pesa diez toneladas, lleva cabeza atómica, alcanza 2.300 kilómetros y logra, en la vertical, una altitud de 18.000 metros. Hay también en vías de construcción un submarino gigante—de 6.000 toneladas—, el "Tritón", de la clase "picket", encargado sencillamente de la vigilancia radar, provisto de poderosos equipos electrónicos—y que deberá ser el más grande sumergible del mundo. Será menester, para completar esta lista, añadir tres tipos más, aún inéditos de un tonelaje análogo, provisto de "Polaris"—16 cohetes cada uno—, cuyo costo será de 4.600 millones de pesetas.

Hasta aquí lo previsto. Tal es el plan de construcción ya iniciado, de lo que será mañana la poderosa flota atómica americana. Algo dotado de la particularidad de poder moverse, a gran velocidad, sobre la superficie del mar o bajo ella, apenas sin necesidad de repostar, gracias al átomo. Algo, en fin, dotado de una enorme capacidad de agresión, por medio de sus cohetes de millares de kilómetros de alcance; de lanzar, en fin, cargas nucleares sobre tierra enemiga incluso sobre blancos muy distantes de la costa.

¡Otro nuevo "New look"! Otra revolucionaria visión de las cosas. Tan radicalmente distinta, que los técnicos se han enzarzado aquí en una discusión singular. ¿Debe seguirse el plan de

los nuevos portaaviones, bien que de propulsión atómica o será mejor optar por los sumergibles del mismo modo atómicos, naturalmente, como más aptos? El portaaviones lanza sus cargas nucleares por medio preponderantemente de aviones bombarderos. Los sumergibles lo hacen sencillamente con "missiles". Pero, al margen de los precios astronómicos de este material, la cuestión se debate en torno de la eficacia. Un portaaviones puede desplazarse rápidamente por el mar, acercarse relativamente al blanco y lanzarle, por medio de sus grandes bombarderos a cinco o seis mil kilómetros de distancia, sus cargas atómicas, en la casi absoluta impunidad. Cuando los aviones regresen de su misión, el portaaviones les estará esperando sabe Dios en qué otro lugar de los Océanos.

El sumergible necesita arrimarse más al objetivo. Pero no tanto para que le obligue, si va armado de "Polaris", de aproximarse apenas dos mil kilómetros. A tal distancia puede salir a la superficie y lanzar su cohete, para volverse en seguida a sumergir. O bien lanzarle desde el fondo mismo del mar. En tales casos la impunidad parece ser total. ¿Serán, pues, submarinas todas las escuadras del futuro? He aquí lo que parecen preojuar ciertos reformadores. En todo caso, desde el Almirantazgo se ha dado ya la orden de aplazar la construcción de los nuevos portaaviones atómicos, para intensificar la de los sumergibles. El nuevo submarino "Tritón" deberá, en consecuencia, lanzarse al mar en los astilleros de Groton, en Connecticut, próximamente. Los demás, sus gemelos, vendrán sin tardar, luego.

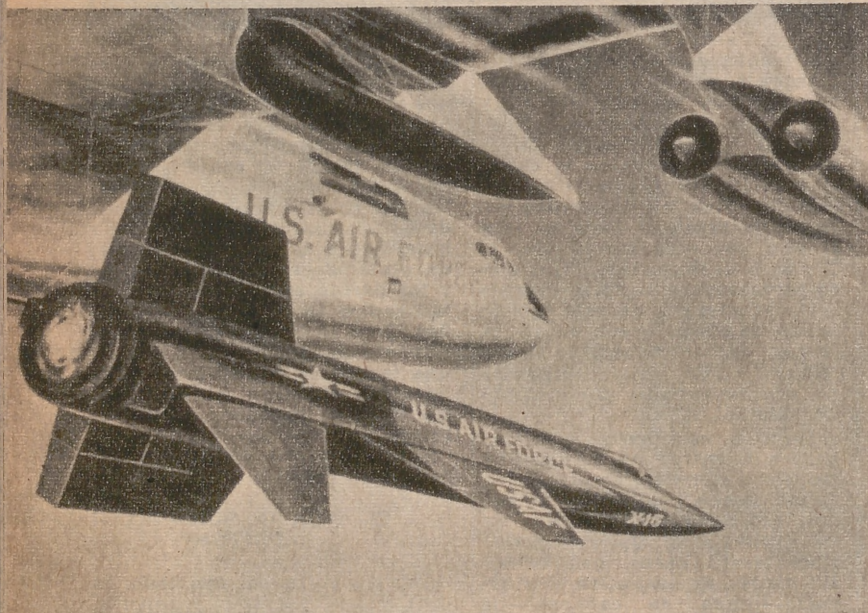
EL "X-15"

Pero la guerra atómica va a ser sólo decisiva en el mar. Lo va a ser del mismo modo en el aire también. El primer motor

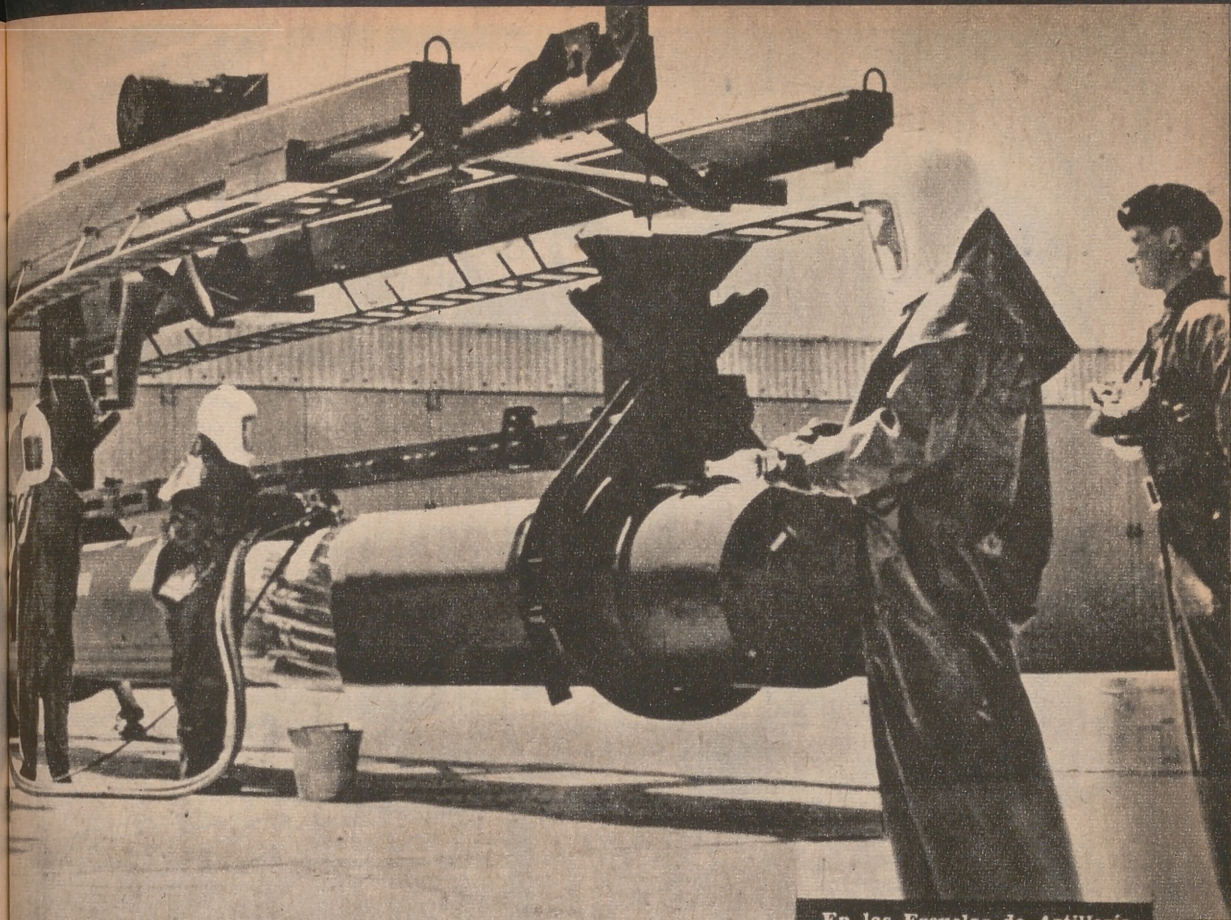
americano para aviones de energía nuclear ha estado ya en marcha varias horas, en tierra, aseguran en estos días las informaciones más dignas de fe. Roy Shoultz ha comunicado, al efecto, detalles curiosos últimamente en Suiza. Las experiencias anteriores, realizadas en un centro de investigación de Idaho, habían sido silenciadas por prudencia. Pero el secreto se ha estimado innecesario que siga guardándose.

El primer avión conocido de bombardeo propulsado por energía nuclear resulta ser así un aparato yanqui cuya pila, sin embargo, no actúa en el momento del despegue, sino cuando el avión está ya a bastante altitud. Sus características son desconocidas. Pero el aparato será pronto una realidad indudable. En este orden de máquinas volantes los yanquis nos guardan otra sorprendente novedad para primeros del año próximo. Se trata de la aventura más inaudita que los tiempos conocieron jamás: del "X-15". Este ingenio es, en efecto, algo singular. Es a la vez un avión, un cohete, un satélite y un planeador. Aludiamos arriba, al comenzar, a esta técnica diabólica que parece dirigirla hoy todo. Pues bien, ninguna de las armas nuevas parece tan sorprendente como este "X-15", afilado como un estilete, de largo quince metros, que deberá ser suspendido de un gran bombardero—un "B-52", por ejemplo—, que le remontará hasta 12.000 metros de altura (esto es, tres o cuatro veces la altura del gigante de nuestra orografía peninsular: el Mulhacén). A semejante altura el "X-15" se desprenderá del superbombardero y entrará en acción, disparado como un cohete, a una velocidad seis u ocho veces mayor que la del sonido. El "X-15" volará así a 100 ó 160 kilómetros de altura sobre la superficie de la tierra, actuando de este modo como un verdadero satélite. Desde allí el "X-15" descenderá planeando, hasta penetrar en la atmósfera terrena. Aquí, para disminuir velocidad, para evitar la desintegración por el roce con las capas de aire, el "X-15" iniciará su descenso final como si corriera por el cielo, en una colosal montaña rusa, subiéndolo y bajándolo para, al fin, posarse en el suelo como pueda.

Durante el vuelo habrán actuado diversos pisos del cohete; en el planeo buscará ávido el blanco para descargar sobre él su carga atómica y, en fin, procurará posarse en un lugar propicio, en un desierto, si ello fuera posible. Lo más extraño, sorprendente e inaudito de esta prueba es que el "X-15" llevará un tripulante. El hombre elegido para la prueba primera es Scott Crossfield, ingeniero, piloto de ensayos, casado, con cinco hijos y de treinta y seis años de edad. He aquí el hombre que va a hacer verdad la proeza que no pudo culminar "Lalka". El hombre, sin embargo, asegura con modestia que semejante proeza no puede compararse con la de Lindbergh cuando cruzó el Atlántico norte con su modesto avión, volando a 170 kilómetros por hora, tras de gastar en la épica



Un proyectil «X-15», suspendido en un bombardero «B-52». A 1.000 kilómetros por hora, el «B-52» soltará el proyectil, el cual adoptará una potencia de 500.000 C. V.



En las Escuelas de Artillería Inglesas los alumnos se ejercitan en la teoría y la práctica de los proyectiles teledirigidos. He aquí, sobre la lección, un «Corporal»

travesía setecientas pesetas en gasolina.

No más allá que en estos mismos días los servicios técnicos de la Marina estadounidense nos informaron de otra prueba sorprendente, realizada esta vez por un marino yanqui, el teniente de navío Carter Collins. Acaba de realizar éste un "vuelo" a la tremenda velocidad de 28,000 kilómetros por hora —la de los satélites artificiales—, bien que semejante vuelo no lo realizará en un ingenio de este tipo, sino en una cámara "ad hoc", la más grande centrífuga del mundo, so ha dicho, construída para experiencias de este tipo en el centro de perfeccionamiento de la Marina de Johnville, Pensilvania.

La velocidad alcanzada en la prueba de la colosal centrífuga era equiparable a la velocidad de caída desde 320 kilómetros de altura. Durante seis segundos de los cincuenta que debería durar el vuelo supuesto, Collins soportó una presión record de veinte atmósferas. Esto ocurrió, en aquel experimento desconcertante, en el instante preciso —estremece el detalle— en el que la loca y gigantesca centrífuga pasó de la velocidad astronómica de los 28,800 kilómetros por hora a la de un simple ciclista pedaleando a cuarenta. En aquel instante exacto —siguen los informes técnicos— el peso de nuestro héroe pasó del suyo normal de 77 kilogramos a otro gigantesco de 1,540, esto es, veinte veces superior. "A la enorme velocidad antes citada, los ojos —explicó Collins— se achatan y no se pueden levantar los brazos ni la cabeza. ¡Espantosa e inhumana experiencia la del piloto en cuestión! Y es que la guerra no sólo se hará atómica, sino también

espacial. Todo cambia. Todo se revoluciona en el arte bélico.

El teniente de las Fuerzas Aéreas Clifton Mc Clure, por su parte, ha ascendido, en una barquilla herméticamente cerrada pendiente de un globo, hasta los treinta mil metros de altitud. Un fallo en el sistema de refrigeración del aerostato obligó, sin embargo, al piloto a suspender a tal altitud la prueba. Fué suficiente para ver, sin embargo, un espectáculo singular: el límite entre la luz y la oscuridad. Es decir, se encontró Mc Clure en el confin preciso entre la atmósfera y el espacio exterior.

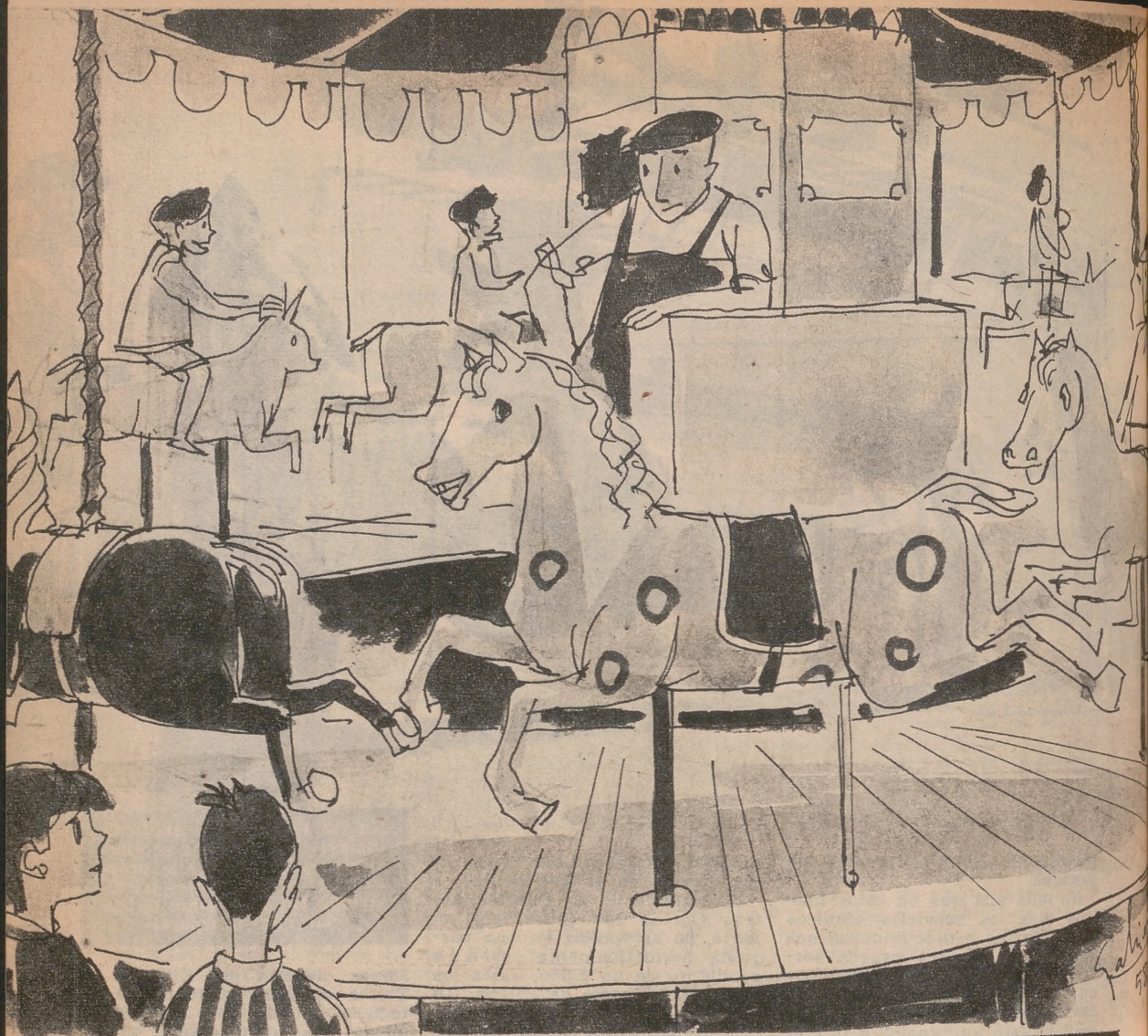
ATUENDO PARA LOS "MISSILES"

Ni siquiera en tierra, en donde la guerra parece ser, de siempre, más apegada a las tradiciones clásicas, la cosa va a ocurrir en el futuro de otro modo. He aquí una reforma trascendental en la indumentaria del soldado. No se trata ya, naturalmente, de ninguna reforma del uniforme de guarnición. También a este arte —que parecía simple, aunque lleno de color— del sastre militar llegan ahora los tiempos del "New Look". El soldado yanqui —de ciertos servicios especiales, naturalmente— acaba de adoptar un atuendo "sui generis" para el personal de los "missiles". Un uniforme, si así puede llamarse, que asemeja aquellos seres a un "robot". Está confeccionado de material sintético, fabricado de resinas, que al parecer resulta inatacable al oxígeno líquido, al peróxido de hidrógeno, al ácido nítrico y a casi todos los productos químicos usados como carburantes en los cohetes.

En fin, las tradicionales Divi-

siones clásicas del Ejército de Tierra cambian rápidamente en todo el mundo por las "pentómicas", que denuncian a gritos, con su propio nombre, la intrusión del átomo como elemento esencial de la guerra ya hoy. Frente a esta realidad, la necesidad de la nueva organización se ha planteado en el mundo. Bélgica misma la tiene sobre el tapete. En debate público, diríamos mejor. No quiere el Ejército belga para el futuro muchos soldados, sino menos y bien equipados. La concepción, en fin, de la milicia es a este respecto, en Bruselas, singular. Un cuadro permanente de efectivos instruídos, técnicos, que sirvan a largo plazo. Otro cupo más reducido que servirán en un plazo intermedio y, como los anteriores, voluntarios. Y sobre semejante osamenta la adición de contingentes de filas, pocos y de breve permanencia.

"Será así —dice el Ministro de Defensa, Gilson— el Ejército belga más barato, más eficaz y, sobre todo, impondrá a la juventud períodos de permanencia más reducidos en filas." Los Ejércitos se tecnifican. Se instruyen incluso para lo inaudito. La guerra, si jamás fué, naturalmente, humanitaria, la verdad es que se deshumaniza ahora más que nunca. ¿A dónde vamos? ¿Y quién podría contestar a esta pregunta? Sólo sabemos, sí, que el mundo marcha al caos. Lo que, desgraciadamente, no es poco y debería servirnos de aviso suficiente...



EL "TIOVIVO" Y EL "ROBOT"

Novela por Eduardo TEXEIRA

AQUELLA tarde sólo halle en casa un par de avisos. Y es que habíamos muchos practicantes, casi tantos como enfermos, que ya es decir, y las gentes, por muchas inyecciones que se hicieran poner, solían acudir a los consagrados. Como en todo.

—Bueno, vieja—me despedí de mi madre— No tardaré, por si hay alguna cosa más.

La primera visita, por orden de marcha, la hice a un anciano. Se trataba de un invectable en la vena, para un caso casi fósil de reumatismo. El pobre paciente creía que así, a fuerza de pinchazos, podría llegar a mover libremente y sin dolor sus miembros anquilosados.

La visita segunda prometíase mucho más interesante. Como que era en la feria que a la sazón, por tradicionales ordenanzas municipales, celebrábase en la ciudad.

—Hete aquí, "doctorcillo Juan", en la feria" me dije, penetrando en la babel de sirenas y trompeteos y risas y charangas.

¿Quién podría solicitar un lancetazo en la epidermis, en tal bullanguería alegre? ¿Quién demonios sería quien en la vorágine de la feria precisaba un centímetro cúbico de farmascopea? Uno que no estaría allí por su gusto, a todas luces.

Relé el pedacito de papel escrito a lápiz. "Carriochito del tío Zamudio. Barrio chino de la feria." El llamado "barrio chino" era una larga serie de tenderetes formando calle, perpendicu-

lar al paseo principal en el que se hallaban las atracciones lujosas y las casetas de fiesta montadas por entidades oficiales. El barrio chino era, en suma, un apéndice de la grotesca y efímera arquitectura de la feria. Allí, por ejemplo, una copa de anís costaba una peseta en vez de diez, y los industriales pagaban, asimismo, un cánón poco más reducido que en el real. Muchas personas remilgadas no osaban pisar esta zona por el que dirán, o bien internábanse protegidas por una estudiada máscara de desdén. Pero por lo demás, era lo mismo. Cosas de la feria, y de la gran feria de la vida, también.

Bueno, pues como iba diciendo: y utilizando a guisa de brújula particular los informes de un hombrecillo que vendía globos, hallé mi norte en aquel mar de artilugios ruidosos.

—¿Es éste el carriochito del tío Zamudio?—inquirí, abriéndome paso por entre una turba de chiquillería que rodeaba apretadamente la breve empalizada roja de un tiovivo.

—Sí—dijo alguien.

Los rígidos caballitos de madera y los cerdos que semejaban toneles cesaron de dar vueltas en torno a las grotescas caricaturas y los colorines que decoraban el interior de la rueda. El estrépito altavoz interrumpió su musiquilla de circo y atronó el espacio proclamando las excelencias de un paseo en tiovivo sólo por dos miserables reales. Un tropel de niños pequeños, muchos de ellos acompañados por resignadas y complacien-

tes personas mayores, tomó al asalto la temblorosa plataforma circular. Los rígidos caballitos de madera y los cerdos que semejaban toneles, impasibles, soportaron los apretones y golpes y abrazos de aquella enardecida grey infantil.

Yo me dirigí, sorteando con trabajo a los vociferantes jinetes, adonde un hombre sudoroso y ya entrado en años daba órdenes como un capitán en el puente de mando de su navío.

El tío Zamudio vigilaba a un muchacho que recaudaba de la clientela el precio de las vueltas, y tocando una campana, avisó para que las gentes de a pie retornaran la empalizada roja. La ensordecedora musiquilla de circo adueñóse de nuevo del altavoz y el capitán del tiovivo penetró por la especie de biombo cilíndrico, agarró una gran manivela chirriante y comenzó a darle vueltas. Sin mover sus patas estiradas, los caballos y los cerdos se pusieron en marcha llevando sobre el lomo a la delirante chiquillería.

Y entonces fué cuando el tío Zamudio reparó en mí, y entonces fué cuando yo descubrí en su rostro curtido y arrugado y en sus ojos negros y duros una infinita expresión de cansancio. Pero ello sólo fué durante un momento fugaz. Sin dejar de girar la pesada manivela, preguntóme si era yo el practicante a quien hizo avisar.

—Sí, señor.

—¡José! —llamó con un vozarrón al joven cobrador del tiovivo—. Acompaña a este caballero a la casa, rápido.

El muchacho, tras asentir, subió de un salto a la plataforma giratoria; y como yo titubeara en seguirlo por, el mismo camino, que además era el único, el tío Zamudio interrumpió la marcha del artillugio. Un griterío de protesta elevóse de los jinetes.

—¡Ahora mismo sigue, rediablos! —tronó la voz del capitán, según se me había antojado a mí el tío Zamudio.

Salté tras el guía, que me aguardaba ya en un callejoncillo que formaba la baranda, y los caballos y los cerdos prosiguieron su ruta sin fin.

—Por aquí, señor.

Una escalera de madera con tres peldaños. Una puerta estrecha pintada de amarillo, en la trasera de un carro con techo y chimenea. Aquella era la casa del tío Zamudio, una casa con ruedas.

¡Qué ilusión había tenido yo, siempre, de pequeño, por vivir en una casa así! ¡Cómo había envidiado a las gentes que en las ferias y los circos había visto trajinar tras las ventanitas con flores de aquellos carromatos-viviendas! Debía ser maravilloso vivir en una casa que cada día está en un sitio, acostarse mirando un paisaje campestre y levantarse y ver desde la cama la calle de cualquier ciudad, o una carretera, o una montaña. ¿De pequeño dije? Pues... ¿y ahora? ¿Por ventura ahora, al franquear el umbral de una casa con ruedas y ventanitas, no siento una suave y profunda emoción, un leve y tierno placer, cual si hubiera alcanzado un viejo anhelo que dormitaba, olvidado, como tantos otros que, nacidos en la niñez, poco a poco se van atrofiando y muriendo?

La mujer pálida que en un rincón atendía la marcha de un gramófono donde estaba improvisada la instalación del altavoz, me señaló en un extremo un par de literas. En la más pequeña vacía, muy arropada, con los ojos abiertos y sudando copiosamente, una niña de revuelta cabellera dorada. Me acerqué; le toqué la frente. La enfermita exhaló un gemido y sacó los brazos, morenos y gordezuelos, fuera del embozo.

—Tiene fiebre. ¿No hay un termómetro? —pregunté.

—No, señor; no tenemos.

—¿La vió un médico?

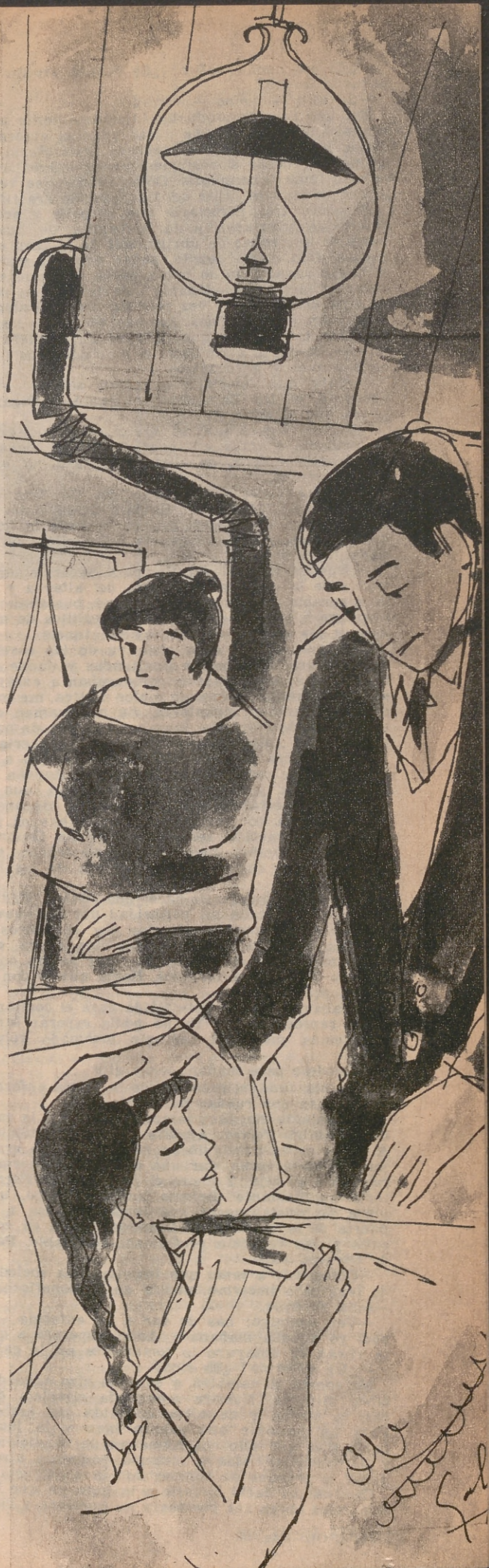
—Sí, esta mañana le avisamos muy temprano.

—¿Dijo cuál es la enfermedad que padece la niña?

La mujer pareció sorprenderse un poco y se llevó las manos a las sienas. Evidentemente, el recordar el diagnóstico del médico era ya un esfuerzo superior a sus energías.

—No, no lo dijo. Ordenó que no se moviera de la cama y habló algo de... como de catarro... ¡Oh! —exclamó de pronto—. ¿Se pondrá buena, señor? Mire, el doctor le ha recetado esto...

Me tendió una caja de inyectables y quedóse un instante aguardando; pero de súbito corrió al gramófono y colocó la aguja en el principio del mismo disco. La musiquilla de circo prosiguió.



—¿Es eso bueno, señor? ¿Se curará pronto mi pequeña Rosita?

—Sí, esto es bueno —murmuré.

Era uno de esos productos lujosísimamente presentados y que aseguran curar cuantas enfermedades puedan aquejar el aparato respiratorio de un mortal, desde el resfriado menos grave hasta la más feroz tuberculosis. Como después se verá, lo que padecía la hijita del tío Zamudio era tífus.

Entonces, tras inyectarle una ampolla y aconsejar que libertaran a la enfermita de buena parte de sus ropas de abrigo, salí de la casa con ruedas. Con cierto deleite, pensé que mis visitas al hogar vagabundo no había hecho más que empezar. A la feria quedábanle todavía muchos días de vida, cosa que por vez primera creo me alegró el corazón y los sentidos. Además, tenía que hacer algo por la chiquilla que deliraba en la litefa, y no precisamente acribillarle a pinchazos sus brancitos suaves y gorduzuelos.

—¿Sabe que tendrá que volver, señor? —me preguntó el tío Zamudio, anhelante—. Dígame ahora qué le debo.

—Ya me pagará al final. Quizá vendré mañana al mediodía o antes, en lugar de por la noche.

—Cuando quiera, caballero. Mi casa no está nunca cerrada.

Las necesidades del negocio del tío Zamudio no permitían dilaciones. Habíale caído bulla al tío vivo aquel anoche. Era en la feria la hora de los niños, y en la industria del capitán, la de ganar unos cuartos.

—¡Buenas noches! —grité, para hacerme oír a través de la chillona musiquilla del altavoz y de la algarabía de los chiquillos que buscaban su aventura a lomos de los rígidos caballitos de madera y los cerdos, que semejaban toneles.

Poco más arriba, a la vista ya de las casetas de baile espléndidamente iluminadas y donde los miembros de las orquestas comenzaban a ensayar sus instrumentos dignos de mejor música, me topé con una barraca gigantesca. Su maderamen era nuevo y recién pintado; lanzaban reflejos, de puro limpios, los aditamentos de metal; un acertado juego de luces prestaba alegría y atractivo a la instalación, y toda ella, en suma, desentonaba de los humildes y descoloridos tenderetes que a su alrededor estaban. Los cartelones de propaganda, muy bien confeccionados, anunciaban al público una atracción sensacional: ¡Fritz Gamma, el artillero-hombre cuyo cerebro electrónico era más rápido y seguro que cualquiera de los humanos!

Prométime no dejar de hacer una visita a "Fritz". Siempre fué picada mi curiosidad por las nuevas que de tales ingenios ofrecían los periódicos y revistas, y aparte cierta reserva muy lógica, ansiaba toparme con alguno de estos sabios compuestos de cables y tornillos. Había que ir con la época, ¡qué diablos!

Faltaban dos horas a la fijada para el comienzo de la representación. Yo no podía esperar tanto y, además, me sería bastante incómodo volver luego.

—Quédese para mañana —me dije.

Pero con todo, el recuerdo de la niñita enferma en su casa con ruedas pudo más.

Al siguiente día, muy temprano, acudí a la casa de mi amigo Ferraz. Agustín Ferraz era médico. A duras penas consiguió su padre, humilde granjero de las afueras, dar una costosa y honorable carrera a su hijo. Y ahora el joven doctor Ferraz tenía su flamante diploma en un cuadro, una placa de cristal negro con letras doradas a la puerta de la modesta casa donde instaló su consulta y una vocación profesional admirable. Pero de clientes, nada.

—Chico, voy a tener que inventar una sociedad de seguros o hacerme médico de la Beneficencia —solía decirme.

—Ven conmigo; has de ver a un enfermo —le pedí yo aquella mañana—. Anda, esperaré a que te vistas. El desayuno lo tomaremos en la calle.

—¿Un enfermo? ¿Es rico?

Me sonreí. El también, y sólo me hizo aguardar cinco minutos. Nuestra menguada clientela era casi la misma y de sobra conocida por ambos. Para un paciente que pagara bien y lo justo, había diez que sólo nos colmaban de bendiciones y de molestias. Mas a ninguno podíamos abandonar, a trueque de romper con la conciencia.

Caminamos hacia la feria a la hora en que los comercios abren sus puertas y los horteras y chu-

patintas trotan para no llegar tarde a sus obligaciones. Era una linda mañana de sol, cosa que suele suceder cuando tantos y tantos han de encerrarse en oscuras tiendas, en frías oficinas o en destrialados almacenes.

—¿Me llevas a la feria? —inquirí, sorprendido, Agustín.

—Sí.

La feria, a esa hora luminosa de la mañana, parece una grotesca y tranquila ciudad casi deshabitada. Las atracciones permanecen quietas, en silencio, descansando bajo enormes y parcheados toldos. La multitud ha huído para concederse un respiro y la feria aprovecha esta oportunidad para reparar en el sueño sus fuerzas maltrechas. Los hombres que en otro momento se nos antojan personajes deslumbrantes, ahora hacen café y frien salchichas, leen el periódico, dan martillazos en los tableros policromos, ajustan tuercas o cambian las bombillas de colores.

Ese era también el aspecto del tío vivo del tío Zamudio. De la chimenea de la casa vagabunda se elevaba una columna de humo azul. Llamamos en la puerta entornada. La mujer pálida salió con unos cacharros de loza en las manos y los ojos enrojecidos, como de haber pasado la noche en vela.

—Buenos días. ¿Podemos ver a la niña? Este señor es médico y desea examinarla.

La mujer nos miró confusa, y de pronto pareció sentir la necesidad ineludible de hacer y decir muchas cosas al mismo tiempo. Pero no hizo nada, sino apartarse para que Agustín y yo pasásemos.

Dormía la enfermita y hubimos de despertarla. En cuanto me vió, comenzó a llorar.

—No, chiquilla, si no he venido a ponerte inyecciones ahora —la consolé.

Agustín la hizo incorporar y entregóse de lleno a su labor. Me gustaba verlo en tales lances, grave y callado, consciente de su enorme responsabilidad, atento a cualquier muda manifestación que sólo él podía desentrañar. Le envidiaba entonces. Crecía, a mis ojos, hasta parecerme un superhombre; y no precisamente por su ciencia aprendida, sino por el espíritu vocacional que animaba al nobilísimo y humanitario deber que había escogido. Y me consolaba el pensar que, afortunadamente, hay muchos médicos así.

—Respira. Más hondo. Así. Sujétate ahí. Así —iba diciendo.

La niña lo obedecía sin chistar, y mientras la madre aguardaba con ansiedad el término de la investigación sin decidirse a intervenir, yo re-eoría con la vista los pobres y limpios utensilios y adornos de la casita errante. No faltaban comodidades ni detalles al pequeño y acogedor hogar del tío Zamudio, ni siquiera esos tradicionales retratos amarillentos de remotos parientes con chalina y tufo.

—Juan, es conveniente hacer unos análisis —dijo al fin mi amigo.

Ahora me tocó a mí trabajar. Mi labor resultaba mucho más ingrata que la del doctor. Debía parecerle yo, de seguro, un malvado ogro a la enfermita; pero todo sea por el éxito de la misión impresa. En sendos tubitos de cristal quedaron sangre, heces y orín de la criatura, y nos dispusimos a marchar.

El rapazuelo que la noche anterior viera actuar como cobrador en el tío vivo hizo su aparición, portando un gran jarro de leche caliente y un canastillo con tomates.

—Avisa a padre en seguida —le ordenó la mujer. Y dirigióse a mí, con timidez:

—Señor, si quieren aguardar un momento a que llegue mi marido...

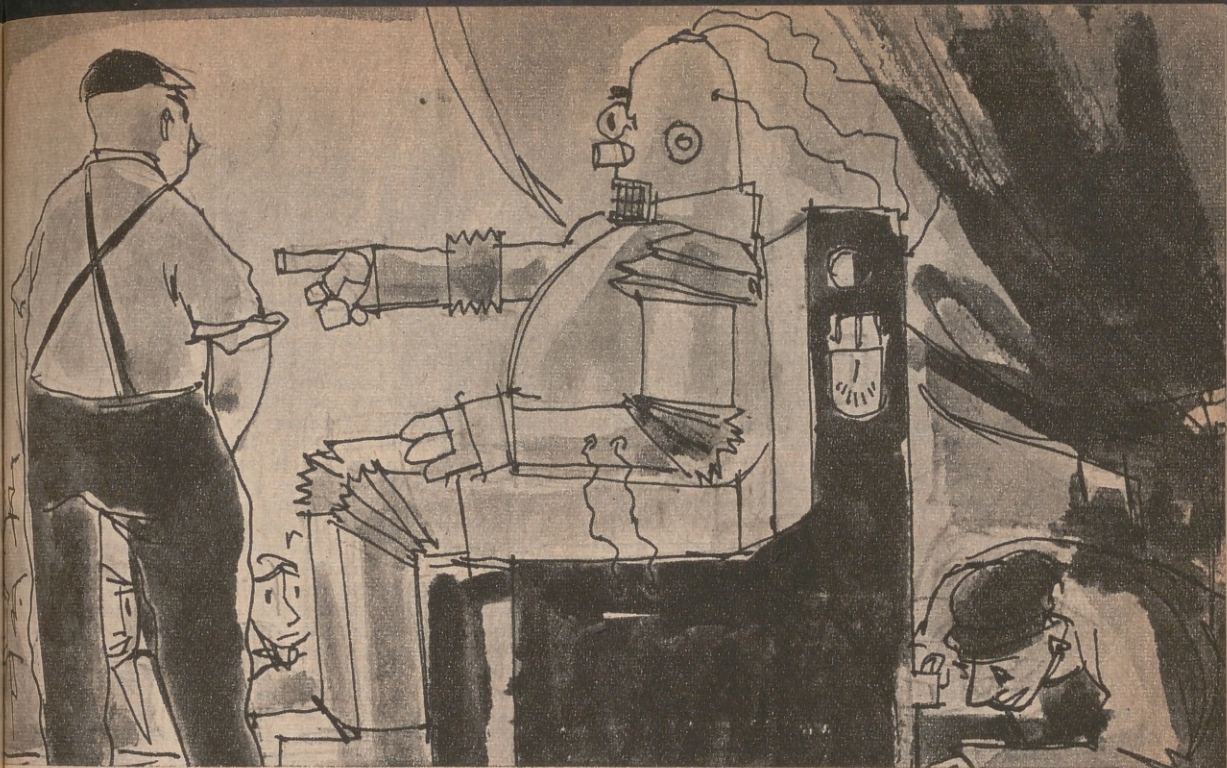
—Ya le veremos, señora —dijo Agustín—. Ahora tenemos prisa.

Al rodear la barandilla roja vimos al tío Zamudio avanzar hacia el tío vivo. Venía ceñudo, es-trujando unas hojas de periódico entre sus manazas. El chico trotaba a su lado.

—Perdónenme, caballeros, pero... ¡es que ese maldito muñeco de hierro! —fué su saludo y la justificación de su ausencia. Traía todavía preñada la atención en algún otro hecho y, excusándose torpemente, nos solicitó nuevas del estado de la niña.

—No sabemos aún; se le van a hacer unos análisis. Pero no teman por ella.

El tío Zamudio se rascó la barbilla y, aparte, trató de exponerme algo acerca de los honorarios



del doctor. Yo lo tranquilicé a este respecto y, trocando la conversación, le pregunté:

—¿A qué muñeco de hierro se refería?

Una chispa de cólera volvió a centellear en sus ojillos negros y brillantes.

—¿Pero no lo sabe usted? ¿No ha estado en la caseta del "robot"? ¿Mal rayo la parta!

Díjale que no, y le confesé mis deseos de asistir a una representación de las facultades del autómatas, que decían ser muchas y prodigiosas.

—Pues ahora mismo puede verlo. Están experimentando, como dicen. Y usted también, señor doctor, venga, si quiere.

Disculpóse Agustín, anteponiendo sus obligaciones y, sobre todo, la necesidad de contar a la brevedad posible con el resultado de los análisis.

—Ve tú, Juan —me dijo—. De todas formas habríamos de separarnos en el puente.

—Está bien; a la tarde pasaré a verte.

Mi gran amigo hizo un gesto con la mano y se alejó. Yo no podía desaprovechar la magnífica ocasión que se me presentaba de examinar de cerca el sensacional ingenio de la era atómica, según lo llamaban. Y así, dejando para luego deberes eludibles a pesar mío, acompañé al tío Zamudio a la lujosa barraca de "Fritz Gamma", el artífice-hombre.

* * *

—¿Sabe usted? —me informó el tío Zamudio—. Uno de los empleados del suizo que ha traído el muñeco, Gaspar, es primo de mi mujer. Por mor suya he hecho amistad con sus compañeros, y a ratos charlamos por los codos. Porque todo no va a ser dar vueltas a la rueda del carricoche. ¿Sabe? Pues eso, como uno lee los periódicos y está un poco al tanto de lo que pasa por el mundo, me dijeron: "Ven, Zamudio; mira el invento de estos alemanes; sabemos que te interesará." ¡Y por todos los demonios del infierno, caballero, que el muñeco se las trae! Uno no es patán, aunque haya de trabajar como una mula, pero... ya verá usted, ya verá. Y a ver si está conmigo.

—¿En qué? ¿Es que hay diversidad de opiniones?

—Opiniones? Que uno tiene su alma en su almario, caballero, y su sesera, y su corazón. Y uno cree que los sabios, si lo son de verdad, no deberían hacer muchas cosas que hacen.

La desatada lengua del tío Zamudio retornó a la calma, porque penetrábamos en la enorme y reluciente barraca de "Fritz". El interior semejaba el de un circo. Había una pequeña pista circular a cuyo alrededor alineábanse hasta diez o doce filas de cómodos sillones. A un lado, un grupo de hombres en traje de faena conversaban animadamente. En la pista, otros dos manipulaban con aparatos eléctricos desconocidos por mí. Y

otro más, subido en un cajón, como si fuera un extraño peluquero, hacía algo en la cabeza de un monstruoso muñeco metálico que hallábase inmóvil, sentado en una grande y destaralada silla de madera pintada de gris.

El tío Zamudio echó una recelosa mirada al "robot" y se dirigió al grupo de espectadores. Presentóme a Gaspar, y éste a los demás acompañantes. Los hombres que trabajaban en la pista continuaron en su misteriosa labor, sin enterarse de nuestra llegada.

—Pues yo digo que ahí hay truco. No sé cómo, pero hay truco —afirmó en voz baja, pero que no admitía réplica, un viejecillo desdentado.

—Sí, dígaselo al suizo —rióse Gaspar.

—No tendrá truco, sino ciencia —intervino Zamudio—, pero que me lo dejen a mí. Cojo un hacha y no dejo tornillo sano. ¡Habrás visto, Señor, gastar el talento en estas cosas!

—Al tío Zamudio lo saca de quicio el "robot". ¿Por qué viene tanto a verlo? ¿Por qué no discutió usted esas cosas ayer, con esos señores que vinieron en el "haiga" y le sacaron "fotos" y hasta aseguraron que iban a escribir un libro hablando de él?

El tío Zamudio soltó un taca, nos volvió las espaldas y desapareció. El hombre que hurgaba en la cabezota de "Fritz" nos miró y siseó, imponente silencio. Bajóse del cajón, lo apartó, y hablando en alemán unas palabras a sus ayudantes, se puso a maniobrar entre los botones y accionetas rojas y azules del aparato mayor. El autómatas pareció estremecerse. Después, como si un soplo vital lo animara, afianzó sus pies en el suelo y se levantó. En verdad, resultaba imponente la enorme figura de metal. Hasta un par de metros mediría de altura, y la corpulencia del torso y los movimientos regulares de sus miembros articulados dábanle a "Fritz" una apariencia que forzosamente habría de despertar sentimientos desagradables en quien con él no estuviese familiarizado. La cabeza la tenía cuadrada y no muy grande, pero el rostro, donde su constructor habíase esforzado por imitar las facciones humanas, daba a cualquiera la sensación de hallarse ante una criatura diabólica, extraña temible casi.

—Y cuando vea lo que es capaz de hacer... —murmuró Gaspar.

Los minutos, las horas, pasaron como un torbellino. Cuando me ví a la luz del sol y en mis oídos cesaron los ruidos de motores invisibles, los chasquitos de pequeños interruptores, los chirridos de "Fritz" y el resonar de sus pasos lentos y firmes, halléme como si hubiera salido de un sueño. ¡Con qué placer contemplé las nubecillas blancas que en lejananza, allá sobre los montes lejanos, colgaban en el azul del cielo como penachos luminosos de algodón!

Ya había visto el "robot" y como me había gustado era admirable, parecía cosa de magia. Así se me dijo a uno de sus orgullosos creadores, al suizo dueño de la instalación. Quizá si el muñeco se hubiera mostrado como una cosa burlesca, torpe, rudimentaria y llamada al fracaso, sería lo hubiera aprobado. Pero era demasiado perfecto, demasiado parecido a un ser racional. Incluso en muchas cosas hasta lo averiguaba y eso era lo que yo, como asimismo el tío Zamudio, no le podía perdonar

* * *

Por la noche, ya tarde, volví a la entrañable casa con ruedas, después de haber estado con Agustín. La hilita del tío Zamudio tenía tifus. Transmití las severas órdenes del médico para que la familia del tiovivo observara las medidas profilácticas pertinentes al caso, y de productos de muestras gratuitas de laboratorio llevé un tratamiento casi completo para intentar salvar a la niña.

—¿Cómo la encuentra usted? —me gritó desde su cavachuela de colores el tío Zamudio al verme salir, sin cesar de dar vueltas al manubrio del tiovivo.

—La enfermedad sigue su curso, pero no se preocupe. Dentro de unos días estará la chica mucho mejor.

—Dios le oiga—murmuró, y creo que a los aquellas tres palabras le habrían de caer más hondo que una sarta de oraciones.

Un vientecllo leve agitaba las banderolas de los tenderetes y mantenía en alto el polvo levantado por muchos pies. En aquella hora había disminuido sensiblemente la bullanguera clientela habitual del tío Zamudio. Los niños cedían la feria a los mayores, quienes con más cuartos en los bolsillos y más refinamiento en su sed de diversiones, daban de lado a los humildes caballitos y a los gordos cerdos de ojos saltones. Sin embargo, el tío Zamudio apuraba sus fuerzas para extraer unas pesetas más a los cortados caprisos que decidían subir a la crujiente plataforma circular.

—¿Por qué no da de mano?—le insinué, en un alto de su trabajo. No sé por qué razón permanecía clavado allí, observando en su arrugado rostro el cansancio del cuerpo y del espíritu. La vida debía ser muy dura para el tío Zamudio. Tan dura, que a veces le flaqueaban las energías y sus ojos duros traicionaban el falso gesto feroz en que prefería escudarse.

—Descanse, es tarde y ya sólo pueden venir algunos borrachos. Eso no le sacará de apuros.

La mustquilla del altavoz hacía rato que había dejado de sonar. El hijo del capitán dormitaba, echado en la barandilla de tablas rojas.

—Usted no sabe... Hay que pagar la prórroga del permiso municipal, la luz, mandar algo a Paquillo, ahora esa maldita enfermedad de la niña...

—¿Quién es Paquillo?

—Mi hijo mayor. Está en el servicio militar. Lo han hecho cabo, ¿sabe?—terminó, irguiendo la cabeza hasta entonces gacha.

Sonreí, agradablemente sorprendido por el rápido giro del diálogo. Y de súbito, las voces de un hombre que venía corriendo hacia nosotros abortó el inminente relato del historial de armas de Paquillo.

—¿Zamudio! ¿Zamudio!

Era Gaspar, el hombre que trabajaba en la caseta del "robot". Llegaba jadeante por la galopada y la excitación y, a duras penas, logró hacerse entender. Y en verdad, que la noticia que traía podía calificarse de sensacional. Por lo menos, al tío Zamudio le cayó como una bomba.

Propóniase dar un paseo en tiovivo nada menos que "Fritz Gamma", el artilugio-hombre!

—Tú estás loco de remate—aseguró con desprecio el tío Zamudio.

Gaspar juró por todos sus ascendientes y descendientes directos, y señaló al fondo de la calle de tenderetes casi vacíos. Los recalcitrantes asistentes al barrio chino se ban aglomerando con expectación a una comitiva todavía lejana. Ya no hubo lugar a dudas. Por encima de las cabezas de la multitud sobresalía la cuadrada cabeza del "robot", que se aproximaba por sus propios medios, andando, al tiovivo del tío Zamudio.

La cosa no resultaba tan fantástica, según desprendíase de las informaciones del charlatán Gaspar. Los sabios inventores del "robot" estaban contentos. El éxito de "Fritz" en todas las

esferas había sido enorme. Ahora iba a ser llevado con todos los honores a Madrid, donde no hacía mucho tiempo la exposición de una ballena muerta había rebasado en mucho los halagüenos cálculos de sus propietarios. Y una ballena apenas podía llegar a la altura de los tornillos de los pies de "Fritz". "Fritz" no era un invento maravilloso, "Fritz" era un símbolo. Un símbolo de la ciencia de la segunda mitad del siglo XX. Mas esta noche de verano en una feria provinciana, "Fritz", o sea, sus sesudos creadores, sintiéronse retozones y con ganas de reír. ¡Ellos, tan serios! Quizá tomara alguna parte en la juerga de los sabios el vino español con que los señores de ciertas sociedades científicas y culturales los habían obsequiado. Gaspar no estaba muy seguro. Sólo sabía que el suizo, tan ufano con su muñeco mágico, acordóse de pronto de cómo lo combatía y odiaba el "viejo gitano del tiovivo". Refirió el curioso caso a sus colegas y admiradores, y entonces alguien le inspiró la extraña idea de que fuera "Fritz" a pasearse en los caballitos de madera. Sería una buena lección para el ignorante detractor del invento y, además, una divertida y vallosa experiencia de las ilimitadas facultades del autómatá. Dicho y hecho.

—Tío Zamudio, esto supone para usted una propaganda como una casa de grande—acabó, ahogándose, el oficioso Gaspar.

Pero el tío Zamudio no echó al vuelo, como a muchos parecería bien, las campanas de su corazón. Estaba pálido, apretados los labios y temblorosas las comisuras, mirando fría y fijamente al gigantesco visitante de hierro, que se aproximaba.

Gaspar se hizo a un lado, boquiabierto. El niño, sacudida la modorra, espió muy serio la escena y partió como una flecha hacia la casa vecina. Los niños suelen tener a veces una rara intuición de las cosas. Yo, instintivamente, me puse al lado del capitán de los rígidos caballitos de madera y de los cerdos que semejaban toneles.

"Fritz" se detuvo y sus horribles ojos parpadearon. El suizo, con una especie de caja cerrada, llena de lucecitas y conmutadores entre las manos, dirigióse riendo al dueño del tiovivo, que con su corchachón cerraba el paso de la breve empalizada bermeja.

—Buenas noches—dijeron por encima del clamor de las gentes algunos de los recién llegados.

—Nos sentimos niño, señor Zamudio, y venimos a pasear en sus caballos. Eso, "Fritz" se siente niño—dijo el suizo, en su castellano tan particular.

—Pues yo me siento hombre, señor franchute. La réplica del tío Zamudio fué tajante, aunque escapara al pronto a la comprensión de los alegres sabios. Ningún miembro del séquito de "Fritz" intentó franquear la entrada, pero era porque concedían al autómatá las usuales fórmulas de cortesía. Allí, el personaje más importante era el "robot".

—¿Qué quiere decir?—Inquirió de sus acompañantes el suizo, a los cuales ahorró la respuesta el agresivo Zamudio.

—Que este muñeco maldito no sube al tiovivo. Un señor orondo y moffetudo intervino, conciliador.

—No tema, buen hombre. "Fritz" no pesa más de trescientos kilos, apenas como cuatro o cinco personas.

—No es por eso, caballero, mi carricoche puede con mucho más.

—¿Entonces?

—Es que no me da la gana de pasear eso. ¿Entienden ustedes? ¡No quiero pasearlo!

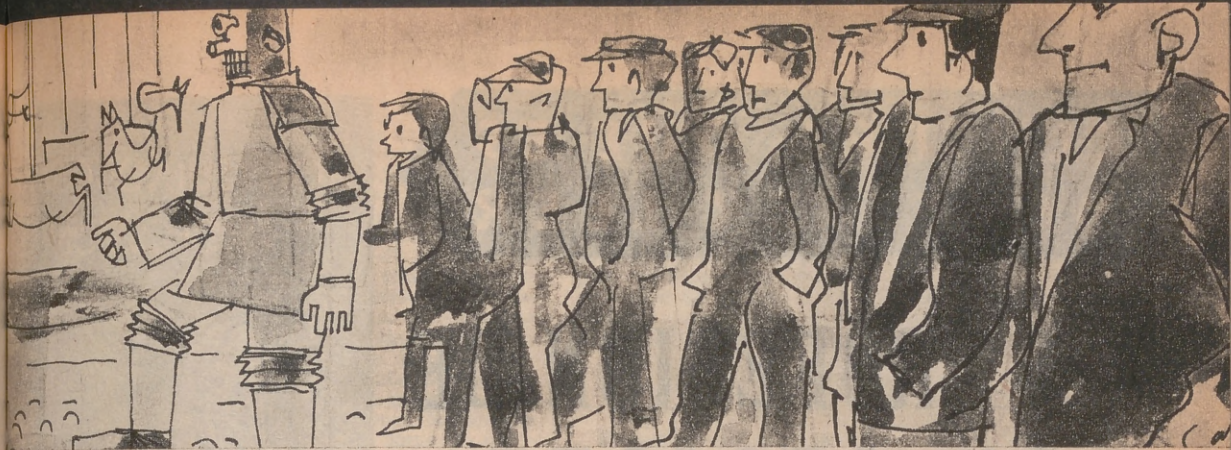
Risas y murmulos burlescos respondieron al capitán de los caballos de madera. El suizo puso la caja que portaba en las manos de uno de sus ayudantes y extrajo de una cartera de piel un billete de banco de cien pesetas.

El tío Zamudio tragó saliva para deshacer un nudo que se le formaba en la garganta.

—Guárdese! —dijo—. Y una mano blanca apoyóse por detrás en su brazo izquierdo. Era la mujer, la madre de la enfermita, cuyos hombros enlazaba protector, el niño. La mujer no dijo nada. Sólo miró, implorante a los ojos del marido.

—¿He dicho que no!

—"Quedan quiñotes, gracias a Dios"—pensé para mí caletre.



El dueño del "robot" detuvo con un gesto a los admiradores furibundos que se disponían a vencer de cualquier modo la resistencia del testarudo feriante, y abrió ante "Fritz" la cartera por uno de sus repletos compartimientos. "Fritz" levantó la mano derecha, movió como unas pinzas dos de sus dedos, cogió un flamante billete de quinientas pesetas, anduvo un paso y tendióse al tío Zamudio.

—Zamudio...—le suplicó la mujer.

—No!—contestó él, roncamente.

No sea así, señor Zamudio, tómelo como un juego. Después de todo, son quinientas pesetas, cinco "billetes"... ¿Cuándo iba a ganar tanto por una, vueltas?

El tío Zamudio se manoseó con furia la frente y el mentón y los ojos, hizo un guiño, una mueca que quería ser una sonrisa, escupió un tajo e arguyóse cuan alto era ante "Fritz".

—Me pagarás aparte, de la misma cartera, los desperfectos que se puedan causar al carricoche?

—Oh, sí, sí!—respondió el suizo, cuando le fueron traducidas las palabras del capitán.

—Estamos de acuerdo, no hace falta firmas. El pacto ha sido hecho entre caballeros—exclamó con cómica solemnidad uno de los asistentes.

El señor orondo y mofletudo, muy serio, dijo:

—Todos somos testigos.

Y dió comienzo el regocijo. Fué invadida la redonda plataforma por el tropel de gentes, en su mayoría noctámbulos de la feria. Muchos de los que con el inventor del "robot" habían venido prefirieron gozar del grotesco espectáculo de pie al otro lado de la barandilla. El sulzo y sus ayudantes izaron a "Fritz" al tiovivo y lo condujeron a un caballo, y allí hubieron de entregarse a complicados trabajos. "Fritz" no podía montar a hocajadas. Quedó instalado tan cómodamente como podía serlo a un autómatá en un carrito del que figuraban tirar tres sucios corceles.

—Por todos los diablos, no suban tantos!—rogó Zamudio.

Nadie le hizo caso. El pequeño tiovivo estaba repleto de alegres y vociferantes zagalones, señoretas encorpetados y curiosos de toda laya.

—Cóbrcelos, muchacho—dijo al hijo de Zamudio.—Dobla el precio.

El chaval, que debía ser listo como una ardilla, lanzóse al trabajo. La madre permaneció a un lado, espectante.

—¿Duerme la niña?

—Sí, señor—respondióme. Y desapareció en la casa con ruedas, y a poco surgió del altavoz la musiquilla de circo.

El tiovivo comenzó a girar pesadamente. La boina la tenía ya el chaval llena de pesetas y duros. No parecía que fuera a dar mal fruto la capitulación del tío Zamudio, pero ¡cómo sudaba el pobre! En cada vuelta de manubrio se le iban todas sus fuerzas, y para la siguiente había de sacar otras del fondo de sus músculos duros y viejos. Me estaba mirando. Con una sonrisa intenté animarlo y creo que lo conseguí. "Por dinero baila el perro y por pan, si se lo dan." Era triste el espectáculo; triste, pareciendo tan alegre.

"Fritz Gamma", el artificio-hombre creado por la ciencia, estaba siendo agasajado como un personaje-niño insigne. ¿A dónde iría a llegar, Dios, la estúpida soberbia de los humanos? ¿Por ventura no ocurría igual, aunque sin tiovivos ni tíos Zamudios, en lo ancho del mundo? Nada importaba la felicidad ni los sentimientos de los humildes; nada el albedrío de los sencillos de com-

razón. El que, valiéndose de un dinero maldito y de una ciencia mal entendida, creaba monstruosidades, había de ser coreado y aplaudido.

Y cavilando de tal guisa, me consolé mucho percibir que algunos de los graves caballeros que de pie habían quedado comentaban idénticos puntos de vista.

—¿A cuántos miles de hogares llevaría la felicidad el dinero gastado en una sola bomba atómica?—decía el señor orondo y mofletudo.

No me dió tiempo a seguir oyendo sus palabras, ni a él el seguir pronunciándolas. Un crujido terrible quebró con estridencia la barahúnda de la feria, y toda la armazón del tiovivo inclinóse hasta quedar la gran rueda apoyada por un punto en el suelo, como una peonza que ha cesado de girar.

Durante unos momentos fué enorme la confusión. Los jinetes salieron despedidos en montón por entre las patas de los caballitos y de los cerdos, y cada cual gritaba más y mejor. Algunos se pusieron de pie rápidamente. Otros quedaron echados, palpándose las partes doloridas. El tío Zamudio, mirando el árbol partido de su tiovivo, juraba como un condenado.

—Ya lo sabía yo, Dios mío, ya lo sabía—lloriqueaba la mujer, abrazada al muchacho, que apretaba contra su pecho la boina repleta de monedas y billetes.—¿Qué será ahora de nosotros?

Nadie se ocupó de ella. Todos, sanos y aporreados, contemplaban con estupor a "Fritz". El muñeco había dejado de ser maravilloso. Yacía roto e inmóvil debajo mismo de la inclinada plataforma, con el tórax hendido y la cabezota abollada, sobre una colección de tornillos y piezas esparcidas. Un amasijo de cables y botones alcanzábase a ver dentro de las cavidades informes del brillante corpachón metálico. A su lado permanecía arrodillado el sulzo, boquiabierto, con la destrozada caja de control en las manos temblorosas y los ojos arrasados en lágrimas.

Unas manos rudas se apoyaron con suavidad en sus hombros. Era el tío Zamudio.

—No me debe usted nada. Estamos en paz.

Lo miró el sulzo y asintió, sin hablar. Muchos de los presentes y otros que habían acudido los rodearon. Fuime yo al lado del caballero mofletudo, que resultó ser médico, y juntos auxiliámos a una docena de víctimas del accidente. Contusiones y descalabraduras. Cuando volví con el tío Zamudio lo hallé tranquilo, casi jovial.

—Hemos sacado bastante para arreglar esto—me dijo—. No habrá para Paquillo, ni para la niña, ni para la contribución. Pero estoy contento, amigo. El tiovivo le ha "ganado" por la mano al "robot". Le digo que el buen Dios está en esto, caballero. ¡Pobre franchute!

Por el camino de mi casa me fué pensando que, por desgracia, todos los "robots" no se dedican a pasear en los rígidos caballitos de madera y en los cerdos de ojos sajtones de un tiovivo. Y acaso sería mejor así, porque siempre no iban éstos a salir ganando. Agustín y yo habríamos de seguir atendiendo a la hijita de Zamudio, al igual que al resto de nuestros pacientes, sin apenas cobrar en junto un par de facturas a la semana. Pero, ¿qué remedio?

Tenia el relente un leve aroma de los pinares cercáanos. Era muy tarde. Miré a la luna, que parecía correr con bastante prisa por entre grandes nubes plateadas. Yo aligeré también. Estaba cansado y para el siguiente día contaba con mucho trabajo en perspectiva.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

“LA PROFESION DE DON QUIJOTE”

Por Mark VAN DOREN

DON QUIXOTE'S
PROFESSION



MARK VAN DOREN

LA inmortal figura de Don Quijote continúa incesantemente despertando el interés de escritores y pensadores, y la interpretación de su maravillosa historia pide siempre nuevas versiones, como si todas pudieran ser ciertas, dentro de este incomparable arquetipo cervantino. Hoy resumimos en nuestra sección una de las últimas obras escritas sobre el tema «Don Quixote's profession» («La profesión de Don Quijote»), libro en que su autor, Mark van Doren, un profesor norteamericano de la Universidad de Columbia, Premio «Pulitzer» 1940 de Poesía, se afana por desentrañar el sentido de toda la obra quijotesca e intenta penetrar en el alma auténtica del hidalgo manchego. El problema de la realidad quijotesca y sus relaciones con la imaginación literaria es una de las cuestiones que más espacio ocupan en este libro, que, dicho sea de paso, es el resultado de tres conferencias dadas por Van Doren en la Emory University, en las que mostró un sincero apasionamiento por esta imperecedera creación literaria, que él considera quizá «como la mejor novela del mundo», y a su héroe como «el más perfecto caballero del mundo que jamás existió, y de hecho el único que realmente conoce».

DOREN (MARK VAN): «Don Quixote's Profession».—Columbia University Press. Nueva York, 1958.

UN caballero de cincuenta años sin nada que hacer se inventa de pronto una ocupación en la que emplear su tiempo. Los que le rodean, tanto en su familia como en su pueblo, estiman que no resulta necesario tan desesperado paso. Es un hombre que tiene sus propiedades y al que le gusta la caza, cosas lo suficientemente sugestivas como para hacer soportable su rutinaria existencia cotidiana. No obstante, el caballero no se siente satisfecho, y cuando se decide seriamente a seguir una vida distinta —primero en su casa y después fuera de ella— de la que todo el mundo estimaba adecuada para él, se le toma por un excéntrico y un loco.

LA CABALLERIA EN LA CONCEPCION DE DON QUIJOTE

Tres veces abandona la casa, para regresar una de ellas por propia voluntad y otras dos obligado por personas de su pueblo que le siguen para forzarle a esta decisión. Regresa siempre agotado, pues la profesión que ha escogido es dura de soportar. hasta el punto de que poco después de su tercera vuelta cae en cama, hace testamento, confiesa sus pecados, admite que todas sus empresas han sido una equivocación y muere.

El caballero que realizó estas cosas habría quedado en el más absoluto desconocimiento si no la hubiese llevado a cabo, y aun en este caso nadie

las conocería si no hubiese sido escrita su historia. Afortunadamente, lo fué, y hoy goza de ser quizá la mejor novela del mundo. Lo cierto es que su autor no la considera como una ficción, sino que la llama historia o biografía. Además no recaba para él el derecho de su invención, sino que dice haberla simplemente traducido al español de un original árabe.

Esta historia rescatada del olvido por Cervantes es a la vez simple y misteriosa. Lo que caracteriza su simplicidad es que puede resumirse en pocas palabras. Lo que caracteriza su misterio es que se puede estar hablando de ella eternamente. Seguramente se ha hablado de ella más que de cualquier otra historia. Ahora bien; ocurre una cosa extraña a sus lectores, y es que todos ellos leen un libro distinto, hasta el punto de que de su lectura sacan las más diferentes teorías. Estoy tentado a decir que nunca hubo más opiniones sobre una misma cosa que las que existen sobre Don Quijote. Lo cual no impide que el libro las sobreviva a todas, como tiene que ocurrirle a una obra maestra como ésta.

La dificultad de interpretación exacta del «Quijote» la tenemos en cualquiera de sus partes. Veamos, por ejemplo, lo que se escribe en su comienzo. En él Cervantes no nos dice que su héroe pensase que se había transformado en este o aquel personaje hasta el punto de olvidar su propia personalidad. Se trata simplemente de exponernos cómo Don Quijote tras la lectura de muchos libros se formó una concepción de la vida y cómo se propuso seguir esta concepción. Esto quiere decir que intentó vivir como si fuese un caballero de los que aparecen en los libros de caballería. Su error, si es que era tal error, consistía en creer que Amadís de Gaula había existido tan realmente como Julio César o Carlomagno. Todo el mundo leía en España estas novelas, pero nadie las creía una realidad.

Además no se olvide que Don Quijote no se considera caballero, sino que piensa llegar a serlo una vez que realice su conversión, y para ello se toma no pequeño trabajo en conseguirlo y en dar metódicamente cuantos pasos sean necesarios para la consecución de este objetivo.

La única cuestión que le queda por resolver es la de saber si se adecuará debidamente a la tarea que ha escogido. Es delgado y fuerte, y, por lo tanto, puede soportar las necesarias dificultades; pero, ¿puede—piensa—sentirse por encima de todo como un caballero? Si no ocurre así es porque su educación ha sido imperfecta.

Su educación ha sido francamente buena en muchas ramas de la cultura. Podía muy bien haberse decidido a seguir la vida de un ermitaño o de un santo, pues está muy bien documentado en la literatura de devoción, y también la de un erudito, pues sus conocimientos son inmensos; o también la de pastor, pues ha leído y asimilado muchas novelas pastorales. Tanto es así, que cuando regresa por primera vez a su casa y su sobrina estima como necesario el que le quemen los libros, por considerar que han sido stos los que le han vuelto loco, hecho que realizan el cura y el barbero, la misma sobrina insiste en que se quemen en las mismas

llamas las novelas pastorales que los libros de caballería, no vaya a ser que una vez curado de su deseo de ser caballero le dé por convertirse en pastor y en marchar por bosques y prados.

La decisión de Don Quijote en favor de la caballería estaba determinada, según nuestra opinión por el aprendizaje que esta profesión lleva consigo. La disciplina caballeresca era para él la suma de todas las artes y las ciencias, era la misma sabiduría, la educación liberal. Incluso antes de que viese obsesionado por las novelas, una obsesión tan enorme que le llevaba a vender parcelas de sus tierras para comprar nuevos libros, se había distinguido por su erudición. Su constante elocuencia, su agudeza de crítica, su maravillosa memoria para los detalles de los más remotos autores, le caracterizaban como un hombre humanista, como un hombre de inteligencia y de sensibilidad. Su capacidad de fascinar a los demás con el poder de su conversación era algo fuera de discusión, por lo menos para el lector del libro del que él es héroe. Ahora bien; su conocimiento es mayor en lo referente al género novelesco, su especialidad, hasta el punto de que al tratar este tema cae en la pedantería. No existe ningún otro caballero tan versado en la filosofía del juego

¿REPRESENTABA PERMANENTEMENTE UN PAPEL DON QUIJOTE?

Amadis de Gaula, por ejemplo, no era un humanista. Era un gran caballero, pero no hablaba sobre esto porque lo era sencillamente. Amadis era un hermoso animal, y como tal, tenía un temperamento que nosotros envidiamos en las bestias. Don Quijote era todo lo más un caballero de imitación, y por ello, naturalmente, tenía que hablar como tal, y cuando lo fué o pensó serlo tuvo que explicar la importancia y el valor de comportarse como tal. Y representó tan vehementemente su papel en un escenario donde no había nada semejante a lo que él se proponía, que con el fin de que no se confundiese la naturaleza de su postura no se detuvo ante la extravagancia o la temeridad.

Estas últimas reflexiones nos hacen descubrir una nueva teoría. Acaso Don Quijote no fué más que un actor, un hábil y consciente actor que escribió el propio papel que representaba y que supo mantenerse en el centro del escenario. Según declaraba, en su juventud fué muy aficionado a las representaciones teatrales, y a Sancho le decía que las comedias semejan mucho a la realidad y además son dignas de ser tenidas en cuenta por el bien que proporcionan a la comunidad. Todas estas ideas nos recuerdan a Hamlet, su contemporáneo, quien habla del espejo de la Naturaleza, que siente una especial debilidad por lo teatral, que es el mejor actor de su drama y que pudo ser o no ser un loco. Nunca sabremos lo que Shakespeare pensó sobre este último aspecto, y tampoco sabremos nunca si Cervantes era de la opinión mantenida por todos los demás respecto a su libro en lo referente a que Don Quijote era un demente, es decir, si había llegado a olvidarse de quién era, si no sabía lo que hacía y si se engañaba auténticamente. No hay duda de que habla con conocimiento de cualquier tema que no sea la caballería, bien sea sobre armas, arte, política, religión, costumbres, alimentos o sueño. Ahora en la caballería es donde está como loco. Y aunque hay cosas de éstas que pueden admitirse si se plantean, es sólo el que actúe como un caballero lo que hace pensar en su locura. Sería admisible si lo hiciera en un teatro, pero es que este hombre las lleva a cabo en los caminos de España y convierte al mundo en su escenario.

Y aquí llegamos exactamente a la cuestión clave. Supongamos que Don Quijote se haya considerado inicialmente como un actor y nada más que un actor. ¿Llegó realmente a confundir al actor con el hombre, el escenario con la vida, la intención con la realidad? En el caso de Don Quijote, a diferencia del de Hamlet, no es imposible decir que siempre supiese lo que hacía, que tenía sus propias razones para actuar del modo que se comportaba, y esto única y exclusivamente porque no hay ni ha habido jamás nadie semejante a él en el mundo. Se trata de una cosa extraña en la literatura, de un carácter totalmente acabado. Es tan real que no estamos seguros de comprenderle.

Se ha dicho en una ocasión que se volvió loco porque no podía dejar de hacer lo que hacía. En una ocasión Don Quijote responde con la famosa frase de «Yo sé muy bien quién yo soy» Como el hidalgo de La Mancha está raramente solo, no po-

demos ver cómo se hubiera comportado si no tuviera auditorio. Sancho le deja solamente una vez en la Montaña Negra, cuando lleva una carta a Dulcinea, y entonces no nos sorprende descubrir un hombre tranquilo y conspicuo en la conducta de nuestro héroe. Entonces no actúa como un loco. Entregado a sí mismo es un hombre sereno y que se domina. Como individuo particular tiene sus propios secretos y, por ejemplo, es modesto y no permite que las criadas de la duquesa le desvestan. Solamente Sancho puede hacerlo, y cuando Sancho se marcha a gobernar su insula, lo hace él solo.

EL INCOMPARABLE ESTILO DE DON QUIJOTE

El mundo que recorre y en el que se desenvuelve Don Quijote es una maravillosa copia del mundo cotidiano, del mundo que nosotros consideramos todos los días como real. Se ha dicho justamente que no existe una novela más real que «Don Quijote», y esto es verdad aun si lo consideramos sin tener en cuenta su héroe. Cervantes lo coloca allí donde puede lucir la mayor luz posible sobre la figura que traza. Tendemos a olvidar al autor cuando leemos, pero deberíamos ocasionalmente detenernos momentáneamente para darnos cuenta de las admirables cosas que realiza. Ha colocado a un caballero cabalgando por la Calle Mayor de las ciudades y por desoladas plazas españolas. Resulta relativamente fácil para los autores de novelas el hacer a sus caballeros atractivos. Reconocida una buena voluntad en los lectores para encontrar el espectáculo agradable, sólo les resta llenar el paisaje con caballeros armados que no tienen otra ocupación que la de luchar por sus damas. Muy distinto es el ambiente que nos presenta Cervantes en su obra inmortal. No ha habido nunca una literatura tan real, en el exacto sentido de la palabra, como la de Cervantes cuando comenzó a escribir su obra maestra. En ella debería poner todo lo que conocía, desde lo que oía hasta los pensamientos que pensaba e imaginaba.

Y en todas las partes de su relato pone la dignidad de su estilo incomparable. La fluidez de sus palabras es tan poderosa y bella, que nada entorpece su curso natural. Todas las cosas, todas las

¿Le gustaría saber Disecar?



USTED PUEDE APRENDER EN SUS RATOS LIBRES

EL INSTITUTO JUNGLA le enseñará por correspondencia a disecar aves, mamíferos, reptiles, peces y toda clase de animales. Podrá usted conservar sus trofeos, adornar su casa y ganar dinero disecando para otros. Pida folleto utilizando el siguiente cupón:

INSTITUTO JUNGLA. Sección MN
Apartado 9183 - MADRID
Deseo me envíen gratis su folleto informativo

Nombre
Calle
Población

Autorización Ministerio Educación núm. 27

personas siguen la corriente de este mundo como si no pudiesen hacerlo de otro modo. Hay una claridad en el libro que hace a todo lector amarle como si hubiese salido de su propia mente. Es amplio y delicado, espléndido y exultante. El autor se sintió feliz, sin duda alguna, mientras lo escribía.

Fué de lo más feliz cuando su héroe, en su regreso a casa para proveerse de un escudero, piensa en su vecino Sancho y le persuade a que se marche con él. No ha existido jamás un instrumento mejor para la ficción que el de estos dos hombres que ven las mismas cosas, pero las consideran de manera diferente. Y tanto es así, que Cervantes es tan igual en su cariño, que ninguno de ellos resulta desfavorecido ante nuestra visión. Cada uno de ellos es creado individualmente con un mundo propio, que el otro no debe aprobar, pero sí ciertamente aceptar como si realmente existiese y fuese creído como propio. Cada uno da al otro nombres, cada uno acusa al otro de estar loco, se pelean, disputan y permanecen silenciosos durante largos trechos. Insisten en que no se entienden el uno y el otro. Ahora bien; su mutuo amor aumenta cada vez más, hasta no ser más que un solo hombre.

Ambos tienen su patrimonio y su hogar; su realidad es algo que se nos comunica detalladamente. Don Quijote no tiene mujer ni hijos, pero no puede olvidar nunca a su sobrina, a su ama de llaves, a sus vecinos, y con él marchan todos ellos, aunque él piense que los ha dejado atrás. Único como es él entre todos ellos, no puede separarse de ellos, como no se puede arrancar el corazón del cuerpo o el aguijón de la avispa. Sancho Panza, naturalmente, tiene su familia, y por ello no quiere olvidar ni a la mujer ni a la hija a las que se le ha convenido que abandone. En realidad no las ha abandonado. Están constantemente en sus pensamientos, y de una manera culpable. El sentimiento de culpabilidad no es quizá completo en Sancho; si lo hubiera sido, habría aprovechado sus frecuentes amenazas de volverse a casa. Frecuentemente no es más que una excusa para censurar a su señor. Todo esto no quiere decir que olvide su casa y sus familiares, a los tanto quiere. Dos veces éstos se regocijan por verle volver a casa y él comparte su alegría. Y cuando gobierna la insula, nada le proporciona más alegría como el recibir la carta de su mujer, Teresa, en la que da noticias de Sanchica, su hija.

LA REALIDAD QUIJOTESCA

Esta realidad cotidiana no es la única realidad de Don Quijote, pero es quizá la básica. Es el terreno sobre el que descansan las otras realidades. Todo el «Quijote» no es más que una serie de aventuras o de conversaciones. De este libro no se puede decir que sea todo acción o todo disquisición. No es relato fantástico ni tampoco un diálogo filosófico. Sus acontecimientos son de profundo interés para el intelecto, y, por otra parte, sus disquisiciones resultan necesarias para el desarrollo de la acción.

Peligroso resulta exaltar la importancia de una a expensas de la otra, aunque más se pierda si se ignoran los discursos que si se pasan por alto los hechos manifiestos, esto tanto más cuanto que resulta difícil pasar por alto estos mismos hechos, hasta el punto de que algunas veces parecen constituir las únicas cosas dignas de recordarse por parte del lector. «Don Quijote», para el vulgo, no es más que la historia de un anciano loco que comenzó confundiendo unos molinos de viento con unos gigantes y continuó cometiendo innumerables disparates.

Ahora bien; esto no es lo que se descubre si se lee el libro con cuidadosa y continua atención. Entonces tiene mucho más valor el hombre que habla que el que actúa. Y el recuerdo final que queda es el de una voz, magnífica no sólo por sí misma, sino por la mente que la inspira, que uno no piensa volver a encontrarse de nuevo en ningún libro. La elocuencia de Don Quijote es única. Ningún otro héroe imaginario habla tan ricamente como él. Y esta circunstancia puede parecer extraña teniendo en cuenta lo que él deseaba ser, es decir, un caballero andante. Los caballeros de las novelas de caballería suelen hablar algunas veces amablemente, pero en la mayoría de las veces lo que hacen es cabalgar y luchar. Si Palmerín de Inglaterra, a quien el cura y el barbero colocaban en el segundo puesto, tras de Amadís de Gaula, constituye una excepción de la regla, la verdad es que resulta insoportablemente aburrido. Don Quijote que habla diez veces más que él, jamás resulta aburrido. El es un ha-

blador constante sobre los caballeros que han existido, observa más que ejecuta su papel, pero precisamente en esto estriba su encanto.

Un hombre que habla mucho, observaba el duque, no puede hablar demasiado. Se refería entonces a Sancho y ciertamente no era un cumplido, aunque realmente debiera serlo, pues cualquier buen lector aceptaría como maestro a Sancho, cuyos resonantes tonos se acomodan tan perfectamente a sus resonantes pensamientos, que hacen de todo el libro una obra musical, caracterizada por la profundidad y variedad de su sonido. El estilo de Don Quijote es quizá el más delicioso estilo de toda la literatura. Este hombre puede decir todo, sea largo o corto; conoce su camino como el genio que se abre paso a través del laberinto del lenguaje y del intelecto, y hay un aprendizaje interminable en su dominio. Nunca resulta excesiva su erudición, que algunos de sus interlocutores consideran en demasía, pero todos ellos le reconocen sutil y amplio.

Los hombres que le consideran y le creen loco se sienten desconcertados cuando cambian unas palabras con él y sacan muy poco partido de sus supuestas extravagancias. Naturalmente, resulta falso cuando hace referencia a la caballería; ahora bien, en las restantes materias se comporta como todo un caballero, como un hombre de amplia erudición. Es agudo y humano y evidentemente conoce a Aristóteles. Nunca se le ocurre a todas estas gentes que, porque sea justo en estas cosas, lo sea también en lo que respecta a la caballería. Ni tampoco se nos ocurre a nosotros, que le estamos escuchando noche y día desde que comenzamos a leer el libro. Las razones en nuestro caso son muy distintas. Su sabiduría ha dejado de ser inconsecuente con el resto de él, cualquiera que sea este resto. Nos hemos enamorado de tal modo de su manera de ser que hemos olvidado su postura. En cierto modo hemos perdido nuestro interés por la cuestión de su locura. «Si todos los hombres pudiesen hablar como él lo hace! El es el rey de su mundo y es quizá el rey de cualquier mundo que pueda imaginar. Cuando le vemos vestirse para una comida, sea en el palacio del duque o en el más mezquino mesón, nos damos cuenta de que desciende a dominar una mesa donde le esperan los demás tolerantemente. Será él quien determine los temas de conversación».

Su tópico preferido es el de si sus amados libros de caballería son ciertos o falsos. Y si lo son, y nos parecen reales, y nos deleita el leerlos, ¿cuál es el significado de nuestro deleite? ¿Son distracción o instrucción? ¿Creencia o superstición? El tratará este tema con todo el mundo; con el cura y el barbero, con don Vivaldo, el canónigo de Toledo; con don Diego y con su hijo, con el capellán del cura, seguro de que él está en lo cierto. Con el canónigo de Toledo la discusión gira sobre otros temas subsidiarios, tan diferentes como son la poesía y la historia y las diferencias que existen entre los lectores cultos e incultos.

Cuando Cervantes terminó su libro no hay duda de que debía pensar todas estas cosas sobre su héroe y otras muchas más. ¿Y qué deberemos nosotros pensar sobre su autor, qué deberemos suponer sobre cuáles eran sus ideas sobre todo esto? Es probable que su propio pensamiento se desenvolviese como él escribió y también es posible que su idea fuera simple y total desde el comienzo. Ahora bien, ¿cuál era esta idea? Si decimos que era una, una que absorbe todas las ironías que encontramos en Don Quijote, el juicio total resulta absurdo por su excesiva seriedad. Cervantes nunca pareció excesivamente serio. El es caprichoso, superficial, equivoco, como la vida misma. Su héroe es el hombre más solitario de la literatura y el más utilizado, pero Cervantes no parece desear que se le evite esto. Permite que se le lancen todas las críticas, que caigan sobre su cabeza toda clase de epítetos, sin que salga sentimentalmente en su defensa.

Podemos afirmar que Don Quijote es el más perfecto caballero que jamás existió, el único realmente que conocemos, pero Cervantes no nos pide nunca que lleguemos a esta conclusión. Insistiremos también en que al destruir los libros de la caballería andante, Cervantes la salvó también al crear un tema de la misma que podrá ser leído siempre. Podemos decir que no honramos y adoramos a ningún hombre en la literatura más que honramos y adoramos al amigo declarado de Sancho Panza, Cervantes, sin embargo, no le tributa tal honor y en nuestra presencia, por lo menos, tampoco tal adoración. Simplemente, le da vida. Quizá es la vida que nosotros debemos adorar, honrar, mirándole sencillamente y mirándole una y otra vez.

“ENCUENTROS” EN LA ORILLA DE LA LITERATURA

VICENTE ALEIXANDRE EVOCA A LOS ESCRITORES MAS FAMOSOS DE ESTE SIGLO

«LA POESIA ES COMUNICACION Y NO PUEDE EXISTIR EL POETA SOLITARIO SI QUIERE SER VERDADERO POETA»

WELLINGTONIA, 3. Meca de la poesía española moderna. Aquí vienen en emocionado jubileo escritores y poetas con sus primeras cuartillas y sus tímidos y temblorosos ensayos literarios buscando una orientación y un aliento. Varias generaciones de muchachos han traspasado, entre alegres y confiados, esa puertecilla de hierro, que da acceso al “Sancta Santorum” del poeta. Y han platicado en largas veladas con su morador. Vicente Aleixandre, en este novicio llanco y encalado que parece traído a esta zona suburbial de Madrid desde la mismísima Costa Azul, piedra a piedra. Tal es su alada y graciosa arquitectura.

Yo también, como un cualquier poetilla ilusionado he venido en esta tarde de otoño —ninguna época mejor para hablar del fenómeno poético— a la residencia del académico, a sorprenderlo entre sus lecturas a ver cómo le nacen las palabras, sobre todo. A evocar de paso una buena parte de la historia literaria de este siglo. El pretexto tiene nombre de libro. Título tan entrañable como “Los encuentros”.

Vicente Aleixandre es un hombre alto y rubio, con el rostro tostado. Da la impresión que el mar antiguo de Málaga corre por sus grandes ojos azules. Y un poco de pereza andaluza por sus manos largas. Al sol de esta tarde recuerda a aquellos duunviros romanos que cultivaban sus hortales al tiempo que repensaban los largos párrafos de sus discursos tribunicios. Vicente Aleixandre sale al encuentro, mientras un perro monta la guardia en el jardín. Cuando paso se encarga de hacerme las primeras zalemas, que juzgo como inequívocas muestras de reverencia.

Mientras tomo asiento tranquilo al perro para que me deje libre con una dialéctica familiar y persuasiva. Lo llama repetidamente: “Sirio” “Sirio...”

—Bonito nombre, le digo. El “chucho” me mira fijamente con sus acuosos y tiernos ojos rompiendo toda clase de hostilidades.

La presencia de libros y revistas en el jardín me ayuda a empezar.

—¿Cómo ha sido el escribir este libro en prosa?

Vicente Aleixandre, que espe-



raba la pregunta, se parapeta tras de una sonrisa.

—Sencillamente para dar testimonio de los escritores que he conocido en mi vida. Pensé que tendría interés el publicar esta sarta de semblanzas personales, acentuando, sobre todo, la personalidad espiritual del personaje trasluciendo el alma del hombre, corporeizando la obra literaria en el propio retrato del autor.

EL PASTOR DE ORIHUELA. DESPEDIDA EN LA CIBELES. EL SOLDADO DESCONOCIDO

Hace unos años, el editor Aguilar pidió a Vicente Aleixandre una semblanza del poeta español García Lorca para epilogar una edición de lujo de sus "Obras completas". El encargo quedó cumplido de mil amores mediante un acabado estudio lírico, en línea evocadora, de aquel momento en que se encontraron por primera vez los dos colosos de la lírica española. Al releer más tarde aquellas páginas de encendido recuerdo, quizá como premio a tan generoso y espiritual rasgo, una idea le fué y le vino a su autor. Reunir en libro todos aquellos "encuentros" con las figuras señeras de la literatura que, día a día, le fueron prendiendo la atención y encandilando los ojos.

—Así surgió este libro, que yo quiero cálido y entrañable.

—El reunir aquí, en una mezcla, escritores de distintos géneros, ¿quiere decir que usted los considera poetas de algún modo? El problema adquiere cierta radicalidad al tratarse de Azorín.

Se me va un poco por la tangente.

—Todo creador literario, en un sentido amplio, es un poeta. ¿Qué duda cabe que Cervantes era un gran poeta! En cuanto a la obra de Azorín trasmite poesía. Es, indudablemente, un poeta en prosa.

—¿Qué personaje le produjo mayor impresión?

Duda un momento el poeta.

—Unamuno, quizá. Aunque la semblanza que prefiero es la del único poeta que está en el libro sin haberlo conocido. Todos los demás los traté "de visu".

—¿Cuál?

—Antonio Machado.

Aleixandre conoció a Unamuno en 1927. Era presidente de un Tribunal de oposiciones. Al salir de la sala, por un azar, me quedé solo con él. El no me conocía. Y, sin embargo, no fué obstáculo para que diésemos un paseo por Madrid. Era gran conversador y amaba el monólogo. Habló y habló. Yo, que era, por mi parte, un buen oyente, le escuchaba sin pestañear hasta que, muy entrada la tarde, nos despedimos en la Cibeles.

—¿Habrían de poesía, supongo?

—Nada de eso. Estuvo hablando de política todo el rato. Con una interior e ingenua protesta por mi parte, que había ido allí a dar pábulo a mis impacencias líricas.

Vicente Aleixandre va contando su impresión personal de muchos de aquellos poetas y es-

critores, escenificando con sus gestos varias incidencias. Me llimito a puntarle algún que otro nombre importante.

—¿Su primer contacto con Miguel Hernández?

—Ocurrió en 1933. Me escribió una carta en la que me pedía un ejemplar de mi libro "La destrucción o el amor", diciéndome que no tenía dinero para comprarlo. Y firmaba así: "Miguel Hernández, pastor de Orihuela."

—¿Cómo sigue usted viendo su obra en el momento presente?

—Como la de un enorme poeta malogrado. La prueba está en que en el teatro, que es disciplina que requiere madurez, no consiguió nada definitivo.

Entre las páginas del libro se cuele una misteriosa semblanza que se dedica al "poeta desconocido". Ello tiene cierto encanto, ya que le puede servir al autor para quedar bien con cualquier escritor que se considere ausente. Aunque, efectivamente, el retrato corresponde a un poeta que no llegó a conocer.

—Fué un soldado de Huesca que me llamó por teléfono para decirme que había escrito dos poemas y que le habían costado un esfuerzo enorme. Me preguntaba que si yo escribía día y noche. Quería saber el secreto de mi fecundidad. Cuando le dije un día que vino a verme que para mí la poesía suponía una dedicación abnegada se marchó casi sin saludarme, terriblemente decepcionado. Debía tener una alta idea del poeta, quién sabe si como la de un dios al que todo se le da sin esfuerzo.

—En definitiva, ¿que semblanza prefiere?

Puntualizador y avisado o se cura en salud para contestar.

—Aparte la de Machado, guarda para mí gran riqueza emotiva la de Dámaso Alonso. También la de Segarra.

—¿Entre las de los escritores más jóvenes?

—La de Miguel Hernández, Julio Maruri, Bousoño, Gabriel Celaya. No quiere decir, en uno u otro caso, que sean mis poetas preferidos. Simplemente, que la fidelidad del recuerdo es más emocionada.

HISTORIA DE "UN" CORAZON

Vicente Aleixandre nace en Sevilla en 1898. Hay que precisar la fecha, pues anda trastrocada por libros y revistas. Aquel año nacieron también Lorca, Dámaso Alonso, Zubiri. Pasa la niñez en Málaga, donde, entre juegos y sueños, apresa la luz de la ciudad mediterránea para llevarla intacta, a años adelante, a "Sombra del Paraíso".

—Dicen los críticos que yo no soy un poeta andaluz porque no pertenezco a ninguna escuela. Creo que Andalucía tiene varias maneras de dar poetas, y una de esas maneras puede ser yo. Sé decir que si no fuera andaluz este libro mío—"Sombra del Paraíso"—no existiría.

En 1909, siguiendo una tradición de los poetas de la tierra que salen adolescentes de su lar para venir a Castilla—Juan Ra-

món Jiménez, Antonio Machado, Cernuda...—, llega a Madrid.

Vicente Aleixandre no es, por ahora, el clásico muchacho de provincias que mete en la maleta unos ensayos para probar fortuna en la carrera de las letras. Es sencillamente un chico despierto que va a hacer el bachillerato en un colegio donde abunda más el cálculo y la regla de tres que la retórica. Ni siquiera en las aulas, ya revueltas por distintas levaduras políticas y culturales, de la Universidad hará otra cosa que aplicarse a las "Pandectas" y a las "Decretales". A lo sumo, empezará a ser un devoto de Galdós, devorador de sus obras lo que no tiene demasiado que ver con el arte de hacer sonetos.

—Empecé a leer a Galdós muy pronto. He sido siempre un galdosiano empedernido hasta en la época del "purgatorio literario", que es el tiempo de la poesía pura. Entonces la novela realista no tenía buena fama. Y no me refiero sólo como tema, sino como técnica o dirección. No le quiero decir la alegría que me produjo la resurrección de Galdós en la estimación universal llevada a cabo algunos años más tarde.

A los dieciocho años lee a Rubén. Se lo presta un amigo de Facultad en uno de esos instantes en que ha de aguantarse un "relo" o consumir una espera. Y viene el deslumbramiento.

—La visita de la poesía fué para mí un rayo revelador, total.

Es entonces cuando, día a día y hora a hora, le prende en sus redes el fenómeno lírico. Escribe versos con frecuencia. Como un desahogo de su primavera, como una floración propia de la edad. Entretanto ha ido concluyendo la carrera de Derecho y la de Comercio. Y entra en una compañía de Ferrocarriles. Empezaba a trabajar.

—La primera cosa que apareció con mi nombre fué un artículo sobre el problema ferroviario en "La Semana Financiera".

—¿Cuándo publica sus primeros versos?

Sonríe. Levanta la mano como si quisiera detenerme.

—Espere, espere. Antes hay que pasar por una enfermedad. Ciertamente la suerte está echada. En la larga convalecencia crece el caudal de sus lecturas, el entusiasmo de su vocación. Y escribe sin parar.

—Claro está que yo, por tímido, no enseñaba a nadie mi poesía. Temía la sentencia anonadadora, el peligro de no decir todo lo que pretendía. No hacía otra cosa que rendir tributo a uno de mis pequeños postulados en el que considero la comunicación como el último acto de la creación poética.

Nada menos que la "Revista de Occidente" da a conocer sus primeros poemas en agosto de 1926. Unos amigos le indicaron la dirección de la fama.

Al verano siguiente le hace su primer libro, que, editado por "Litoral" en Málaga, se ha de llamar "Ambito". Es el eslabón de la cadena 1932. "Espadas como labios". Una poesía de nuevo cuño invade el ambiente español

basculante entre los sinfónicos trenes de Rubén y las lejanías difuminadas del doliente Juan Ramón. El modernismo ultima sus fulgores languidecientes en coletazos de dragón herido. Vicente Aleixandre se pone de moda en los cenáculos de Madrid. El Premio Nacional de Poesía otorgado el año 1933 a su libro "La destrucción o el amor" lo confirma. Y una nuéva era se abre para la juventud literaria española. El surrealismo ha empezado a hacer de las suyas. Vienen más tarde otros libros: "Pasión de la tierra", en 1935; "Sombra del Paraíso", en 1944; "Mundo a solas", en 1950; "Nacimiento último" e "Historia del corazón"...

Entre un libro y otro, entre su soledad y su esperanza, mientras hace la "Historia del corazón", es elegido miembro de número de la Real Academia de la Lengua.

—¿Cuál de sus obras prefiere?

—El poeta debe sentirse solidario de todos sus libros porque todos le han intentado representar. Es ésta la única modestia del artista. Una valoración ética, más que estética. De mis libros hay algunos que me descontentan menos. Son los publicados en los años 34, 44, 54. Ya lo habrá adivinado usted.

Según mi cuenta, son: "La destrucción o el amor", "Sombra del Paraíso" y "Historia del corazón".

"LA POESÍA ACTUAL TIENE UN ABSOLUTO VALOR POSITIVO"

Llevamos hora y media de conversación amparados bajo una pergollilla, en el jardín de la casa. Vicente Aleixandre se ha puesto en varias ocasiones el brazo sobre los ojos para evitar que el sol radiante y lento de este otoño le deslumbrara. Hace un rato nos hemos levantado y hemos echado los pies a pasear por la tierra mullida. De vez en cuando "Sirio" nos ha vuelto a obsequiar con una zalema, plantándose con sus grandes ojos delante de nosotros como un centinela. Hasta que las sombras cayendo despacio, nos advirtieron de lo avanzado de la hora.

—Oigame, don Vicente, de todos es sabido su decisiva influencia en la poesía española del siglo actual. ¿Cree que ha podido resultar perjudicial?

—La influencia del poeta es de varios órdenes. Hay imitadores (que se les reconoce como tales) y discípulos (que muy pronto dejan de parecerlo porque en seguida ostentan su propia personalidad). Lo que quiere decir que una influencia nunca es esterilizante si el poeta está dotado, y lo más grato para el poeta que influye es contribuir a formar no remedadores, sino auténticas personalidades.

Algún crítico ha dicho que el poeta que a los treinta años no ha dado su talla lírica nada o muy poco tiene que hacer ya. Se lo pregunto un poco cautamente.

Contesta con diáfana claridad para que nadie se llame a engaño.

—No lo creo. Cuando el poeta



El perfil del poeta sorprendido por el fotógrafo en su cuarto de trabajo

ha dejado de ser la voz del joven es natural que se produzca una crisis, que se resuelve consecutivamente, dando paso a la voz del hombre. Claro es que hay poetas que se quedan en la voz del joven...

Suena un "claxon" cercano. Vicente Aleixandre se lleva instintivamente las manos a los oídos para atenuar el ruido. Entre tanto le he preparado una pregunta, puede que algo comprometida, pero que él como nadie puede contestar.

—¿Cómo ve la poesía de la posguerra?

Acusa el impacto con serenidad. Pero me hace la salvedad de que prescindirá de dar nombres por obvios motivos.

—Creo en el absoluto valor positivo de la poesía actual. Tiene una gran riqueza. Y se destaca por haberse situado en una "posición de conciencia". Hace veinte años predominaba la poesía de tipo sensorial. Hoy, en cambio—y ello es una fortuna—, domina el sentimiento y el pensamiento, evidentes en el elemento moral de esta poesía realista actual.

—¿Ha dicho usted que es una fortuna...?

—Ciertamente. Yo siempre he pensado que la poesía es comunicación. Por eso no existe el poeta solitario ni puede existir si quiere ser verdadero poeta. La poesía supone, por lo menos, dos hombres. Uno, el poeta. Otro—éste puede ser legión— el lector. Ya que en su sentido profundo, toda poesía es esencialmente multitudinaria, al menos en potencia. O no es poesía.

El poeta me arrastra a un rincón estratégico del "parterre" para presenciar una puesta del sol. Solemnes como una ofrenda mítica se dispersan los rayos allá por la línea de los montes.

—¿Cuál es la dirección más definida de los movimientos poéticos actuales?

—El hombre. La poesía de hoy es más humana que nunca. Tiene la preocupación temporal como uno de sus grandes motores.

—Según eso, ¿qué es la poesía para usted?

Se dispara rápido.

—No es cuestión de fealdad o hermosura, desde luego. Cada vez he ido sintiendo más firmemente que no consiste tanto en

ofrecer belleza cuanto en alcanzar comunicación con los hombres.

El final tiene algo de resumen. Desde su madurez y magisterio, Aleixandre puede aclarar con un solo matiz, definir con una sola tildé, los movimientos poéticos que ocupan la actualidad literaria. No hago sino irlos nombrando uno por uno para que él diagnostique.

—¿Poesía social?

—La poesía social es un enbrme tema. Creo que es legítimo el intento, siempre que se trate con la autenticidad que requiere. No se olvide que los poetas sociales vierten su conciencia creadora en tales formas que llevan un hondo motor moral.

—Pasamos tema.

—¿Poesía universitaria?

—Tiene un panorama esperanzador.

Aunque no quiere dar nombres manejamos los de Carlos Sahagún, Claudio Rodríguez Ferrán, etc.

—¿Poesía tremendista?

Aquí el ritmo se quiebra. Vicente Aleixandre confiesa que no acepta tal nombre por considerarlo caricaturesco.

—Ser fiel a una realidad—me dice—no es "tremendismo".

Lo que quiere decir que la poesía española ha entrado por buenos caminos.

—¿Qué región de España tiene mejores poetas?

Aprieta los labios para precisar la respuesta:

—La poesía no se caracteriza regionalmente. Aunque los poetas del Norte son muchos y de buena calidad. Poetas que hace veinte años casi no existían.

Ayudo y refresco la memoria del lector. Los poetas del Norte se llaman José Luis Hidalgo, José Hierro, Julio Maruri, Manuel Arce, etc., etc.

Ha llegado el final. Vicente Aleixandre acaricia a "Sirio" mientras yo comienzo a subir la escalerilla de la puerta de entrada. Juntos los dos, contra la claridad del Poniente, componen una estampa de la soledad. El poeta está en su "mundo a solas".

Del que puede salir cualquier día a la caza de cualquier encuentro...

Florencio MARTINEZ RUIZ
(Fotografías de Mora.)



VIJAYA LAKSHMI PANDIT, PRIMERA EMBAJADORA DE LA INDIA EN MADRID

"ESPAÑA ES UN GRAN PAÍS QUE CONOCEMOS Y ADMIRAMOS"

GANESA es un dios hindú de vientre abultado. Ganesa es un dios brincón y saltarín. Algunos le llaman Ganapati. Tiene trompa de elefante y danza, danza, danza, con sus "ganas" espectrales en un círculo de llamas en torno a Natesa que es una de las formas del dios Siva. Mientras Ganesa danza y danza, brinca y salta, aparece temible. Con la trompa enorme de elefante precediéndole, aparte los obstáculos. Las noches de luna nubarrrosa u oscurecida nadie hay tan poderoso como él en la imaginación de los hindúes. De él cuenta y no acaba el más viejo indio de cada familia, que sabe de esa danza eterna de Ganapati en torno a Siva, el dios destructor, el dios penitente también, por los días de los días agitado en su danza entre las llamas.

Ganesa, decimos, es uno de los más populares dioses de la India. Los "saivas" adoran a Siva. Los "Vichnawas" a Visnú. Ganapati es un dios, sobre todo, popular desde las regiones montañosas de Assam, hasta el fértil valle de Cachemira, desde la "jungla" al desierto.

Todos estos nombres, como Ganesa el del vientre abultado, danzan ahora en nuestra imaginación una fantástica danza. La India, el país lejano, es para nosotros un país de aventuras. Quizá hayamos pasado demasiadas horas con los tomos de Salgari debajo de los ojos Rudyard Kipling, tiene también su parte de culpa. El caso es que la India se despierta en nosotros —esa India juvenil, aprendida en las novelas y en la geografía— con todo su abigarrado colorido, con todo su fantástico en-

canto, frente a esta dama vestida con un "sahri" color malva. Frente a esta dama india que ha de representar oficialmente a su país en España. La embajadora Vijaya Lakshmi Pandit.

LA PROTEGIDA DE VISNÚ

La señora Pandit es pequeña, menuda. Tiene la mirada, las manos y la voz sumamente dulces. Nos ha recibido de pie. Luego ha sonreído. La tela del "sahri" es tenue, y el color malva del tejido queda empalidecido a veces por las luces amarillentas de las pantallas que le dan reflejos lívidos.

Quieta, la señora Pandit dibuja esa inclinación graciosa a la que nos acostumbraron los artistas orientales en las estatuas femeninas.

En movimiento, la embajadora adquiere, en cambio, acción y energía. Una energía que nos habían callado, doros y resenas al habernos de la mujer india. Una energía que no es resignación ni pasividad, sino intención y camino.

—No quiero que se llame a esto una entrevista. Simplemente se trata de familiarizarnos mutuamente. La Prensa y yo. Yo y la Prensa.

Es una manera suave y encaz. Una manera discreta de romper el hielo. Habla y junta las manos en un gesto peculiar. Bajo el pelo encanecido, tras su etérea, se dibuja una mujer joven y fuerte. Vijaya Lakshmi Pandit—la protegida de Visnú quiere decir su nombre—no es una mujer corriente. Basta muy pocas frases para dejarnos convencidos de su habilidad.

Ocurren esas frases triviales hasta "coger el hilo". Ella teje y desteje evitando el nudo desagradable.

—Ya he visitado Madrid. El Prado, naturalmente, no ha faltado en mi itinerario.

Confiesa con sencillez que no le gusta la pintura moderna.

—¿Qué le voy a hacer! No la entiendo. No me dice nada.

TRAS LA RUFA DE GHANDI

La señora Vijaya Lakshmi Pandit nació el 18 de agosto de 1900 en Allahabad, en Uttar Pradesh. Cincuenta y ocho años de vida tensa que se reflejan en la mirada limpia, en el gesto depurado.

La señora Pandit mira de frente. Fija la vista con insistencia.

—No, no entiendo la pintura moderna. En cambio, disfruto con la literatura actual. Quizá porque me interese más directamente. Ahora mismo estoy leyendo la obra de Pasternak.

Ella, embajadora durante dos años en Moscú—de 1947 a 1949, exactamente—, ha debido conocer la obra del primer escritor ruso a través de una edición occidental. Ironías de la vida.

—Es magnífica.

Recordamos que quizá sea a través de la literatura precisamente por donde los españoles admiramos la India. ¿Cómo se conocerá a nuestro país entre la multitud inquieta de Calcuta, en las calladas montañas, en Célán? Será también un país de leyenda.

—Para la gente de la calle ningún otro país significa nada ni le inquieta. Cuando se habla de conocimiento de un país, debe uno referirse a una minoría selecta. En España, en la India, en donde quiera que sea, la inquietud y el conocimiento de otro país está en ese grupo.

No es, pues, del paseante de Bombay, ni de la multitud de Calcuta de quien hay que hablar, sino del grupo.

—En este sentido, en la India se tiene interés por España, conocimiento de ella y admiración. España es un gran país.

En esta nueva India, independiente, en esta India que se contorsiona y disloca a lo largo de



«Cuando se habla del conocimiento de un país, debe uno referirse a una minoría selecta», dice la embajadora

nuestro siglo para salir del letargo, para engrandecerse, ha habido un credo político que marcó y sigue marcando la ruta.

—El de Gandhi.

UNA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE LA INDIA

Vijaya Lakshmi llegó al grupo que regía el movimiento nacio-

nalista de su país, al igual que su familia, influida por Mahatma Gandhi.

El padre de Vijaya Lakshmi, prestigioso abogado, había educado exquisitamente a sus hijos, especialmente a esta hija que



La embajadora de la India, con nuestra redactora, en un momento de la entrevista

dentro de los muros de su casa, dirigida por tutores, recibió una completísima educación. Más tarde, en 1921, la había entregado en matrimonio a un hombre notable: Ranjit S. Pandit, del cual Vijaya habría de tener tres hijas: Chindraleqa, Nayatara y Rita.

Chandraleka quiere decir Luna Creciente.

Nayatara tiene el reflejo de la Estrella de la Mañana.

Rita equivale a Verdad.

Sin embargo, Luna Creciente, Estrella de la Mañana y Verdad no fueron obstáculos sino aliciente del camino de Vijaya Lakshmi.

El Pandit Motilal Nehru, padre de Vijaya Lakshmi, fue el primero en abandonar su abogacía para seguir de cerca y activamente al Mahatma Ghandi. Dos veces le vieron los ojos de los suyos elegido Presidente del Congreso Nacional de la India. Dos veces, y tres y más cayeron lágrimas de aquellos mismos ojos por su encarcelamiento.

Los pros y contras de la política nacional se dejaban sentir en la familia Nehru.

La silenciosa rueda de Ghandi hilaba un hilo lento con mucho segura. La cabeza monda y brillante del pacifista. La camisa blanca sobre la piel cetrina. La mano huesuda guiando un hilo fino de lana que descendía sobre su cabeza hasta los dedos, mientras la rueda giraba, giraba.

El mundo entero estaba pendiente de este giro. Sobre la rueda había un emblema. El dibujo era ingenuo. Pero el lema decía: "Los hindúes unidos."

CARCELES Y EMBAJADAS

Esta dama sonriente, de mirada franca, no tiene en su rostro otra rastro que el de la serenidad.

Las ideas políticas de Ghandi son las que hoy en día cuentan en la India.

Es como si esta mujer no hubiera sufrido. Como si hubiera vivido la misma vida quieta que para ella preconizaron sus antepasados. Pero ella, madre y esposa, tuvo que lanzarse a otras lides más borrascosas.

Su activa vida política la con-

duce en 1931 a la cárcel durante un año. Un cambio de suerte política, y la señora Pandit es elegida para un cargo directivo del Municipio de Allahabad, y más tarde Presidenta del Comité de Educación, presidencia que desempeñó por dos años.

Una nueva baza en este enorme póker. Nuestra embajadora prosigue su carrera pública. Es el año 1936 y se celebran elecciones generales bajo el Gobierno de la "India Act" de 1933. Vayya Lashmi Pandit obtiene una gran mayoría de votos, y por primera vez en la historia de su país una mujer sube hasta el puesto de ministro. La correspondió entonces la Cartera de Gobierno y Salud Local.

La afición a la política de la hija del Pandit Motilal Nehru, de la hermana del actual jefe de Gobierno de la India, debió de ser cosa temprana y espontánea.

—Efectivamente, lo fué. De siempre me interesó la política, pero puede decirse que no tomé parte activa, con un programa definido hasta mis treinta y dos años.

Es la época de su primer encarcelamiento. La época en la que Vijaya hila el mismo hilo político de la rueda recién descubierta de Ghandi. Para el segundo encarcelamiento ya la señora Pandit ha adquirido experiencia. Sabe que además hay que estar preparada cada vez más y más. Penetra todos los aspectos. Se ocupa de la economía, de los problemas sociales de su país. Ya desde su puesto de ministro las delicadas cuestiones de la Salud Pública la han reclamado muchas horas de estudio y trabajo.

Sin embargo, llega la cárcel otra vez. En 1941, durante cuatro meses, y en 1942 otros once meses, la hoy embajadora vive prisionera. Son meses amargos, llenos de horror. En este mismo período, mientras ella sigue encarcelada, muere su marido, otro mártir de la libertad india, de una enfermedad adquirida durante un largo período de prisión.

TODO ES "MAYA"

Aquello pasó. Los hindúes saben que la vida siempre opondrá a una gran ilusión una gran desilusión. Que toda felicidad tiene su dolor. Y al revés. Todo es "maya".

Algo de toda esta concepción de la vida, de esta filosofía del equilibrio del dolor y la felicidad impregna la biografía de la señora Pandit escrita por ella misma. "El alcance de la felicidad".

—El hombre puede empezar a ser feliz cuando, olvidándose de sí mismo, se dedica a algo superior.

Ha dicho la señora Pandit. Puede que este "algo superior" esté en la política. ¿Oriente u Occidente?

—Nada de eso. El "algo" superior es precisamente la paz del mundo.

Ni Oriente ni Occidente pues.

—Esos son antiguos esquemáticos. Sobre ellos hay que plantear al-

UN PORVENIR SIN TEMORES

ES un paso más en el gran camino de las realizaciones sociales que sigue nuestro país, pero es un paso, sin duda, histórico, que cancela siglos de incompreensión y de abandonos observados ante el obrero agrícola Regimenes de todos los tiempos y de la más varia significación han sido sordos y ciegos ante el vasto, complejo y decisivo problema de la seguridad social en el campo. Le cabe al Régimen español la honra de haberse enfrentado con ese problema secular con vistas a su solución verdadera, justa y definitiva.

La reciente creación del Servicio de Seguridad Social Agraria por el Ministerio de Trabajo constituye una de las más positivas y revolucionarias aportaciones para alcanzar esa meta. En los años, e incluso en los meses inmediatos, este Servicio va a aplicar de una manera total y decidida la política de seguridad social en el amplio y variado campo español. Como ha dicho el Ministro de Trabajo, será el artífice de los planes precisos para lograr un porvenir sin temores en el trabajador campesino. Y la consigna que ha recibido es la de alabar estos planes a ritmo vivo e inmediatamente después iniciar su implantación de un modo efectivo, dinámico.

La seguridad social, que es una conquista de los últimos quinientos, al menos desde un punto de vista práctico, y por lo que concierne a nuestro país, ofreció siempre un flanco dubitativo, de consecución incierta. Era el flanco, ya se sabe, de la seguridad social del trabajador campesino. La misma estructura económica de la agricultura, los sistemas de

producción que forzosamente han de seguirse muchas veces, los cambios bruscos e incluso imprevistos en las explotaciones y en los módulos de cultivos, y la falta de una continuidad laboral asegurada, motivada en muchos casos por dificultades insoslayables, parecían negar las condiciones necesarias para su implantación.

En cierto modo, ello explica que ante este gran problema se hayan adoptado actitudes más bien temporizadoras, expectantes. La seguridad social en el campo fué hasta ahora un deseo fervorosamente sentido, aunque, desde un punto de vista positivo, muy poco más que eso. En nuestro país la seguridad social era, en general, hasta el advenimiento del Movimiento Nacional, casi sólo una simple formulación teórica.

El camino recorrido por España desde la Liberación hasta hoy en el campo de la previsión social es extraordinario. Se ha logrado implantar un sistema de seguridad social que ampara, protege, ayuda y forma culturalmente a millones de trabajadores, técnicos y funcionarios españoles. Se ha alcanzado una meta que en épocas que están todavía al alcance de nuestra mano semejaban meras utopías. En esta gran realización la simultaneidad absoluta era ciertamente imposible. Por ello, la aplicación de la seguridad social en el campesinado español esperaba su hora propicia, esta hora que acaba de llegar. La creación del Servicio de Seguridad Social Agraria es, a no dudarlo, su primera manifestación.

go más actual. Si tornamos siempre a la dualidad Oriente y Occidente...

Es como si la señora Pandit creyera en la paz mundial.

—¿En la paz del mundo? Bueno, no! Esa es una utopía. Siempre habrá perturbaciones, siempre habrá peligros y quizá recaídas. No puedo creer en una bobalicona paz mundial. Pero sí creo que todos nos debemos a esa paz.

¿Fórmula? La vieja fórmula de Ghandi otra vez.

IGUALDAD SOCIAL Y LEGAL DE LA MUJER INDIA

Quedamos en que la señora Pandit tenía tres hijas. Quedamos en que tenían unos nombres bellos, poéticos y difíciles.

Pues bien, ella que tenía estas hijas, un hogar, una familia, lo ha sabido conjugar perfectamente con la vocación política y su dedicación a la patria.

—En la India hay infinidad de mujeres que estudian, trabajan y se ocupan de algo más que la casa. Su situación social y legal es perfectamente igual a la del hombre. Crece el número de estudiantes en todas las más. Tenemos abogados, químicos, economistas femeninos igual que secretarías y empleadas de todas clases.

He aquí la vieja idea que cae.

—Desde luego, que el matrimonio es el interés principal de la mujer, como en todas partes. Pero ya la India se ocupa de otras cosas y tiene intereses más amplios.

Antes las mujeres permanecían recluidas en el interior de las viviendas. Sus condiciones de vida eran infames. En los oscuros recovecos de sus habitaciones pululaban los mosquitos de la fiebre. La mortalidad femenina era, por tanto, elevada; tanto así, que los porcentajes medios en 1926 daban 944 mujeres vivas por cada mil hombres. De aquí los consiguientes problemas de matrimonio.

Entre las muchas costumbres matrimoniales erróneas que están en vías de desaparecer de la India, una de ellas es la de los matrimonios infantiles, antes tan difundidos, que hace unos treinta años las cifras arrojaban más de dos millones y medio de mujeres casadas con menos de diez años de edad.

Esta costumbre de los matrimonios infantiles sólo se practica ya escasamente entre castas muy bajas. En las clases sociales altas el matrimonio es afectivamente tan de rigor, que sólo aparta de él la enfermedad o el voto religioso. Pero se celebran a edades parecidas a las que acostumbra los occidentales.

EN LA INDIA HAY MENOS DIVORCIOS QUE EN EUROPA

El hogar de la mujer hindú se ha ampliado actualmente. Ghandi se dijo protector de la mujer.



El nombre de la embajadora es Vijaya Lakshmi Pandit, y significa «Protegida de Visnú»

Ghandi se dijo defensor de sus derechos. Por ejemplo, en el matrimonio disminuye la poligamia.

Así como el mahometano tiene delimitada la cantidad de mujeres legítimas, no así el hindú. El hindú puede tomar tantas cuantas quiera. Antiguamente muchos hombres tomaban cincuenta o sesenta esposas, de las que no solían volver a ocuparse.

Estos abusos han terminado desde que la ley prescribe que hay que alimentar y mantener a la mujer.

Con todo, el divorcio es muchísimo menos frecuente que en Europa. Teóricamente el matrimonio se considera indisoluble, aunque en la práctica no lo haya sido, sobre todo entre algunas castas inferiores del Norte y algunas del Sur.

Es más: las leyes hindúes prohíben a la mujer volverse a casar (este sistema es rechazado por muchos hindúes y hay una tendencia a la condescendencia social).

Los "budistas", los "jainas" y los "síks" rechazan de plano este sistema. Otros lo siguen aceptando. Aún quedan en la India más de un tercio de millón de viudas de menos de quince años. ¿Cuál será el destino de estas muchachas?

Sea cual fuere, no ha de ser el que solía. Lejos están las viejas piras funerarias en las que, en medio de la "jungla" ardía junto al cadáver del marido la joven esposa, que no debía sobrevivirle. Que debía lanzar exclamaciones de gozo por poder seguir a su señor en el tránsito.

LA ESTAMPA DE HOY

Estas estampas semejan trasnochadas cuando se comparan con la vida real y sin mixtificar por la tenyanda de la embajadora de la India en España. Una mujer de una carrera política tan sorprendente como no la ha tenido ninguna mujer occidental. Desde que en 1944 dirigió la representación india en la Conferencia de Relaciones Pacíficas en Hot Springs (Virginia), su carrera ha sido vertiginosa. Su voz se dejó oír en las Naciones Unidas sobre la independencia india, y en 1946 preside la primera Delegación de la India libre en las Naciones Unidas, cargo en el que continúa durante cinco años.

Embajador de su país en Moscú, en Washington; miembro del Parlamento indio en 1952, y en este año preside la Misión de Buena Voluntad de su país a China.

En 1953 fué elegida nada menos que Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

La señora Pandit tiene la voz, las manos y los ojos dulces. En su vaporoso "shari" malva, parece una estatuilla antigua, una graciosa "antiquite".

Pero esto es sólo una broma gastada al Occidente.

Maria Jesús ECHEVARRIA

DON JUAN TENORIO EN EL BANQUILLO



EL TRIBUNAL DE LOS «SIETE» (MEDICOS, ESCRITORES, ARTISTAS Y CRITICOS), DICTA SENTENCIA: I N O C E N T E

NO hubo ujier que llamara en el vestíbulo con la frase protocolaria de «¡Audiencia pública!». Media hora antes de empezar la vista de la causa contra Don Juan Tenorio, contra el más discutido personaje literario o real de todos los tiempos, el público llenaba por completo las casi dos mil localidades del teatro Lope de Vega de Valladolid.

En el patio de butacas, chicas guapas, universitarias, entre mucha gente seria. En los palcos, señoras en confidencias. Más arriba, por las alturas, la algarabía de siempre, la gente recién escapada de la Facultad, todavía con los libros bajo el brazo. Un público varlopinco y jovial que no tenía sitio en las butacas y se desbordaba por los pasillos, sentado

alegremente a la moruna o cabalgando en los antepechos de los palcos.

Bullicio, comentarios, ríos de localidades reservadas y chicas que tienen que quedarse en pie al lado del acomodador, que se encoge de hombros y se va. El Lope de Vega ha resultado insuficiente. Nadie esperaba esta avalancha de público. La vista de la causa con-

tra Don Juan quisieron los muchachos del T. E. U. celebrarla en el aula máxima de la Universidad. Pero la demanda de entradas hizo que se pensara en este otro local. Y tampoco.

La sorpresa ha sido sobre todo con las mujeres. Nadie contaba con que se iba a despertar su interés de tal manera. Las chicas que asistieron a la primera sesión

del juicio, a la segunda y tercera llevaron a sus amigas, y en la última, en la que se emitió el veredicto sin apelación de «inocente», formaban ya multitud, casi agrupadas en bando contra las protestas tumultuosas del otro sexo. El tema Don Juan, al fin y al cabo, es siempre cuestión de faldas.

—Va a dar comienzo el juicio



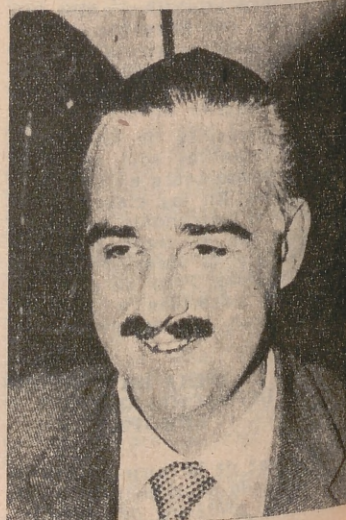
VICTOR G. AYLLON



DOCTOR VALLEJO NAJERA



DOCTOR CORTEJOSA



ALFONSO PASO



SANTIAGO MELERO



ANA MARISCAL



ALFREDO MARQUERIE

literario contra el llamado Don Juan Tenorio, inculpada de los delitos de...

Don Emilio Alarcos, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid, ocupa el puesto de presidente del Tribunal. Tiene a un lado al catedrático de Historia del Arte, don José María Azcárate, y al otro al joven Francisco Cid Escobar, secretario del T. E. U., organismo promotor de este original proceso, cuando Don Juan está de nuevo en los escenarios españoles fiel a su cita de otoño.

—Tiene la palabra el abogado don Francisco Espinosa.

El perito llamado a informar ocupa su escaño. Frente a sí, los veintitrés miembros del Jurado, once mujeres y doce hombres; a un lado, la defensa; al otro, el ministerio fiscal. Sobre el decorado feúcho que cierra el escenario del Lope de Vega, un retrato de Zorrilla con melena, barba y bigote, vela severo por la legitimidad del proceso. En el centro, en el banquillo de los acusados,

un sombrero chambergo, una capa y una espada: Don Juan.

Como buen jurista, el señor Espinosa comienza planteándose el problema de situar en su época al Don Juan de Zorrilla para así poder encausarle con justicia. La razón está en aquello que decían los latinos de «nullum crimen, nulla poena sine lege». Pero el problema está en saber qué leyes. ¿Por las de Toro? ¿Por las Pragmáticas del Reino? ¿Por el Fuero Real? ¿Por las Partidas?

Don Juan es reo de un delito penado con fuerte multa al retener a su contrincante Don Luis. Delinque también al atentar contra la honestidad de Doña Ana de Pantoja y al raptar a Doña Inés, fechorías ambas castigadas con la muerte, según las Partidas.

—Don Juan es un indeseable y un ser indigno de vivir en sociedad.

—Don Juan es un vago, un ser que muestra un innato sentido de oposición ante todo orden establecido y que representa todos los valores negativos de holganza

—puntualiza por otra parte don José Manuel Infantes, también abogado, con quien se muestra de acuerdo el catedrático de Filosofía, señor Díez Blanco.

—Don Juan es un ser perverso que llega hasta el crimen dando muerte a Don Gonzalo y a Don Luis—acusa don Pedro Gómez Bosque, catedrático de Anatomía, que en su informe se manifiesta en extremo rigorista e implacable.

La defensa, con la venia de la Sala, interviene. La defensa está encomendada a Víctor Gómez Ayllón, redactor jefe del diario «Liberiadi», quien niega que Don Juan fuese un asesino, pues si dió muerte al Comendador y a Don Luis lo hizo para evitar su propia muerte.

Hay signos de aprobación en parte del público que llena el teatro. La cuestión legal de la legítima defensa es algo que siempre apasiona. Y más cuando esta defensa se realiza a pistoleta y espada, en la escena que todos tienen viva en la mente, aunque sea a pistoleta de petardo y espada con bola.

El mismo punto de vista del defensor de Don Juan es el que expondrá más tarde el crítico teatral Alfredo Marquerie.

—Este juicio contra Don Juan —dirá Marquerie—debió haber sido levantado contra el Comendador, que es el auténtico personaje «malo» de la obra de Zorrilla.

La escena en la villa del Guadaluquivir entre el Comendador y Don Juan es para Marquerie el reverso del anverso de otra escena inmortal del teatro español, la de Pedro Crespo en «El Alcalde de Zalamea» arrodillado ante el capitán que ha violado a su hija». Este parangón revela cómo el sentido del honor en el siglo de Zorrilla era más riguroso que en el XVII, fecha del drama calderoniano. En la mentalidad del siglo XIX, el Comendador, sin tener ni mucho menos a su hija violada, no sólo no se humilla ante el burlador como Pedro Crespo, sino que teniendo a Don Juan «de rodillas y a sus pies» sólo exige la muerte como pago de su afrenta. Don Juan le da la muerte, pues, en legítima defensa. lo mismo que a Don Luis.

Respecto al rapto, Marquerie defiende la tesis de que don Juan no lo realiza movido por ganar la apuesta a Don Luis, sino para casarse con Doña Inés, puesto que ya entonces ha surgido en él un vivísimo amor platónico.

—Hay una frase que es clave en el decurso de todo el drama. Es cuando Doña Brígida, en la escena de la calle sevillana, dice a Don Juan al verle enamorado: «Yo os creía un libertino sin alma y sin corazón».

A partir de este momento, en la psicología del protagonista se va operando un gran cambio que culmina en un arrepentimiento profundo. Pero quien no se arrepiente, quien muere en pecado mortal y por ello va al infierno, es el Comendador, personaje de un maquiavelismo tal que llega incluso, en la escena del cementerio, a ofrecer amistosamente la mano a Don Juan para arrastrarle tras él.

—La obra «Don Juan Tenorio»

EN LA PRIMERA LINEA

CUANDO los físicos más preclaros de la época se reunieron en París—de esto ya va para tiempo—y acordaron la definición del sistema métrico decimal se frotaron las manos, se dieron palmadas, se pusieron satisfechos porque creían que ya de una vez iban a poder medir exactamente el mundo.

Pero se equivocaron.

El mundo, esos cinco Continentes, esas centenas de naciones, esos millares de provincias, esos millones de poblados, tiene la extensión que los hombres quieren que tenga. Nada de kilómetros, de pies, de millas o de hectáreas; nada de sistemas de medida. El mundo es tanto más grande cuanto los hombres vayan a descubrirlo, a analizarlo, a transformarlo.

Hoy, la Unesco como un nuevo almirante conquistador de Indias, ha llamado a los hombres de los países de buena voluntad y los ha lanzado por las tierras necesitadas a descubrirlas, a enseñarlas. La palabra «experto» ha tomado carta de naturaleza, más que nada, porque así se designa a los técnicos que, a través de los planes de la Organización, marchan a zonas menos desarrolladas para sembrar allí sus conocimientos, sus experiencias y, lo que es mejor, sus buenas intenciones.

Y entre esos expertos hay, en primerísima fila, nombres españoles. España ha servido, por ejemplo, como modelo de soluciones para escuelas de Enseñanza Primaria y para ayudas profesoriales en la América española; de nuestras filas universitarias y profesionales han salido estadísticos que han dejado inigua-

lada constancia de su saber y de su eficacia en Universidades, en zonas o en lugares donde era necesaria una aportación científica para planes de elevación de vida; países «menos favorecidos» han gozado de la labor de expertos en asistencia técnica formados en las Escuelas o Facultades de nuestra Patria; en el estudio de zonas áridas han sido investigadores españoles de nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas los que han señalado las mejores y más oportunas soluciones —Túnez y Marruecos, precisamente, han sabido con gran intensidad de sus conocimientos—; autoridades en materias orientalistas han constituido nexo y unión para la comprensión de las culturas milenarias.

Este es, en menos de cincuenta líneas, el apretado balance de la aportación española a la cultura del mundo. Cuando el 3 de noviembre, a las 15,30 horas exactas, el director de la Unesco daba las gracias a los países miembros, en el aire estaba la especial distinción para España.

España ha trabajado y ha aportado su esfuerzo, su preparación y su valía en los programas de la Unesco, en esos programas que significan decoro y elevación moral y material del hombre. España ha contribuido y con ella, cada uno en su medida, los demás países miembros. Por eso hoy el mundo es mucho más ancho y mucho más largo que creían aquellos físicos de buena fe cuando trataban de definir el metro como «la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre».



Veintitrés miembros integraron el Jurado que se mostró a favor de la «inocencia» de Don Juan: once mujeres y doce hombres

—Termina Alfredo Marquerie— además de ser una exégesis del mito ibérico del burlador, sitúa, emplaza, enfrenta dos expresiones españolas que, desgraciadamente, han sido clave crucial en toda nuestra Historia: la intolerancia y el fanatismo frente a la comprensión para el cristiano arrepentimiento sincero, encarnada en ella por el Comendador y la segunda por Don Juan. Por eso, la obra de Zorrilla es doblemente hermosa.

EL ENFERMO

Cuatro médicos han informado en el proceso de don Juan Tenorio seguido en Valladolid. El doctor don Pedro Gómez Bosque lo calificó de «delincuente existencial» que se mueve entre el mundo criminal y el sentimiento recto de vivir situándolo así de una manera concreta en el plano ético y legal. Don Nemesio Montero, fiel a su calidad de médico puericultor, enfocó la faceta de los supuestos hijos de Don Juan, entre otras no menos picantes, de suerte que sólo los doctores Vallejo Nágera y don Leopoldo Cortejozo informaron en el proceso desde un punto de vista puramente clínico. Ambos coincidieron en diversos aspectos del personaje y ambos aportaron reveladoras facetas que operaron de una manera decisiva en la decisión del Jurado.

El psiquiatra don Antonio Vallejo Nágera bosqueja una patografía o diagnóstico retrospectivo del personaje, basándose en los datos suministrados en el drama y en la posterior obra de Zorrilla «La leyenda de Don Juan Tenorio». La orfandad maternal que padeció Don Juan desde muy niño, narrada en esta segunda obra, fué decisiva en su evolución psicológica, empapada del ambiente de corrupción de la Sevilla de su tiempo.

El doctor Vallejo Nágera señala también la posibilidad que en la conducta de don Juan influyeran las lecturas de libros de caballerías.

—Don Juan —dice— como don Quijote, fué caballero andante; el uno para deshonrar doncellas, el otro para ampararlas; aquél pa-

ra olvidarlas una hora después de conseguidas, el último para amarlas eternamente.

Don Juan no es un homosexual, como lo ha visto Marañón; tampoco un loco moral, según opinión del sexólogo Pellegrini, calificación que puede ajustarse a los don juanes de Tirso, Molière o Da Ponte, pero no al de Zorrilla, capaz de un tierno amor e infinita compasión. Don Juan es en verdad un hipertímico, una personalidad perteneciente al ciclo constitucional maniaco-depresivo.

—En la escena del cementerio, la más hermosa de todas las del drama, descubrimos en sus lamentaciones el subconsciente de Don Juan, su tendencia a la depresión, y pensamos que acaso sus fanfarronadas son reacciones hipercompensadoras de su constitución hipomelancólica, ayudada la hipercompensación con los excesos alcohólicos.

Es, por tanto, Don Juan una personalidad psicopática cicloide, en la que alternan fases de hipertimia e hipomelancolia. La primera se le manifiesta en el libertinaje, en la agresividad y desenfreno sexual. La fase hipomelancólica es la que da pie al enamoramiento platónico de una ingenua novicia de diecisiete años, no siendo su arrogancia, su fanfarronería, su egocentrismo sino parcialmente como un estilo de vida hipercompensador de esa depresión anímica.

Su inconstancia amorosa es consecuencia de la propia labilidad afectiva e inconsistencia de carácter, que halla campo fácil en la Italia del Renacimiento.

—Don Juan declara noblemente que sus éxitos eróticos se deben a que las romanas son caprichosas y las costumbres licenciosas.

No hay, pues, el Don Juan homosexual que se ha querido ver, basándose en que el impulso heterosexual de un hombre es tanto más fuerte cuanto mayor es su tendencia monogámica, y lo contrario. El análisis detenido de sus actos realizado por el doctor Vallejo Nágera, pone bien de manifiesto en la Sala la auténtica personalidad psicológica de Don Juan

a la luz de las más recientes conquistas de la Psiquiatría.

El doctor Cortejozo, en otro documentado informe, difiere de la afirmación del propio Zorrilla de que Don Juan sea un personaje sin carácter. Para Cortejozo, Don Juan es un tipo representativo que tiene precisas sus facetas vitales y se comporta siempre fiel a ellas. Es el hombre que cuenta con todo lo preciso para el triunfo, pero que se muestra incapaz para un enamoramiento sincero.

Lo mismo que el doctor Vallejo, estudia la influencia del medio ambiente sevillano en la estructuración de su carácter, y hace un feliz parangón entre las figuras auténticas de Cyrano y Don Juan. Termina diciendo que Don Juan es una explosión de españolismo, de ese españolismo que en el ruedo ibérico liga y funde las dos grandes angustias del hombre: el amor y la muerte.

EL HOMBRE

Fué una mujer, una actriz y directora cinematográfica quien se enfrentó valientemente en el juicio de Valladolid con la faceta global del personaje como hombre. Ana Mariscal se presentó ante la sala como una «víctima espiritual» de Don Juan y, al final, cuando el ministerio fiscal, encomendado al escritor Santiago Melero, queriendo hacer ver al Jurado la parcialidad de la perito llamada a informar, le inquirió:

—¿Se considera usted capaz de enamorarse o haberse enamorado de Don Juan?

—¡Sí! —contestó resueltamente la actriz—. Y no le hubiese tenido ningún miedo. Tengo mucha fe en la bondad de los hombres, que es bastante más de la que corrientemente se cree.

Para Ana Mariscal, cuando el donjuán de la vida real encuentra una mujer verdaderamente in-

genua y pura, lo que hace es darse media vuelta o... casarse con ella.

—Esto lo confesarían abiertamente los donjuanes auténticos—dijo— si no temieran con ello perder su fama.

Al Don Juan de Zorrilla le ocurrió eso mismo. Cuando en su vida incierta tropieza con Doña Inés, la mujer ideal para haberla burlado, se enamora perdidamente y sólo sueña en hacerla su esposa.

Queda, pues, claro que las setenta y dos mujeres seducidas a que hace referencia en la escena de la Hostería del Laurel no eran ni puras ni ingenuas. No existe la mujer burlada, sino la que se deja burlar. «Desde la altiva princesa a la que pesca en ruin barca» o llevaban en sí mismas el deseo de pecar con Don Juan o se dejaban arrastrar, conscientemente, por el «Burlador».

—Don Juan fué una víctima de las mujeres.

El personaje de Zorrilla es, pues, inocente de sus delitos de faldas. Las otras acusaciones que se le inculpan, el rapto y el homicidio, tampoco son tales. Coincide con Alfredo Marquerie diciendo que Don Juan se lleva a Doña Inés a su finca del Guadalquivir para casarse con ella, puesto que ya está perdidamente enamorado. Doña Inés, tras la escena de la quinta le corresponde y en su amor altísimo, llega hasta perdonarle la muerte de su padre. En una escena que de la última parte de la obra que, no se sabe bien por qué, se corta siempre en las representaciones del «Tenorio», un personaje dice:

—¡Justicia por Doña Inés!

—¡Pero no contra Don Juan!
—exclama Doña Inés.

El arrepentimiento de Don Juan es sincero, total. En la escena del cementerio llama amigos a sus enemigos y, más en serio que en broma, dice a Don Gonzalo:

—¡Dios te dé la gloria, Comendador!

La culminación de este arrepentimiento de Don Juan llega a dejarse matar por el capitán Centellas. Ana Mariscal no concibe al vencedor en treinta y dos duelos atravesado impotentemente por la espada de Centellas, de quien se sabe que no era gran esgrimidor.

—Don Juan se deja matar para no matar.

Ha pagado con la pena máxima de la vida sus posibles delitos. Y si además el Emperador antes lo había perdonado, Don Juan está ya bien juzgado y declarado por todos inocente.

Sólo queda juzgar su honor. Pero «el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios». Dios perdona su alma en la obra de Zorrilla y los hombres no podemos hacer otra cosa sino acatar humildemente la decisión Suma.

EL MITO Y SU DRAMA

Los peritos informantes en el juicio vallisoletano coincidieron todos en una sola cosa:

—Zorrilla ha llevado a su personaje—dijo el abogado del Estado señor Zuloaga en su informe— todo lo bueno y todo lo malo de la idiosincrasia del español, pero en un tono exagerado.

Para el también abogado señor Infantes, Don Juan es el producto y espécimen de su pueblo. Y este pueblo no es otro que el español.

Esto lo dejó bien sentado el académico don Narciso Alonso Cortés, que por achaques de la edad no pudo asistir y delegó en alguien para que leyera su informe.

Don Narciso ha dedicado media vida a estudiar cosas del Tenorio y de Zorrilla. Sabe de eso más que nadie, y, por tanto, su escrito fué un auténtico documento, con abundancia de datos y citas, en el que rebate la tesis del erudito Farinelli sobre un posible Don Juan de origen italiano. Tras delimitar los puntos de contacto entre el Don Juan español y sus versiones a otros idiomas, también se reafirma en la personalidad romántica y caballeresca del personaje, en cuyo carácter, dice, alienta la gran pasión del espíritu y el alma nacional.

Sin embargo, para el doctor Vallejo Nágera el Don Juan auténtico de Zorrilla no existe en la realidad; al menos, él no lo ha encontrado en su experiencia clínica de más de cincuenta mil enfermos.

¿Dónde empieza el mito y dónde acaba el hombre? ¿Qué es, en suma, «Don Juan»? Quizá Alfonso Paso, humorista y comediógrafo, contestara de una manera bastante seria y tremenda a esta última pregunta:

—Don Juan es un despistado.

La clave del mito de Don Juan está en el propio hombre, en el ser que busca incansable, torturado, algo que ni él mismo sabe lo que es.

Es como ese señor—dice Paso— que llega a la estación y se sube en el primer tren que ve y antes de ponerse en marcha se entera que el tren va a Murcia. Y como él no va a Murcia, se apea y sube en seguida a otro. Pero este otro resulta que va a Castellón, y el señor se apea porque tampoco él va a Castellón.

—El tren de Don Juan no se formará nunca ni saldrá nunca de ninguna estación. Sin embargo, a veces Don Juan encuentra una mujer con un cartelito que dice que su tren va donde él quiera. Don Juan se monta y luego resulta que el tren va también a Murcia.

Quizá busque Don Juan algo que rara vez la vida pone a su alcance: la femineidad. Pero la femineidad no es asustarse de un ratón y subirse a una silla; la femineidad no es tampoco ponernos el termómetro cuando estamos enfermos; ni maquillarse el cutis; ni pintarse los labios; tampoco es preguntar a los amigos quién es ese señor Fleming de quien la gente habla.

La femineidad es un conjunto de acciones y pasividades, un conjunto de posturas ante el hombre imposibles de definir, porque es un todo y es un nada.

Don Juan, en suma, no es otra cosa sino un despistado que desconoce lo que realmente las mujeres pueden y son capaces de dar.

—Halla en las mujeres—dice— una especie de empacho momentáneo, como el que puede proporcionar a los hombres vulgares una «vedette» o una espía internacional, de las que creo aún quedan algunas. Pido, pues, al Jurado su absolución por «incompetencia» para el amor.

Compadece al acusado y pide a la Sala que si alguna vez alguien se tropieza con Don Juan en la

calle, que no le digan jamás que nunca hallará lo que anda buscando. Porque si Don Juan se entera de lo estéril de su búsqueda, le habremos dejado desarmado para siempre. Y al desarmarle dejáramos desamparado a algo más grande que el propio mito del burlador: dejaríamos desamparado al hombre.

—«Su paso lejano o próximo huella / el mismo sendero por el que corremos / hasta dar con ella», dice Manuel Machado. Y yo parodio este último verso diciendo: «Hasta no dar nunca con ella». Es éste el drama de «mi Don Juan», ese despistado.

EL VEREDICTO

Se ha dado fin a los informes periciales. El ministerio fiscal y la defensa emiten sus atestados basados en los argumentos que en uno u otro sentido han sido expuestos a lo largo de las tres sesiones. El presidente, de pie, ruega al Jurado que se retire a deliberar, indicándole que en su veredicto, sea el que fuere, no intervengan sólo los factores literarios del encausado, sino también los puntos de vista legales, éticos, sociales, etc.

Se retira el Jurado. Son diez minutos de expectación. El público permanece en sus butacas pendiente sólo de la decisión final. Don Juan, su capa, su chambergo y su espada también esperan en el banquillo.

Uno a uno, las once mujeres y doce hombres del Jurado ocupan de nuevo sus puestos en el escenario. El presidente pregunta por el veredicto.

—¡Inocente!

Aplausos furiosos en el patio de butacas y algarabía de protestas por las alturas. Y para mayor efectividad del escrutinio, los miembros del Jurado son nombrados uno a uno para que, de pie y en voz alta, emitan su voto.

Una chica alta y guapa, rubia.

—¡Inocente!

Y otra, también guapa:

—¡Inocente!

Un señor de aspecto resignado:

—¡Inocente!

Una chica de aire intelectual, con gafas, bajita:

—¡Culpable!

Y otra:

—¡Culpable!

Y otro:

—¡Culpable!

Es tremendo. Don Juan ha estado presente en los veintitrés miembros del Jurado vallisoletano, en la persona de aquel pretendiente que hizo mutis sin declaración; en aquel novio que engañó a la hermana solterona; en el frescales aquél que nos burló la novia ante nuestras propias narices...

Y ha estado presente también en la escena del sofá, en la carta de la declaración, en la aventura del rapto y en su jugarse la vida por el «sí» de una mujer.

Don Juan está vivo. Por eso cada otoño vuelve a hacer de las suyas entre diablitos y bastidores. Por eso su canción, como la primavera, será igualmente tópico eterno.

—«¿No es verdad, ángel de amor...?»

Federico VILLAGRAN



INDICE DE POTENCIA

UN ESCAPARATE DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID

20 AÑOS DE UNA PRODUCCION EN ALZA

NOS hemos encontrado junto a la barra de uno de los bares; los dos, cada uno por un lado, andábamos buscando una cerveza, porque el sol aprieta y pica en estos días soleados de noviembre. Son las tres de la tarde y el recinto de la Exposición está casi vacío. Desde el bar se ve a una muchacha, estudiante seguramente, sentada en el pabellón de «Pegaso», a la sombra también. Entonces mi amigo, porque ya nos hemos hecho amigos, se volvió hacia mí y comenzó a hablar.

EL LUGAR, AYER Y HOY

La emisora ha callado hace rato y todo está en silencio en esta pequeña y gran ciudad que es la I Exposición Nacional de la Industria.

En los días de Universidad de quien esto escribe, el Paranaíno era un solar. Después, no mucho después, los hombres y la lluvia lo convirtieron en una superficie más o menos llana, en una especie de pradera con unas costras de hierba, en la que los crios jugaban al fútbol los jueves por la tarde y los domingos durante todo el día.

Ahora, esa es la realidad, no se parece en nada al terreno liso y descarnado de entonces. Un amigo, estamos en el bar ante las cervezas, se acuerda también del lugar, de cómo estaba entonces.

—¡Cualquiera lo conoce ahora! Tiene razón, no se parece en nada.

Donde antes sólo había piedras y tierra, existen hoy una gran avenida central y paseos laterales, que forman calles, en las cuales las casas son los pabellones, casas multicolores, alegres, sonoras.

—El trabajo que ha costado acondicionar esto, ¿eh?

Le digo que sí. Y le explico un poco lo que ya sé, las cifras, que aunque frías son de lo más expresivo.

1,118 KILOMETROS HAN RECORRIDO LOS CAMIONES QUE TRABAJARON EN LA INSTALACION

Para que usted, uno de los miles de visitantes de esta «Expo», madrileña y en miniatura com-

parada con la de Bruselas, pueda moverse por el recinto, andar de un pabellón a otro, sentarse y escuchar música o comer en uno de los tres bares, ha sido preciso remover cinco mil metros cúbicos de tierra. Cinco camiones, en continuo ir y venir, se han llevado los materiales que el «Bulldozer» de ventisiete toneladas iba echando a un lado. El recorrido de los cinco camiones ha sumado un total de mil ciento dieciocho kilómetros.

Y cuando todo estuvo terminado, en esta fase previa, una apisonadora tomó a su cargo el apelmazar el piso, igualando los pequeños desniveles y trazando un estrecho camino duro y consistente. Este pequeño camino se fué ensanchando día a día, hasta que todo el suelo, todo el piso del recinto, estuvo igualado y sin desniveles.

ARRIBA: INDUSTRIA, AUTOMOCION, QUÍMICA

Se nos han acabado las cervezas. Salimos. Casi junto al bar nos cruzamos con uno de los bomberos. Mi amigo y él se saludan.

—Adiós, hombre...

—Hasta luego, Luis.

Luis es mi amigo. Nos detenemos para hablar con el bombero. Va a hacer su ronda y le acompañamos. Me explica que hay muchos cables, muchas conexiones y muchas cosas que pueden andar

si, por ejemplo, un visitante descuidado tira una colilla o una cerilla que no se apaga.

A este hombre le corresponde vigilar la parte de arriba. Otro compañero suyo recorre la de abajo. Hacen rondas de tiempo en tiempo, con regularidad y método.

Nos vamos con él y la pura verdad es que durante el camino apenas hablamos. Dejamos a un lado los «Pegasos», son un coche reluciente, afilado, como un galgo dispuesto a salir corriendo. A la derecha, sujeto a su plataforma giratoria, el nuevo coche «Lube» da vueltas lentamente, como una peonza colorada a punto de pasarse y caer. Pero ni se para ni se cae.

Aquí arriba están las secciones de industria, automoción y química. Pero antes de seguir conviene que les explique por qué decimos «aquí arriba».

La Exposición está dividida en dos partes por un desnivel natural del terreno, de forma que la segunda, la más alejada de las Facultades queda a unos cuatro metros y medio por encima de la primera. La diferencia de niveles la salvan veintidós escalones.

Bien, arriba, las secciones antes indicadas. Para retratarlas, lo mismo que para retratar toda la Exposición, faltan las palabras. O sobran ya que falta y sobra en este caso ante todo lo que aquí se admira es lo mismo. Porque son veinte años de trabajo cuatro



Uno de los stands más visitados: original, alegre y moderno, a la hora de los mayores. El padre se detiene ante un motor. El hijo espera. Ya llegará su turno

ES-
ce-
de
tro
Ja
en
do
ira
no
un
he
al-
A
or-
ul-
no
de
ni
es
il-
in-
le-
en-
a-
ue
as
ro
la
es
es
la
O
en
ui
ro



**Alimentos, muebles, materia-
les plásticos, purificadores de
agua para piscinas... todo un
mostrario de lo que se pro-
duce en nuestra Patria**

lustrados durante los cuales las condiciones económicas políticas y sociales creadas por el Estado Nacional han permitido crear, sacar, prácticamente, de la nada, todo cuanto aquí se ve.

LA FUENTE QUE CANTA Y BAILA

Seguimos el recorrido hablando de todo esto y comentando aquello o lo otro de cada «stand» que se nos pone por delante.
A mi amigo Luis, Luis Yáñez, del Servicio de Información de la Exposición, le gusta mucho todo esto. Según su opinión, está estupendamente instalado. Y uno se alegra de oír hablar así a un hombre, porque, la verdad, ya, el que escribe, está harto de oír hablar de la improvisación de los españoles. Es cierto que tenemos una gran capacidad para improvisar, pero asegurar que el cincuenta por ciento de lo que hacemos es improvisado, resulta una falsedad tan grande como el Everest. Ya está bien de leyendas negras, y ésta es una de ellas, mucho peor que la otra. Deberían venir del extranjero y pasear por esta Exposición. Si alguien decía después que lo que aquí se exhibe es improvisado, es cuestión de apretar los puños y echar hacia adelante.
Bueno, con todo esto hemos llegado frente a uno de los pabellones. Ya lo conocíamos, pero de noche. Ahora está silencioso y callado. En cuanto el sol se pone, es otra cosa, porque en el centro del stand, que exhibe maquinaria para riegos, se ha montado una fuente y esa fuente canta y baila. Y gusta a todos.
La otra noche me detuve para

verla «actuar». A mi lado estaba una señora con un niño. La fuente se encendió, sonó la música y el agua comenzó una danza, saltando y brincando siguiendo el ritmo.

—¿Te gusta? —preguntaba la madre al hijo.

El chico decía que sí, moviendo la cabeza. Ya lo creo que le gustaba. Y a la madre.

—Es que a los niños estas cosas les encantan...

Disculpas. Y a ella, y a mí, a todos los que entran aquí.

**34.000 HORAS DE TRABAJO PARA PRESENTAR EL EX-
PONENTE DE VEINTE AÑOS DE VIDA INDUSTRIAL**

Todo esto es como un pequeño gigante. Pequeño, si compara con lo que puede llegar a ser. Gigante si se piensa en lo que representa: veinte años de trabajo incesante, de creación, de superación de dificultades, odios y bloqueos económicos.

Doscientos «stands», tres bares, un estanco, servicios, un pabellón del Gobierno y otro del Ministerio de Información y Turismo, en el que se venden revistas y libros técnicos. Millares de metros cuadrados, centenares de miles de ladrillos..., todo esto y mucho más: montaje de los pabellones, acondicionamiento del alcantarillado, obra realmente inmensa, instalación de cañerías (se han empleado mil doscientos treinta y tres metros) con ochocientos setenta y nueve «racores» de empalme y treinta y cuatro dobles «T». En total, sin contar el tiempo empleado en la decoración de los «stands» y el montaje y coloca-

ción de los productos exhibidos, han sido precisas treinta y cuatro mil horas de trabajo, que viene a ser lo mismo que mil cuatrocientos quince días, es decir, casi cuatro años.

Pero no se asusten. El total de horas es la suma del tiempo que han trabajado los obreros encargados de instalar, hacer desmontes, levantar vallas, etc., y no el tiempo que ha trabajado cada uno.

**EL TECHO DE LA FERIA:
4.732 PLANCHAS DE POLI-
GLAS**

Luis Yáñez me ha ido dando cañotes y me ha acompañado durante media hora. A las cuatro, hora de abrir, él se ha ido a su trabajo y yo he vuelto al mío.

El sol brilla en lo alto y arranca reflejos de los motores, coches, camiones y maquinaria. También se cuele a través del tejado de los pabellones, pero lo hace convertido en una luz suave y tamizada, azul, verde, rojiza, rosada, amarilla... depende del color del tejado. Porque el techo de la Exposición es transparente casi en su totalidad. Usted entra de día en un «stand» techado con políglas y se ve envuelto en una luz suave y tamizada, que crea un ambiente grato e íntimo. El techo está formado por planchas onduladas, finas y resistentes. Un total de cuatro mil setecientos treinta y dos se han empleado para cubrir gran número de «stands». Otros tienen un voladizo, que avanza como una llamada de atención.

Y lo es. La gente va de uno a otro; se para ante una «tienda» en la que se exhiben velas a presión; pide una demostración en cualquiera de los «stands» dedicados a lavadoras o aspiradores y se entretiene no poco viendo cómo un señor, muy serio y muy amable, demuestra cómo se puede pelar una patata o una zanahoria con un nuevo elemento de cocina.

Y es que la Exposición es así. Junto a las grandes grúas de finas plumas que levantan toneladas de peso y que maneja un sólo hombre, las medias de nylon, frágiles, femeninas. Aquí, un objeto de uso casi íntimo se convierte en centro de atracción, no por su naturaleza, sino por lo que ese objeto representa, es decir, toda una industria en marcha. Porque este certamen, como tantos otros en todo el mundo, tiene también ese carácter de vínculo, de unión entre tres elementos: productor, consumidor y producto-productor. Fa-

vorece, pues, la relación directa entre el productor y el usuario y la relación entre industriales, entre industrias quizá dispares a primera vista, pero quizá también unidas a través de alguno de los factores de la producción y, desde luego, íntima y sólidamente unidas en esta tarea del surgir industrial de nuestra Patria.

Por eso, los miles de planchas de poliglas, el cemento, el yeso, todo cuanto se ha empleado en techar cada pabellón, forman una gigantesca habitación digna de albergar en su recinto el gran exponente de la industria española.

DE GALICIA A MADRID PARA VER LA EXPOSICION

Los dos son de Vigo y los dos se llaman González de primer apellido.

—¿Qué le parece todo esto?

—Mire, sólo le voy a decir una cosa, que refleja fielmente lo que

pienso y que creo es la respuesta más clara: en 1936, la producción de energía de España era apenas de 3.000 millones de kilovatios-hora y hoy estamos tocando los quince mil. ¿Comprende?

Le digo que sí; en realidad cualquiera lo entiende. Es una simple cuestión de oferta y demanda. El motor de cualquier industria es la electricidad y para el montaje de un taller o una fábrica es preciso contar con ese motor. Si existe un gran número de peticiones de instalación de industrias, se debe al hecho de que la producción de energía eléctrica aumenta. Y al revés. Al aumentar la producción de energía eléctrica, aumenta el número de industrias.

Están leyendo el periódico un poco por encima. Llevan prisa. Han venido de Vigo para ver la Exposición y se vuelven mañana mismo. Antes tienen que hacer unas visitas y ver a unos amigos. Para ellos el tiempo sí que es oro.

—Bueno, ahora estarán contentos los madrileños, ¿eh?

César González sonríe. Me dice que desde hace cincuenta años Madrid no ha tenido una Exposición como ésta.

LUCES EN LA NOCHE LA EXPOSICION VIVE BAJO EL CIELO DE MADRID

De noche, la Exposición brilla como un acscua de miles de colores. Los tubos de neón clavan un ojo rígido en la oscuridad y espargen su luz fundiéndose la de unas con la de otras. Para el tendido eléctrico han sido empleados doce mil quinientos metros de hilo de cobre forrado, mixto de blindado subterráneo y aéreo. La energía necesaria para mover las máquinas e iluminar el recinto la proporciona una estación de dos transformadores de 500 y 250 kilovatios. La toma de la estación se efectúa a 15.000 voltios y sale transformada a 125 y 270 con una potencia de 750.000 vatios. Aparte de las lámparas de mesa y otros aparatos que han aportado cada «stand», la iluminación espléndida, la proporcionan cinco mil trescientos cincuenta y un tubos fluorescentes y ciento doce faros. Por sí hace frío se han instalado novecientas noventa y cinco lámparas de rayos infrarrojos. Pero hasta ahora no han hecho falta. El sol pica durante el día y luego, de noche, cuando la Exposición vive sus horas de trabajo y de alegría bajo el cielo de Madrid, no hace frío como para encender las lámparas. El tiempo ayuda y lo hace a conciencia.

En lugares estratégicos se han colocado roles y focos que resaltan la obra de jardinería y los setos y los árboles se iluminan completando el maravilloso efecto plástico que produce la conjunción de luces y formas. Aquí y allá una nota brillante, un relampago luminoso, intenso y constante: el níquel de una moto, el brillo del aluminio de una olla, la blancura refulgente de una nevara, todo con el contrapunto mate de los colores lisos, planos un poco apagados a veces o muy brillantes en otras ocasiones, de las decoraciones de los pabellones.

En la parte inferior están instaladas las secciones de hogar, alimentación y decoración.

CHIPRE, LA ISLA QUE DIVIDE

DE todos los problemas que la isla de Chipre suscita, ninguno acaso de la importancia que se va derivando del choque entre tres países miembros del Pacto del Atlántico: Inglaterra, Turquía y Grecia.

Es evidente que el problema de Chipre es difícil—y cada día mayor—no sólo por el violento conflicto entre terrorismo y antiterrorismo inglés o griego, sino registrándose paulatinamente un creciente choque entre las dos poblaciones chipriotas.

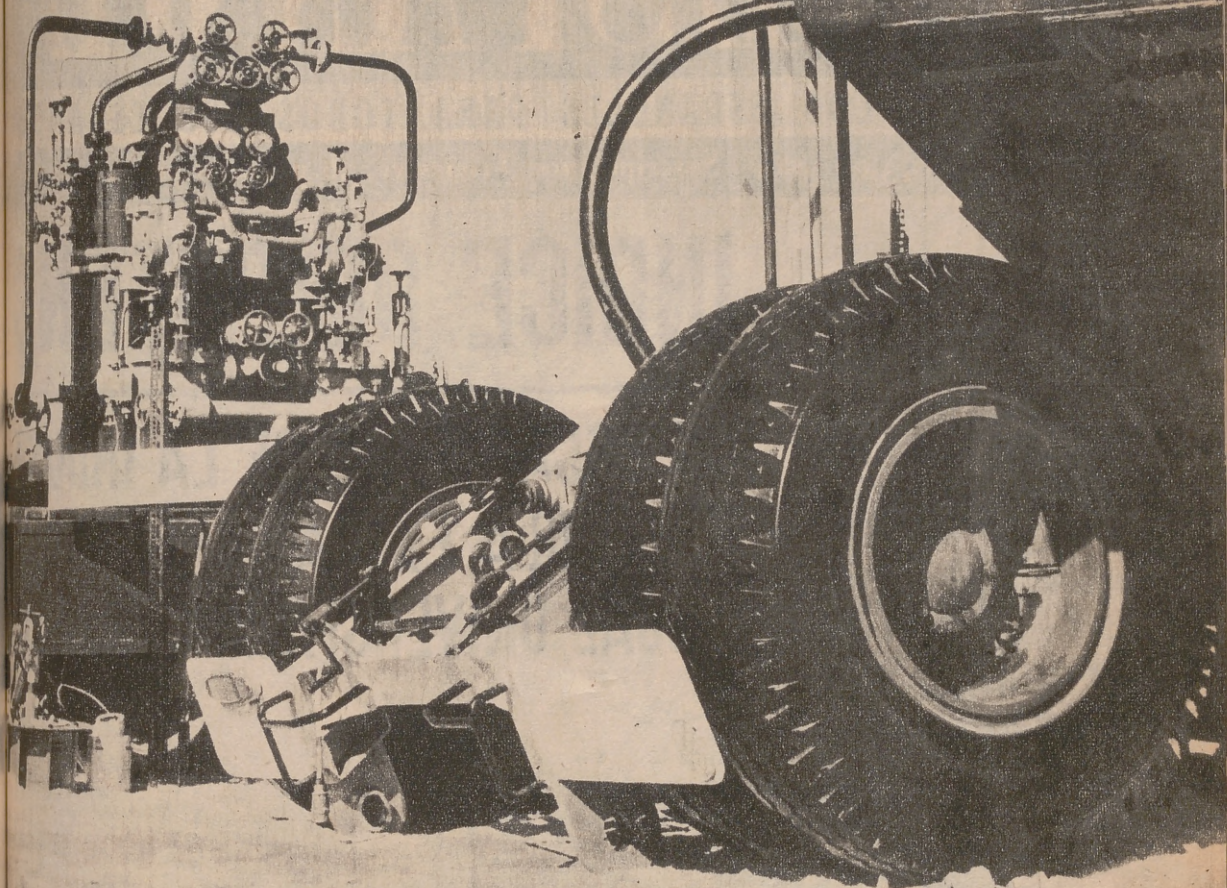
Los habitantes de Chipre eran, en 1946—según el censo británico de ese año—361.199 griegos y 80.548 turcos. En la actualidad, de acuerdo con las últimas estimaciones, las cifras, respectivamente, son las siguientes: 421.000 y 92.900. Es decir, nos encontramos con un índice de uno por cuatro, que, en caso de votarse o no por la integración con Grecia o la autonomía, proporcionaría, evidentemente, la victoria al grupo racial mayoritario.

Es obvio decir que en las circunstancias actuales, sin obtener antes una pacificación de las poblaciones, no se puede pretender ningún sistema político que supusiera el abandono de la minoría racial a las tormentas de una imperiosa vinculación a Grecia. Pero la responsabilidad, en buena parte, de una situación semejante se debe a los ocupantes británicos, que se han apoyado en la división racial, acentuando todo lo posible la incompatibilidad turco-griega de los habitantes de la isla. Si era natural que cada grupo «tirara para sí», la cólera y los odios suscitados últimamente han sido activados, políticamente, todo lo posible. Juego peligroso.

Desde el 31 de octubre regula la vida de la isla un plan británico nuevo. Se basa éste, en líneas generales, en la cooperación del gobernador inglés con las dos poblaciones—que tendrán sus Cámaras representativas y un representante de los Gobiernos turco y griego en la isla—y pensándose aplicar este régimen durante un plazo de siete años. Después llegaría la independencia.

Posiblemente es un plan tardío, aunque inteligente. Por lo pronto, obligó al arzobispo Makarios a un contraataque: renunciar al proyecto de la incorporación a Grecia para proponer un Estado independiente bajo la vigilancia y tutela de las Naciones Unidas. En resumen: los planes se suman unos a otros y la negativa griega a dispensar su aprobación al británico ha motivado una nueva crisis en el seno de la O. T. A. N., donde Spaak, su secretario general, se ha visto obligado a reconocer su imposibilidad de llevar a un acuerdo a las tres partes. Dos de ellas añadimoslo, incómodísimas en la defensa del Mediterráneo oriental.

En los tiempos que vivimos, con un cambio total en la estrategia, la idea insular de Inglaterra—bastiones en estrechos y mares—está superada. La teoría de enfrentar a los dos grupos raciales—para favorecer la política británica—ha llevado a un camino más grave: a activar la desunión occidental cuando más imperiosa es y será mañana su cooperación. Cada parte retiene hoy, irremediablemente, sólo las injusticias y los odios. Ha de encontrarse, por eso mismo, una solución a un dilema que puede costar caro a Occidente.



Las grandes máquinas también tienen un puesto. Aquí vemos un frente de horno para tiro forzado, con el remolque que lo transporta

El «stand» de una conocida firma que fabrica chocolates es uno de los mejores de la Exposición. Blanco y de cristal, tiene una torre esbelta y airosa que anuncia que allí se pueden ver, comprar e incluso comer los mejores chocolates. Rodea el «stand» un pequeño prado y tiene hasta un estanque en miniatura, que de noche se ilumina.

Elementos para la decoración de interiores, desde pavimentos de plástico hasta plantas y flores, pasando por muebles, vajillas, lanas, tapicería, encajes y visillos, productos de belleza, desinfectantes, útiles de limpieza y todas esas pequeñas e importantes cosas que hacen agradable una casa.

Se ha levantado un pabellón para cada producto, un «stand» para cada cosa. En uno de los «stands», en el dedicado al corcho, se ha reproducido una sala de cine en miniatura, y en ella pueden verse las múltiples aplicaciones que tiene este producto en aislamientos térmicos y acústicos.

Cuando la televisión lanza al aire sus programas, el pabellón que vende aparatos se llena de gente. Un poco más allá, el pavimento de plástico atrae gran cantidad de curiosos; basta pegarlo en el suelo y dura, como se suele decir, una eternidad. Los colores,

bien combinados, constituyen una nota alegre.

En el pabellón que alberga los modelos de trenes usados por el Renfe, los prototipos se llevan todas las miradas. Dan ganas de ponerse a jugar con ellos, que han venido a sustituir a aquellos viejos trenes de hace veinte años.

La alimentación está representada por sopas, harinas, conservas y embutidos, cacao, chocolates, frutas, azúcares y vinos. Hay un lugar para las bebidas espumosas, y desde luego están presentes las «colas» en todas sus variantes, sin faltar los refrescos y la zarparrilla, que está obteniendo un gran éxito. En realidad usted puede beberse tranquilamente un refresco o una cerveza mientras observa cómo trabaja un elevador de cargas o funciona una aspiradora. Incluso puede dar los primeros pasos para comprarse un coche sin tener que molestarse demasiado. Con hacer unas preguntas y escribir un poco basta. En realidad en la Exposición puede usted comprar desde un paquete de galletas o un par de medias hasta un camión de diez toneladas o un grupo motobomba para su finca.

La evolución de la industria, de toda la industria española en estos últimos veinte años, permite incorporar a todos los hogares es-

pañoles los más modernos elementos y medios de vida adaptados a nuestro ambiente con justeza y precisión de laboratorio, con la elegancia y la alegría de un cuadro plástico. Si necesita un tractor, o unos vagones para transportar sus productos, o una bomba para regar, o una purificadora de aguas, o una máquina de coser, o unas flores artificiales para adornar su casa, venga aquí.

Hay mucho que ver. Y hay que verlo despacio, porque España es así, señores. Porque aquí se puede contemplar parte de lo que un país en paz ha realizado en veinte años. Pero sólo una parte la más brillante, la más bonita. Queda esa otra Exposición, invisible desde la Moncloa; la que forman por toda la geografía española esas miles de fábricas e industrias que levantan sus estructuras hacia un cielo lleno de promesas. Desde aquí no se ve la nave de montaje, pero sí se ve el motor, la prensa, el transportador de materiales, la moto, el vaso delicado, la furgoneta simple y utilitaria. Aquí hay de todo. Así es España.

Gonzalo CRESPI
(Fotografías de BASABE.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

INDICE DE POTENCIA

UN ESCAPARATE DE LA INDUSTRIA
ESPAÑOLA EN LA
CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID



VEINTE AÑOS DE UNA PRODUCCION EN ALZADA